

11-6 6-3-1935-11

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número  
contiene*

C U E N T O S

♦

C R O N I C A S

♦

A R T I C U L O S

♦

R E P O R T A J E S

♦

MODAS, CINE, TEATRO,  
INFORMACIONES, NOTAS

♦

DIBUJOS DE ARTECHE,  
SANCHA, GUTXI, BILLIKEN

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

Ayuntamiento de Madrid





"Máscaras", por José G. Solana. Grabado cedido por el autor a CIUDAD para propaganda del Baile de la Prensa.

# TODA ESPAÑA CONTRIBUYE AL ESPLENDOR DEL BAILE DE LA PRENSA

Mañana, 7, en "Coliseum"  
Una fortuna en regalos

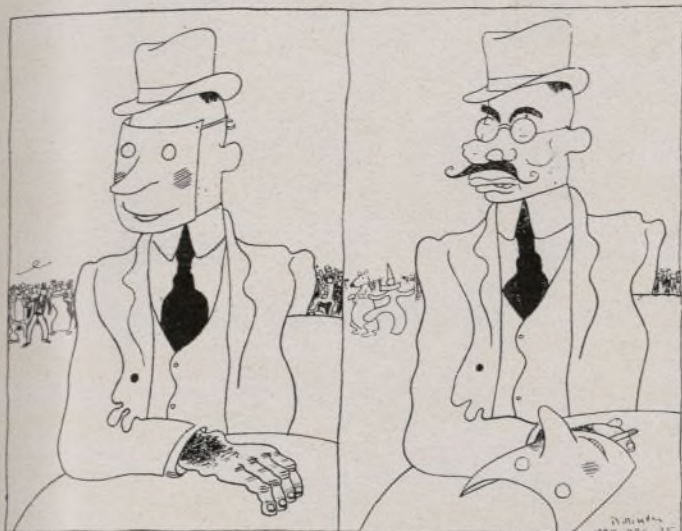
Contribuya usted también con su  
presencia a la prosperidad de  
la benemérita Asociación de  
la Prensa de Madrid

Asista a esta maravillosa  
y tradicional fiesta de  
arte y belleza, orgullo  
de la ciudad



Ayuntamiento de Madrid





Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:  
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID  
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

6 de Marzo de 1935

Núm. 11

SERRANO, un cuento de Joaquín Goyanes, ilustrado magníficamente por Gutxi. Prosa nueva y originalidad temática en estas páginas del joven escritor, que se incorpora a la colaboración de CIUDAD con este trabajo.

PRESCOT Y LA SOMBRA DE PRESCOT es otro relato, debido a la pluma de Luis Caro, joven escritor argentino residente en España desde hace varios años. Está escrito en el mismo estilo vivaz y rico de imagen que su JUGADOR DE AJEDREZ, publicado en estas columnas, con excelente acogida por parte de nuestros lectores.

CALDERON EN FRANCES es una crónica de nuestro redactor en París, Eduardo Avilés Ramírez, en la que nos informa de la acogida que el público francés prestó al gran clásico español en la versión de EL MEDICO DE SU HONRA

También de nuestra redacción en París es el delicioso artículo de Madeleine Millet, titulado A LA SEÑORA... PARA EL SEÑOR, en el que trata de las modas masculinas con el fino "sprit" que nuestra colaboradora suele hacerlo en las crónicas de su especialidad.

JARDINES DE ESPAÑA titula el ingeniero Alfredo Baeschlin su nota sobre el célebre jardín de Montforte, en Valencia. El Sr. Baeschlin es un técnico de reconocida capacidad en estos temas, y un artista en el esclarecimiento de los mismos.

RETAZOS son unos trozos de prosa autobiográfica del gran humorista gallego Alfonso R. Castelao—ilustrados con viñetas de Carlos Maside—a través de una traducción de E. B. A. Las características del gran escritor que, además de gran dibujante, es Castelao, están presentes en estos breves relatos, que conservan, a través de la difícil versión, su gracia original.

## LA SEMANA



TIEMPO de ayuno y penitencia, hermanos. La primavera aconseja mal a la pobre naturaleza humana, y hay que ponerle un freno.

Para ayudarnos a pasar esta cuarentena que hoy empieza, ha desembarcado en Castro Urdiales doña Cuaresma. Su mensaje ha partido para todos los burgos interiores, donde don Carnaval acaba de armar terribles estropicios

*estragando la tierra y haciendo muy gran [daño.]*

Este desembarco de la hosca dueña cuaresmal en el ilustre puerto de Castilla la Vieja aleje, hermanos, de vuestras mentes el pecado. Hace cientos de años que sobre aquella ribera fué lanzado el edicto contra la gula y el materialismo. Terrible lucha la de los dos elementos, el bien y el mal, el

espíritu y la materia. Terrible lucha glosada donosamente en recios y toscos versos por el Arcipreste de Hita, que localizó simbólicamente los reales de la Cuaresma en el puerto cantábrico: el cartel de desafío de la flaca Cuaresma contra el grasiento Carnaval fué:

*dado en Castro d'Ordeales é en Burgos rescibido.*

Orad, hermanos. Orad para que no caigáis en la tentación. No está mal que os hayáis divertido infantilmente, aunque no sea más que para seguir suministrando temas para sus cuadros a Solana. Pero son estos tiempos tiempos de penitencia. Doña Cuarema preside nuestros días, y solamente se ha dignado, por bula especial, que me complazco en comunicaros, levantar su negro manto sobre un suceso que no ha habido manera de encuadrar fuera de su ámbito cronológico: el baile de la Asociación de la Prensa de Madrid. Doña Cuaresma hará penitencia por vosotros mientras asistís a esa admirable fiesta que contribuye a la prosperidad de una Institución mil veces benemérita. Además, el propio Arcipreste os dotará de doctrina para tranquilizar vuestra conciencia:

*Doctores más de ciento, en libros y cuestiones,  
Con fuertes argumentos, con sutiles razones,  
Tienen sobre estos casos diversas opiniones.*

Creo que los doctores de hogaño encontrarán en la generosidad una razón bastante para que la asistencia al baile de la Asociación de la Prensa se convierta en una obra buena que se anote en vuestro haber.

TERMINAMOS el Carnaval con discursos. Gil Robles, con escándalo de los que creen en serio que se ha operado en España un cambio de régimen para que todos los privilegios continúen en pie, ha reto nada menos que contra el dinero. Su discurso del Círculo de la Unión Mercantil ha sido un matasuegras que ha ido a dar en las narices del personaje más respetado de la nación: el Banco de España. Suponemos que hasta una docena de señores le habrán retirado la protección al joven caudillo salmantino, a quien nos imaginamos desolado. ¿Qué va a hacer Gil Robles con doce votos menos?

Don Alejandro Lerroux, que contempla desde lo alto de sus setenta años largos a su República acometida a dentelladas a diestro y a siniestro (por la derecha y por la iz-

quierda), ha pronunciado unas palabras generosas y paternales, que han caído como un óleo sobre el así llamado "embravecido mar" de la política. Quiera el cielo que a unos les sirvan de motivo de penitencia y a otros de norma de conducta. Este viejo español, forrado de español, tiene algunas cosas que perdonar todavía y muchas que enseñar. Dios le dé vida para ello.

EL lejano Cipango, viejo maestro en cortesías diplomáticas para con España, ha tenido un delicado detalle para Madrid: le manda unos plantones de cerezos. No es de ahora este intercambio de presentes entre el Oriente lejano y este estribo, el más occidental del viejo mundo. No hace muchos años que vinieron a nosotros las "naranjas de la China". Ahora vienen los cerezos del Japón, y permita el cielo que no convirtamos este regalo en una interjección despectiva, como el otro.

Por si acaso, avisamos a los pedigüenos, para que sepan qué querrán decirles cuando, a raíz de un sablazo, oigan a la víctima replicar:

—¡Cerezos del Japón!



SALVADOR de Madariaga, el español más popularizado por los lápices de los caricaturistas internacionales, ha publicado un libro que se titula *Anarquía y Jerarquía*. Se trata de un libro extraordinario, escrito con esa mesura de pensamiento y esa elegancia de estilo que han hecho famoso al ilustre escritor. Se supone que este libro levantará los comentarios más contradictorios. Para los que no se resignan a contemplarnos a todos los españoles que gastamos pluma sometidos a una disciplina hosca y triste, asiática y resentida, el libro será abominable. Los que, ganados del "snob" internacional de los fascismos, empeñados en ponernos a todos en mangas de camisa, creerán que el libro es un engendro de un demócrata trasnochado.

Pero los que creemos aún, como unos benditos, que lo único que no se ha ensayado en España es la democracia auténtica, limpia, matizada de un indimitible sentido nacional, guardaremos este librito como un breviario del buen sentido y de la justa visión del porvenir de una gran democracia occidental que todavía tiene que hacer muchas cosas en el mundo. De una democracia que—roja o azul—no quiere andar en camisa, porque tiene una noble túnica, tejida con Historia, con Geografía y con sentido serio y elegante de la vida, para pasearse muy dignamente por el planeta y hacer oír su voz serena y cálida, llena de humanos acentos.





F O T O S " G O Y A "



Gran  
Mundo

Ghunita Matesanz

Carmen Butragueño Ramos



¡Caserón de Santa Isabel! ¡Viejo Hospital General, arca de tantos recuerdos de mis años mozos!

Por su claustros largos, fríos, conventuales, más fríos y más largos en esta mañana en que la escarcha de la aurora ha helado el verdor de tu jardincillo, camino guiado por la ley de un pasado que marcó en mi cabeza la plata de unas canas, que dicen, con ausencia de palabras, el espacio de tiempo sin retorno.

En este soliloquio de sensaciones, percibo al pasar los ayes del humano dolor, el respirar disneico y fatigoso de los enfermos, el vaho inconfundible de los medicamentos, el sonido metálico del *carro de cura*, el lento despertar preñado de incoherencias de los postanestesiados, jirones, en fin, de la vida hospitalaria, que trae a mi cerebro, en rápido film de hechos inolvidables, aroma de juventud y añoranzas de estudiantina.

Amplias escaleras hasta llegar al piso segundo. Sala 27, donde creo recordar, allá, en la parte mural correspondiente a las camas 19 y 20, el busto del Dr. Espina y Capo, aquel sabio internista organizador del primer servicio oficial de radiología de Madrid, médico ilustre, hombre de vasta y sólida cultura, conversador fácil y ameno, viajero infatigable, clínico experto y detallista, maestro respetado y querido por cuantos le rodeaban y conocían sus magníficas cualidades pedagógicas.

Efectivamente, en la citada sala 27, hoy a cargo del doctor Asúa, se halla la artística obra de Ortelles, en la que el cincel del escultor plasmó de maravillosa manera la efigie del sabio, cuyo busto *descansa* sobre una lápida, en la que leemos la siguiente inscripción: «En esta sala ejerció y dió sus enseñanzas sobre enfermedades del pecho el doctor D. Antonio Espina y Capo, desde el año 1872 al 1911.—20 de junio de 1922.»

#### BOSQUEJO INTIMO

—Ya sé a lo que vienes—me dice don Antonio apenas me acerco a su lado—. He leído en CIUDAD tus reportajes con Rubio, Benavente y Cajal, y me figuro que ahora me *toca a mí* someterme a los mandatos de las linotipias de esa maravillosa revista, tan amena e interesante.

Agradecemos, como es nuestra obligación, el preciado elogio, y confirmamos la creencia del maestro.

—Sí, don Antonio, y si usted es tan amable que acceda a mis deseos, CIUDAD honrará sus columnas con lo que su bondad quiera contar para sus lectores. Antes de entrar—continúo—, la vieja Hermanita que tuvo a usted como primer profesor me ha encargado le dedique «un elogio grande, como le merecía el hombre estudioso y recto que transcurrió su vida en un continuo bien hacer por sus enfermos.»

—¡Pobrecilla! ¡Todavía me recuerda con cariño!

—¿Y quién no, don Antonio?—respondemos—. La admiración y la celebridad sólo se logran con el saber y la justicia de los actos que se realizan; y usted, maestro, de justo y de sabio, ¡qué gran caudal poseía su prestigio!

El Dr. Espina deriva la charla por otros derroteros.

—¿Y tú crees—me dice—que mi vida puede tener algún interés a estas alturas?

—¡Maestro!

—Bueno, pues escucha lo que ahora retiene mi ya torpe y premiosa imaginación.

—Hable, don Antonio; para oírle he venido hasta aquí.

—Las nueve de la mañana—dice el maestro—. A esta hora, de modo invariable, pasaba la visita a aquella primera mitad de la sala once, detenidamente, sin perder un solo detalle de cuanto me rodeaba. Esa Hermana con quien tú has hablado me acompañaba. Recuerdo todavía el cartelón que mandé colocar en el arco más visible de la parte de la sala que me correspondía: «Se prohíbe fumar, escupir en el suelo, permanecer cubierto y estar más de tres personas alrededor de una cama.» ¡Si vieras con qué rigor llevaba a la práctica estas lógicas disposiciones!

—Usted tenía fama de mal genio—decimos sonriendo—, de no *pasar una...*

—Eso decían, pero te aseguro que no era cierto; lo que sucedía es que, espíritu justiciero y recto, no consentía ni las cosas mal hechas ni las desobediencias, y menos aún los embustes que pretendían justificar una falta.

## CHARLAS MONUMENTALES

### Ni en la paz de los sepulcros...

Por el DR. FERNANDEZ CUESTA

»Por esta razón, no permitía en las mesillas de los enfermos nada que yo no hubiese mandado o autorizado; si alguna cosa veía—alimentos no prescritos por mí, chucherías—, lo arrojaba en medio de la sala, no sin que la Hermana o el hospitalizado escapara de mi indignada *filípica*. Como tampoco consentía que los enfermos escupiesen sobre el pañuelo. Lo tenía rigurosa y severamente prohibido. Si, por olvido en el mandato, alguno lo hiciera y yo me daba cuenta, en el acto ordenaba quemarlo, aunque después regalase un par de pesetas para un pañuelo nuevo.

»Como supondrás, todas estas cosas que yo hacía eran

## "ARTECHE", PINTOR



Nuestro ilustrador Cristóbal Arteché es también un pintor de grandes valores; sus óleos revelan una forma nueva en su arte y le consagran como uno de los artistas más completos de España. Aquí aparece pintando el retrato del ex ministro de Agricultura, D. Cirilo del Río, y que ha sido adquirido por el Estado.

las que me *daban* la fama de *hombre terrible* que yo tenía en esta casa. ¿Pero no eran todas consecuencias lógicas de un criterio higiénico en bien de los enfermos?

»Una vez—y te cuento esto para que veas que yo mismo sabía castigar mis propios arrebatos—me dió la Hermana una pastilla de jabón para lavarme las manos de marca distinta a la que yo usaba habitualmente; me hizo muy poca gracia el cambio, y, sin decir palabra, la arrojé al suelo. La *Sor*, más prudente que yo, no dijo ni palabra, pero mi acción, desde luego reprochable, trascendió a la Hermana *cabeza de sala*, como entonces se llamaban, que me esperó a la salida de la visita para decirme: «Lo que usted acaba de hacer, don Antonio, no está bien, ni ha tenido razón para ello; su padre, con ser mucho más médico que usted, se lavó muchas veces las manos con jabón de fregar.» Y como la monja tenía sobrados motivos para decirme lo que me decía, aguanté la justa reprimenda, hecha en tono cariñoso y amable, y di a la Hermana toda clase de explicaciones.

»Esto te demostrará que, pese a la rigidez de mi carácter, jamás fui premioso en reconocer la sinrazón de mis reacciones.

»Di cuanto tuve a este hospital, tan mío en mis desvelos: trabajo, dinero, afanes, y de mis propios recursos creé un laboratorio de análisis y organicé después el departamento de Röntgenterapia, a raíz de las primeras aplicaciones de los rayos X.

Y don Antonio, al hablar de su Hospital, pone en la parla una indisoluble emoción, que aumenta con el recuerdo de aquellos compañeros ilustres que trabajaron con él en bien de los pobres dolientes acogidos por la Beneficencia: ¡Hurtas, Capdevila, Esquerdo, Campesino!

#### APUNTE BIOGRAFICO

—¿Quiere usted decirme, don Antonio, algo de su vida profesional?

—¡Pero, hombre, por Dios! ¿más cosas aún?... Los periodistas sois incansables.

»Verás. Dedicué especialmente mis actividades a las afecciones cardiopulmonares, y de manera singular, a la fisiología. Terminé la carrera en Madrid, con premio extraordinario, para obtener enseguida, después de reñidas oposiciones, una plaza en el Cuerpo de Sanidad Militar, a la que renuncié a poco de ingresar, por haber triunfado en los ejercicios convocados por la Corporación médica del Hospital General, a la cual pertenezco hasta mi muerte.

»Puedes decir también que fui el primero que utilicé en España la tuberculina de Roberto Koch, cuando todavía se ignoraban los peligros de las dosis elevadas, y que, dedicado exclusivamente a las enfermedades del corazón y pulmones, mis modestos trabajos hallaron honrosa y excesiva recompensa en el año 1898, al ser llevado, como miembro de número, a la entonces Real Academia de Medicina. Acudí a Congresos, di un sinnúmero de conferencias y fui designado no sé cuántas veces presidente de honor en muchos certámenes internacionales, en los que llevé la voz científica de España más allá de las fronteras y de los mares. ¡Momentos inolvidables en mis recuerdos!»

—¿Mucha labor de escritor, maestro?

—Incalculable, amigo! Recuerdo que en la *Revista de Medicina y Cirugía práctica*, que fundara aquel insigne pediatra que se apellidó Ulecia, publiqué diferentes trabajos clínicos y terapéuticos sobre muy distintos temas patológicos; la Academia me eligió su bibliotecario, y dejé escritas mis *Memorias*, obra en tres tomos con el título *Notas del viaje de mi vida*, en la que detalladamente relataba, con el mayor número de datos posibles, la vida médica, política y cultural de nuestra nación entre los años del setenta al novecientos.

—¿Ideología política, don Antonio?

—Liberal, por íntima convicción, toda mi vida. Mis arraigadas creencias me llevaron, mejor dicho, nos llevaron, pues mis dos hermanos, Pedro y Juan, también sufrieron las consecuencias de su ideario ampliamente democrático, a tener que ser víctimas de furibundas persecuciones, y los tres—te hablo del año ochenta y seis—logramos librarnos de la muerte refugiándonos en la Sierra de Cuenca hasta la publicación de la amnistía, que nos permitió reintegrarnos a nuestras tareas. ¡Tiempos de lucha, amigo! Pero de lucha noble por una idea; no estas batallas inconcebibles de ahora, que se pelea, más que por un deseo de reivindicación social, por servir los intereses particularísimos de minúsculos partidos llenos de envidias y de egoísmos.

»Da pena contemplar el panorama español—continúa don Antonio—, una enorme tristeza, un profundo dolor, ante la incompreensión de los muchos que pretenden llevarse tras sí la opinión, y confunden lastimosamente la libertad con el libertinaje y la democracia con la furia destructora. A mi recuerdo acude ahora un párrafo del prólogo del primer tomo de mis *Memorias*, que parecía augurar los tiempos actuales, y es éste: «Y nosotros, firmes creyentes y entusiastas partidarios de todo género de progreso, pensamos en un mundo sin guerras, en una conciencia sin esbirros, en una libertad de pensamiento sin censura...»

Tal era el espíritu del sabio médico a quien, ante la obra inanimada del artifice, rindo mi modesto tributo de veneración a su memoria.

Al contemplar su faz reproducida por el arte, a mi pensamiento llegan, en tropel admirativo, unas palabras de Gregorio Marañón que hacen referencia a este mismo busto que ahora, desde su sitio de la sala 27—¿por qué no la 11?—, nos despiden, cordial y cariñoso: «Su efigie perdurará en el ambiente dilecto, entre los enfermos resignados y dolientes, entre la bulla de los internos y la grave actividad de los médicos: en el medio, en suma, que amó con tanta intensidad y donde pasó, como tantos otros, las horas más serenas de su existencia.»

Allí, allí siempre.

Ayuntamiento de Madrid



# TURISMO

## TRES CIUDADES ANDALUZAS



SEVILLA. Alcázar.  
Sala de Embajadores.



SEVILLA. Catedral  
y torre de la Giralda.

### SEVILLA:

«Quien no vió Sevilla, no vió maravilla», reza el refrán. No hay hipérbole en él, sino la expresión de un sentimiento que valora exactamente toda la opulenta síntesis de arte, de carácter, de tipismo, de luz, de color, de belleza multiforme; en suma, lo que hay en este nombre mágico: Sevilla:

Dotada de fisonomía y carácter singularísimos, Sevilla es de las ciudades que tienen más personalidad en todo el mundo, constituyendo, especialmente en primavera, un punto universal de atracción. Las calles y plazoletas de sus barrios típicos; las casas con sus rejas, patios y cancelas; los jardines y parques; la riqueza monumental; la abundancia de tradiciones y recuerdos de la más varia naturaleza; las peculiaridades de su vida, tanto en la ciudad como en el campo; la continua presencia de lo noblemente pintoresco, que en Sevilla no es sino la manifestación de un estilo propio, motivan una emoción sumamente rica por su contenido y única por su valor y significación.

Monumentos suntuosos. Tortuosas callejuelas de indecible poesía, en el barrio de Santa Cruz; obras de arte deslumbrantes en todos los órdenes de la inspiración humana; la maravilla de los jardines y de los patios floridos, dulces como oasis; emoción de leyendas y cromatismo de costumbres. Todo esto abunda hasta el derroche en Sevilla, y todo ello se funde en armoniosa síntesis de luz y colorido, de emoción y de ritmo.

### CÓRDOBA:

La provincia de Córdoba—que viene a ser el antiguo reino de su nombre—, ennoblecida por los prestigios de su historia romana (en la que da a la civilización hispánica nombres como los de Lucano y Séneca), y por la pompa policroma del Califato, en cuya era llegó a ser Córdoba el centro cultural de su tiempo, es, en nuestros días, uno de los más finos exponentes del alma andaluza, tal vez por la fusión de estos dos elementos: romano y musulmán.

La capital, Córdoba, «la Sultana», es una de las ciudades españolas que mejor han conservado su sello de antigüedad y su carácter típico. Ciudad de silencio, que se remansa tras de

las afligranadas verjas de los patios floridos, en las estrechas callejas, blancas y luminosas, que las leyendas perfuman, y en rincones de poético patetismo, como el tan popular del Cristo de los Faroles. A cada paso surge la nota artística y evocadora, o el edificio—templo, palacio, convento—interesante y sugestivo.

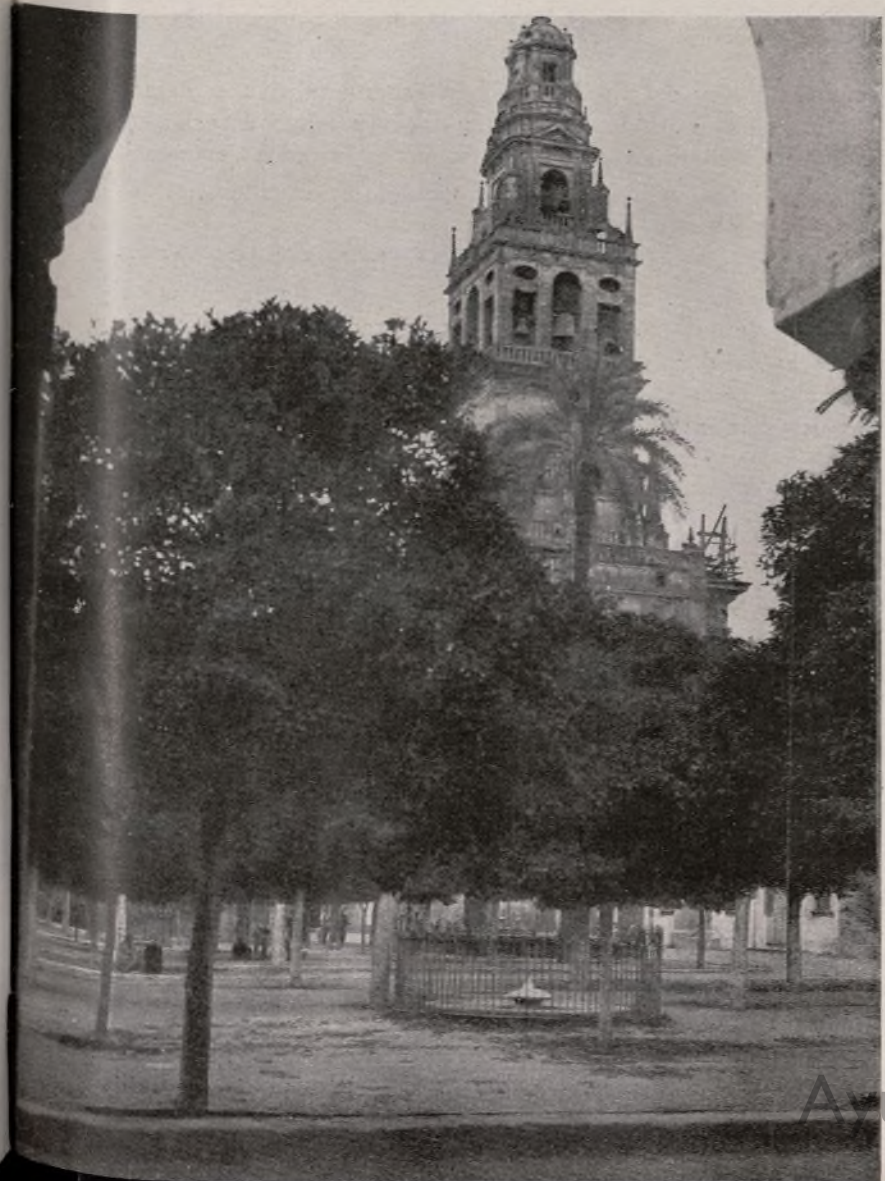
El carácter y el aspecto de Córdoba son los de una ciudad netamente española. Más aún, andaluza. Es decir, pintoresco, alegre y melancólico a la vez. Ciudades en que cada piedra tiene su historia, cada barrio su tradición y cada esquina su leyenda. Poesía de siglos y de luz. Córdoba es blanca, estrecha y retorcida, aunque un reciente ensanche haya permitido la construcción de vías amplias y rectas. El resto de la ciudad conserva las notas típicas peculiares, y sus callejas árabes desembocan en plazas románticas de viejos palacios y conventos.

### GRANADA:

La variedad de perspectivas que domina, da a Granada el enorme y singular valor panorámico que la distingue del resto de las ciudades andaluzas. Esto, realizado por los encantos del cielo, la luz y la vegetación, y aumentado aún por las creaciones artísticas e históricas que encierra la ilustre ciudad granadina, otorgan a dicha ciudad un puesto señaladísimo en el turismo universal. En las estaciones intermedias, más aún, si cabe, en el otoño que en la primavera, es cuando Granada desarrolla sus atractivos con la máxima fuerza de seducción.

Situada la ciudad en una vega de tanta riqueza como hermosura, cruzada por los ríos Genil y Darro, de ilustre «abolengo fluvial» en nuestra historia, y extendida a los pies de Sierra Nevada, presta marco de admirables bellezas naturales a las de carácter histórico y artístico que atesora.

De la época árabe datan los monumentos que perfilan a Granada en el panorama universal como lugar de personalidad única. La Alhambra y el Generalife, sobre todo, alcázares, fortificaciones y jardines con que la inspiración oriental sublimó las colinas que se alzan sobre la ciudad. La Alhambra, propiamente dicha, es un conjunto de edificios—algunos de los cuales datan del siglo VIII—y de arboledas, que con su renovado verdor parece que vitalizan

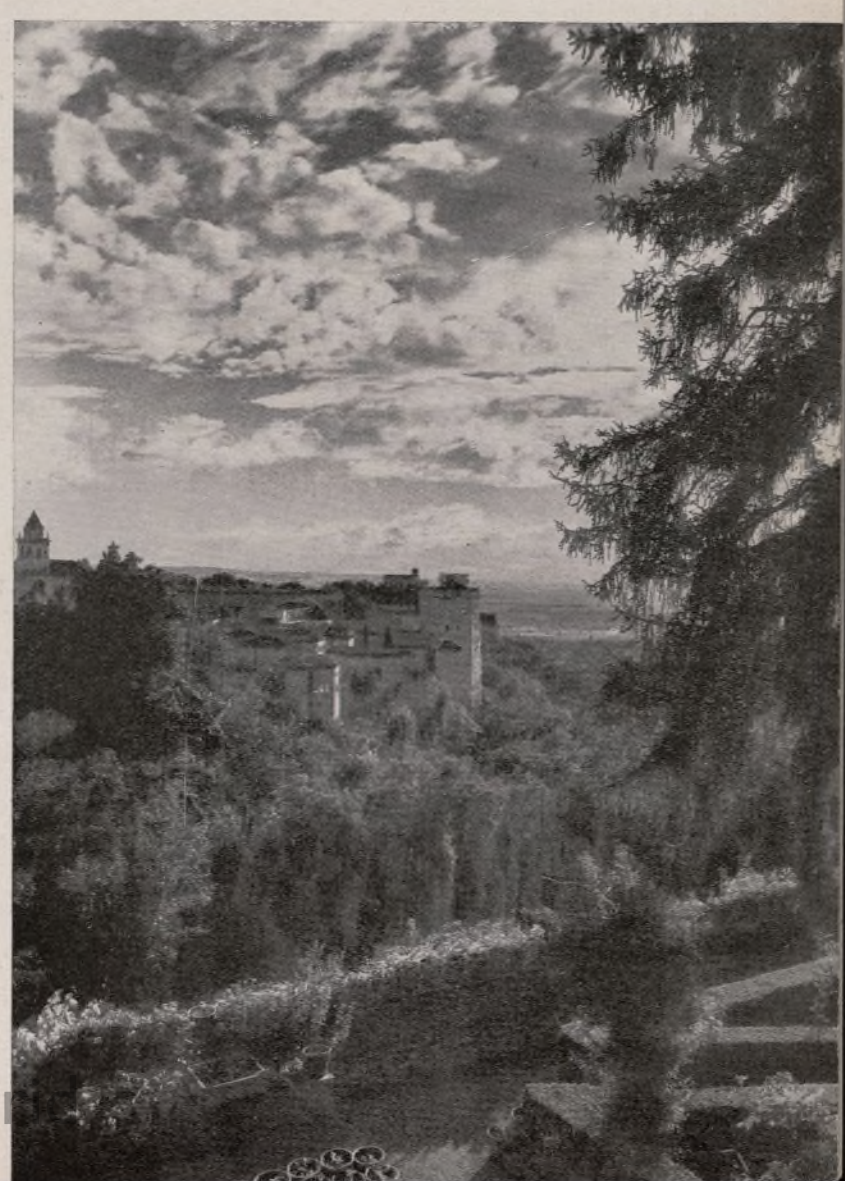


las viejas piedras de singular valor arqueológico. La Alcazaba, con sus torres—la más famosa, la de la Vela—, fortificaciones y murallas, constituye el núcleo más antiguo del recinto alhambrense.

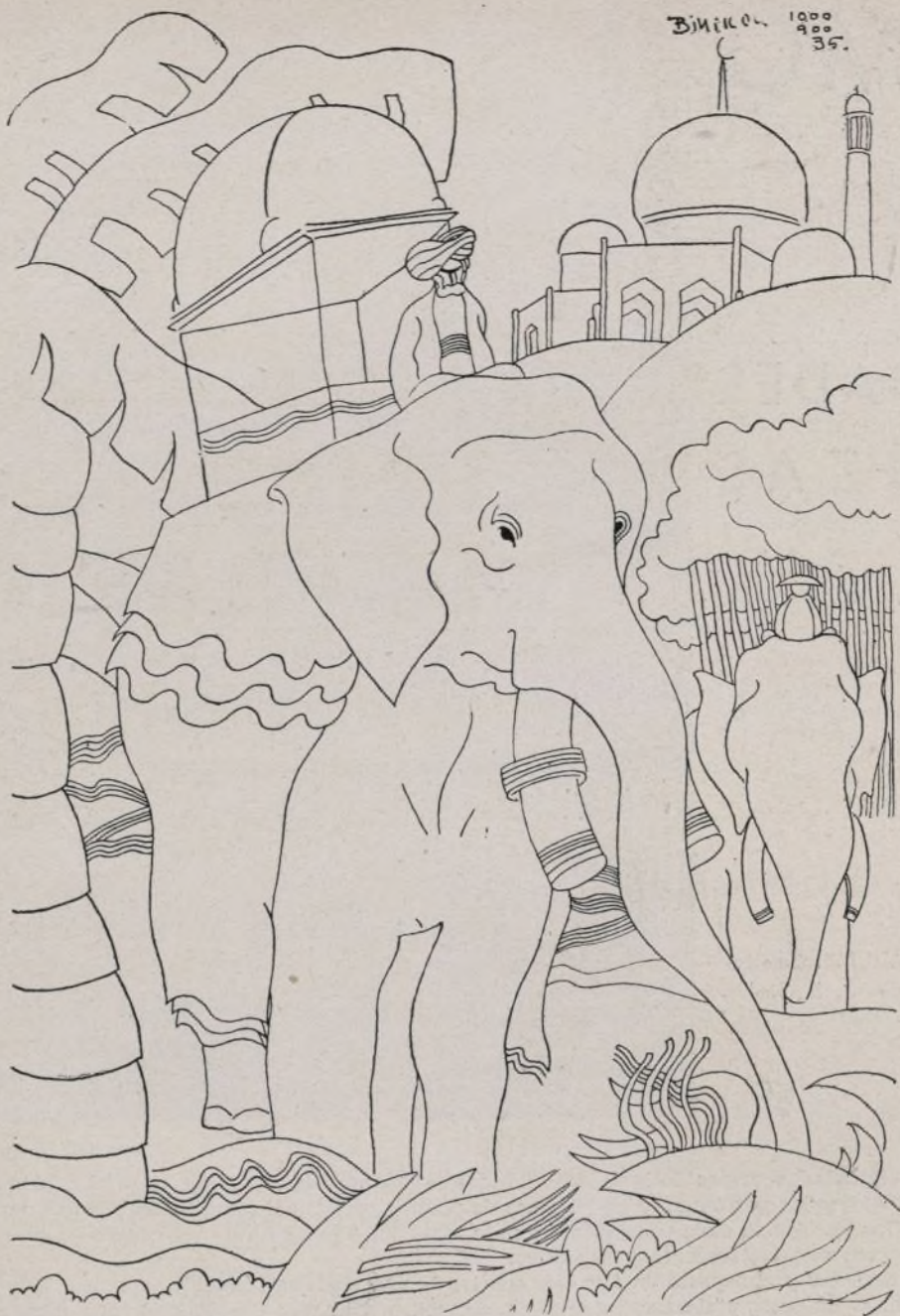
## FOTOGRAFÍAS DEL P. N. T.

CÓRDOBA. Patio de los Naranjos y torre de la Mezquita.

GRANADA. Vista parcial de la Alhambra.







# LA ISLA DE CRISTAL

## LEYENDA ORIENTAL

TRADUCIDA POR MANUEL COELLO

Cuentan, entre las cosas que cuentan nuestros antepasados—pero el Omnipotente está mejor informado y es más perspicaz y más sabio—, que mucho más allá de las tierras y de los mares, del lado de las regiones de Sin y de Masin, y a su extremidad occidental, existe, entre los dos azules, una gran isla mágica. Y llaman a esta isla, en una lengua que nosotros desconocemos, la isla Wak-Wak. Pero los pocos navegantes que la han entrevisto en sus viajes la denominan la Isla de Cristal (Djazirat al Ballour).

Es en esta isla, prodigio y asombro de las regiones transmarinas, y solamente allí fué donde la más Pura Felicidad eligió, por una sola vez, estancia sobre la superficie de la tierra. Allí el Sultán Amor reinó una sola vez sobre dos corazones.

Por cierto que en esa isla, los tigres mismos vivían en armonía con los animales y los seres humanos, y sólo abrían sus magníficas fauces, vírgenes de sangre, para bendecir al Creador de la belleza con la fórmula sagrada: "Allah ó Akbar."

Es también en esta Isla de Cristal donde los dueños de elefantes de batalla se paseaban sobre sus lomos, pertrechados para precipitarse con frenesí en medio de la lucha y para aplastar los batallones enemigos, sino, sencillamente, para respirar el aire de las alturas, a la sombra de las sombrillas de brocado, succionando jugosas cañas de azúcar.

Es allí donde las adolescentes adorables se movían en el aire embalsamado por los efluvios de los canelos y de los cerezos, sobre los que se balanceaban pájaros de dulce gorjear, al extremo de las lianas gigantes y de las ramas en flor.

Es allí donde los arcos de los puentes, sobre los ríos de ensueño, son de oro ibriciano; y los puentes mismos, de marfil y turquesa, no son jamás atravesados por los jinetes, para no estropear sus materiales preciosos. Prefieren cruzarlos a pie y abrevar sus caballos y elefantes con la leche y la miel que corren en abundancia por aquellos ríos encantados.

Es allí mismo donde los pabellones y los belvederes sirven de lugar de reposo a deliciosos fantasmas y donde las escaleras de pórvido y plata, que trepan por las montañas, no están allí más que para humanizar aquellos lugares divinos.

Es en esta isla de encantamiento donde vivía, en su esplendor de diamante, una adolescente luminosa, cuya belleza cubría con el velo de la vergüenza la luna llena del mes del Ramadán y cuya blancura inmaculada superaba la del jazmín.

Se llamaba Har katal Kouloub (Quemadora de Corazones). Y es justamente de esta reina de las gacelas de la que el poeta dijo:

"Hija etérea de las hadas, cuando se la ha visto una vez, es una fiesta para el observador.

"Adolescente de oro, en realidad: dos ojos babilónicos, mejillas de amapola, labios humillantes para la flor del granado, que, por su perfume natural, son corazón mismo de la rosa perfumada. Y su pequeña boca, una golosina.

"Es para ella que el soberano ruiseñor nocturno, en las ramas del sombrío ciprés, tiene, invisible, sus citas de amor; y modula, improvisando, más de setenta canciones en lenguaje rimado."

Por todo esto una tan maravillosa adolescente no podía tener por esposo más que un hijo de reyes, descendiente de siete generaciones de reyes.

Y por eso el rey de la Isla de Cristal, después de la petición de matrimonio, y después de enviarla suntuosos regalos de boda, hizo celebrar sus esponsales con gran pompa. Y una vez las ceremonias terminadas según el protocolo de los reyes, y acabadas las bendiciones y felicitaciones, condujeron a palacio a la nueva esposa, ídolo de oro en su palanquín, seguida de un gran cortejo.

Todo se hizo. Pero, en realidad, los padres de la adolescente maravillosa no habían olvidado más que un solo detalle, que era, aun cuando las leyes no hiciesen de ello una obligación, el pedir el consentimiento de la desposada.

Y por eso, cuando el rey penetró en el aposento del Misterio, a la hora fijada por el cuadrante del Destino, y vió lo que vió, palideció y sintió cerrarse los abanicos de su corazón. Y su pecho llegó al límite de la opresión y del descorazonamiento.

En efecto, en lugar de encontrar la milagrosa esposa en el colmo de la alegría, la vió tendida y llorando sobre los cojines, poseída de la mayor amargura. Pero como era de carácter magnánimo, se aproximó a ella con gran dulzura, pensando: "No es de extrañar. Si llora de ese modo, no hace más que lo de rigor en todas las jóvenes bien educadas que abandonan su hogar y su madre por primera vez. Felizmente, el dulce bálsamo de las palabras bien sentidas alivia los corazones oprimidos." E inclinándose tiernamente sobre la joven frente aureolada, dijo:

—Quemadura de Corazones, por la verdad de tus gracias, dime, ¿por qué estropeas así el resplandor de tus ojos mágicos? ¿Y qué dolor te sobrecoge para olvidar de este modo la presencia del que su destino feliz conduce hasta tus pies encantadores?

Pero la doliente doncella, al oír estas palabras, dejó correr sus lágrimas con mayor amargura y escondió por completo su rostro entre las manos.

Y el rey dijo:

—Dueña de mi corazón, si tu llanto es debido a la ausencia de tu madre, dímelo, y yo mismo iré a buscarla, y no te abandonará nunca más.

Pero como movía la cabeza llorando con mayor desconsuelo, el rey añadió:

—¿Lloras tal vez por que te acuerdas de tu nodriza, o de tu gacela, o de tu gato, o de tu pájaro favorito? Contéstame, y al momento iré yo mismo a buscar todo lo que desees.

Y al no conseguir más que un signo negativo de la sollozante esposa, se decidió a sentarse un momento sobre el tapiz de la reflexión y acabó por decir:

—Por tu vida, creo que la pena que te acongoja es el sentimiento de verte alejada de la casa de tu infancia. Pero yo, si consientes levantarte, te juro por tu frente estrellada que iré a vivir contigo en la casa de tu niñez y te serviré yo solo con mis ojos.

Cuando la adolescente, llorosa, hubo escuchado todas estas palabras de abnegación del rey, su esposo, su alma se sintió un poco consolada y pudo, al fin, responder:

—Mi señor rey, no lloro por mi madre, ni por mi nodriza, ni por mis animales familiares, ni por la casa de mi infancia. Lloro sólo por mí misma, herida y ya muerta.

Y el rey, en el límite de la emoción, dijo:

—Corona de adolescentes, ahora veo que tu dolor es causado por la aversión que sientes hacia el esposo que el Destino te ha procurado.

Pero ella contestó con viveza:

—Por tu vida preciosa, oh Rey del tiempo, alejado sea un motivo semejante del pensamiento de tu humilde sierva. Pero te suplico, por tu mano derecha, que no me obligues a revelar un secreto del que mi alma no es la única depositaria.

Sin embargo, ante la continua súplica del Rey, rogándole aclaraciones, la adolescente habló y dijo:

—Has de saber, rey del tiempo, que la causa de mis lágrimas y el deseo de morir no es otro que el sultán Amor. El Amor, rey mío, es esa planta cuyas raíces sólo arraigan en la pulpa de nuestro corazón, y para arrancarlas sería preciso arrancar todo nuestro corazón. Y yo, tu esclava, rey magnánimo, desde los primeros días de mi infancia tengo el corazón preso en la pulpa del corazón de alguien que sólo es príncipe por sus sentimientos. Como el ángel Harout, su belleza no se descubre ante los ojos que sólo ven lo aparente y toda su riqueza consiste en una brasa encerrada en su pecho. Y es una brasa cuyo fuego sólo se enciende hacia el interior y su luz es sólo visible a los ojos cuya vista es independiente de la visión. Y la llama de esa brasa es inextinguible, porque se alimenta del manantial que corre al pie del Arbol de la vida. Y la mansión de este dueño de la llama inmortal es una cabaña que no tiene una sola ventana al exterior. Y aun cuando esté totalmente vacía esta cabaña, su dueño es el poseedor de todos los tesoros de los antiguos reyes, de las dinastías de Khitaién, de Khosrou y de Ardechir; y es el dueño de la Copa de D'jem y del Espejo de Alejandro. Y es el testimonio vivo del sultán Amor, y vive en mí y yo vivo en él, los dos fundidos en el Amor. Y si nuestros cuerpos cambiases de condición por un solo momento, nuestras cenizas, por el hecho del Amor, estarían tan calientes, que resurgiríamos de ellas eternizados como el Fénix y como la Rosa.

Cuando el rey hubo escuchado estas palabras, comprendió, por iluminación, el sentido aparente y el sentido interno. Y de pronto se alzó sobre sus pies y cayó prosternado a los pies de la Adolescente sagrada. Y permaneció así un momento en el éxtasis de los ángeles, fuera del tiempo y del lugar, con su corazón a los pies de la Adolescente, convertido en un incensario humeante.

Y cuando volvió de su éxtasis, dijo:

Levántate, esposa mía, de un sueño de momento. Tranquiliza tu alma querida



y refresca tus ojos. Pues, ¿dónde está el humano tan insensato que quiera luchar con el sultán Amor? Pero yo, libertándote de la ligadura de mis derechos, te adopto en este mismo instante por hija de mi carne y de mi sangre. Y te nombro mi heredera, en vida y para después de mi muerte, sobre mi trono y sobre mi reino.

—Levántate y ve sin tardar hacia el que te verá llegar como se verían los que salen de las cavernas de la muerte.”

Y cuando hubo así hablado, el rey tomó dulcemente la mano de la Adolescente adorada, su esposa de un momento, y la condujo hacia la puerta secreta de los jardines. Y al abrir la puerta para inclinarse y dejarla pasar, la Adolescente posó sus labios con fervor sobre su mano, regándola con sus lágrimas. Y él mismo, inclinándose hasta el suelo, besó el borde de su vestido de desposada.

Cuando la Adolescente nocturna llegó ante la cabaña, cuya sola salida al exterior era una puerta tan estrecha y exigua que sólo un cuerpo glorioso hubiera podido deslizarse a través de su abertura, oyó, en el silencio de la aurora, sollozar en el interior al que la lloraba como se llora a los muertos.

Y ella llamó a la puerta. Y la voz preguntó desde el interior:

—¿Quién llama?

Ella contestó:

—¡Soy yo!

Entonces reinó un gran silencio.

Y hasta los árboles cesaron en su murmullo y no dejaron oír las primeras notas de los pájaros cantores.

Pero la voz no respondió desde el interior.

Y la puerta exigua no se abrió.

Entonces la Adolescente se cubrió con el velo de la meditación. Y sin una queja, sin un suspiro, se tendió en el suelo junto a la puerta.

Y toda la noche y todo el día permaneció tendida, con la cabeza hundida en el velo de la meditación. Y maduraba así en su corazón la noción esencial del Amor, que quiere que los “privilegiados del Amor mueran primero por completo para sí mismos” antes de presentarse ante el sultán Amor.

Y decidida ya a penetrar por la puerta, se levantó y se dirigió primeramente al río para hacer sus abluciones. Luego, con paso seguro, volvió hacia la cabaña y llamó a la puerta.

Y la voz del interior preguntó:

—¿Quién llama?

Y la Adolescente, esta vez, dijo:

—Eres tú.

Y la puerta se abrió sola.

Y el final es el misterio de los Privilegiados por el Amor.



... ahora el jabón

**HENO  
DE PRAVIA**

de la Perfumería Gal

Completa el bienestar que la ducha proporciona: deja los poros limpios, suaviza el cutis con su deliciosa espuma y lo perfuma con su aroma inconfundible.

PASTILLA, 1, 30

D I B U J O D E B I L L I K E N

## CON EL MEDICO

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

### Lo que deben comer los niños

*Estrecha e incompleta sería la enseñanza de la Pediatría si sólo se propusiera como fin el estudio de las enfermedades infantiles.*

HUTINEL.

De los muchos problemas que la crianza infantil plantea al estudio médico y a las preocupaciones, dudas e inquietudes de los padres, ninguno más interesante que el de la alimentación, llegada la hora, o, mejor dicho, cuando surge la edad en que la leche como único alimento es insuficiente para fomentar el fisiológico desarrollo del pequeño.

El niño nace con un aparato digestivo imperfectamente desarrollado, tanto, que varios de sus órganos importantes son casi rudimentarios. Con tan defectuosa maquinaria tiene que elaborar y transformar las sustancias alimenticias indispensables, no sólo para el sostenimiento de su vida, sino igualmente para su crecimiento. Ahora bien: este crecimiento ha de ser rápido; no puede el niño en momento alguno detenerse en su desarrollo; si no aumenta, pierde; si no progresa, retrocede, y no le es posible retroceder por espacio de mucho tiempo, pues no tardarían en agotarse sus naturales reservas.

No porque el niño haya tenido una época lactante perfecta puede y debe concedérsele amplia autorización para *comer de todo*, frase vulgar y harto repetida cuando los papás quieren mostrar con orgullo la resistencia y capacidad gástricas del bebé. Equivocación funesta, práctica lamentable, etiología de gravísimos trastornos que influyen de manera principalísima en el crecimiento y causa predisponente de muchos estados de raquitismo, origen de afecciones típicamente escrofulosas, cuando no de fimas intestinales de trágicas derivaciones.

Durante la infancia se siente el hambre con más frecuencia que en la edad adulta, por lo que los niños han de hacer mayor número de comidas y, sobre todo, con riguroso y severo régimen horario.

Es fácil comprender que en este orden no pueden, de antemano, fijarse reglas exactas y concretas, pues no se podrá tratar lo mismo a un niño inapetente que a un glotón, ni a un enfermito por transgresiones alimenticias anteriores que a otro que se encuentre en perfecto estado de salud.

Salvo los casos particulares, que resolverá el pediatra o médico especializado, aparte todo aquello que requiera, por su índole orgánica o patológica, un cuidado exclusivo o reglas características, el sistema de alimentación de un niño que nos parece más adecuado en la primera infancia es el que a continuación exponemos, sin pretensión, ¡librenos Dios!, de sentar cátedra ni asomo de infalibilidad. ¡No faltaría más!

A los diez meses, y según su desarrollo dentario, se podrá dar una ligera papilla de harina—hay muchas, y no he de

citar aquí ninguna—; al año, añadir una yema de huevo; a los quince meses, arroz hervido, patatas cocidas; a los dieciocho, pescados blancos, y a los dos años, algo de carne de ternera, costillas, sesos, compotas...

Cuando se ha llevado a cabo el destete con arreglo a las reglas que ordena la higiene, es decir, en el supuesto que aquél se haya verificado con toda normalidad, se empezará a disminuir la cantidad de leche, porque si la ingestión de ésta tiene lugar en gran abundancia, puede producirse en el niño una enfermedad, descrita por Guiam, que se caracteriza por dilatación de estómago, infarto de hígado y estreñimiento, todo lo cual produce en el chiquillo grandes dolores intestinales.

De los dieciocho a los veinticuatro meses se empezará a dar caldo, que ha de estar compuesto, para que reúna los principios calorimétricos suficientes, a base de sustancias poco grasas y administrado en forma de sopa, con aditamento de una pasta suave y nutritiva: sémola, tapioca, etc.

Se pueden dar también, en este periodo, legumbres—en forma de purés bien cocidos— y quesos blandos y frescos.

Como decimos antes, al final de este periodo—a los dos años—, el niño podrá comer—con tino y precaución—pequeñas cantidades de carne blanca; al cabo de quince o veinte días de tanteo, se puede dar ya, sin interrupción, sesos de cordero, carne de pollo, alternando con pescado blanco ¡exento de espinas!, y legumbres, tan ricas en potasa, hierro y ácidos vegetales.

Pasada esta edad, se irá aumentando progresivamente la alimentación, según las disposiciones gástricas de las criaturas. De los tres a los seis años, el médico tropezará con su mayor enemigo, que le ha de perseguir implacable en el transcurso de su ejercicio: la rémora familiar para obedecer sus mandatos. En esta fase de la edad infantil, los chicos *comen ya de todo*, y ¡quién se detiene a meditar en antiguallas de higiene cuando el chiquillo *digiere piedras*!

Son los padres—conviene insistir en lo que tanta importancia tiene—los primeros que quebrantan la autoridad del médico y hacen que el pequeño coma casi siempre alimentos por completo inadecuados a sus tolerancias orgánicas, en excesiva cantidad y sin guardar entre comida y comida las necesarias pausas u obligados intervalos que exige el acto digestivo, lo que es causante, a más de serle perjudicial para el fisiologismo de la digestión, de la privación del básico y fundamental factor necesario para que el niño coma bien: sencillamente, tener apetito.

El periodo de los seis a ocho años hasta la pubertad no implica variación alguna más que en lo relativo a la cantidad. Debe ser ésta la única alteración. Prohibiremos, sí, las bebidas espirituosas, el vino, etc.

Y deliberadamente he huido en estas rápidas notas de divulgación de los fundamentos calorimétricos, jalón de los índices alimenticios de cada sustancia en particular. Capítulos son éstos—extensos y prolijos—que nos llevarían muy lejos de nuestra modesta pretensión consejera, objeto de las líneas precedentes, que procuran en todo momento no salirse de la órbita preconcebida de su mínima aspiración divulgadora.

No se olvide, sin embargo, que, durante la vida, la higiene alimenticia se impone para la conservación de la salud y preservación de gran número de enfermedades. En ningún periodo aparece tan evidente su necesidad como en la época de la infancia. Una alimentación bien reglamentada es condición esencial de un crecimiento normal; una alimentación defectuosa determina trastornos cuya variedad e importancia nos demuestran de continuo las múltiples afecciones que padecen los niños, debidas exclusivamente a estos trascendentales inconvenientes de nutrición que *tocamos* a diario.

Hasta el momento en que el cuerpo, llegado a la edad adulta, ha adquirido relativa fijeza, el organismo se desarrolla de continuo en fases de rapidez y periodos de lentitud. Este es uno de los motivos más característicos que obligan a determinar estas reglas higiénicas que tan a brochazos señalamos.

En nuestro deber las líneas que a vuela pluma trazamos son para advertencia de quienes deban estar pronto a recoger de ellas lo que pueda serles de práctica utilidad.

Porque, desde luego, es axiomático que el niño que resiste todas las barbaridades que sus padres, parientes y amigos oficiosos hacen con su estómago, es un *veterano* capaz de digerir *cemento armado*. Evidente. Pero no se olvide, y téngase muy en cuenta, que el porcentaje de defunción en la primera infancia por transgresiones alimenticias es enorme y cada vez va en más aumento.

Ello obedece a que son muchos más, ¡muchísimos más! Es que, desgraciadamente, no admiten ese absurdo *comer de todo* que tan a los cuatro vientos de una satisfacción ilimitada lanzan, llenos de júbilo, los felices y optimistas papás. Y los médicos podíamos decir *algo* de esto.

Para nuestro infortunio.



Ayuntamiento de Madrid





Aún no se han puesto de acuerdo los arquitectos paisajistas si debe prevalecer el jardín, que refleja fielmente la naturaleza, como un paisaje en tamaño reducido o si puede someterse la vegetación a todos los caprichos del creador del jardín.

Creo sinceramente—y sin duda está de acuerdo el Sr. Forestier—que todo estriba en una cuestión de buen gusto. Concojo parques y jardines paisajistas, muy bellos, y admito que los haya muy absurdos. Sé que por otra parte hay parques arquitectónicos perfectamente logrados y otros de pésimo gusto.

Los célebres jardines italianos y franceses de la época del Renacimiento y del barroco los proyectaban los mismos arquitectos a cuyo cuidado estaba la construcción del palacio. Por lo menos les era reservada la dirección artística. Prueba de ello la carta que dirige Bandinelli a Jacopo Guidi respecto a los jardines del Palacio Pitti, donde hallamos el famoso párrafo: «Che le cose che si murano, debbono esser guida e superiori a quelle che si piantano.»

El espíritu, la esencia pura de los jardines del barroco italiano que supo traducir al francés el gran Lenotre, mucho antes de poder contemplarlos *de visu* en el viaje que emprendió ya muy avanzado en edad, flota también en los jardines de Montforte, la mejor muestra de arte jardineril que puede presentar Valencia a sus visitantes.

El que los trazó se valió de buenos modelos. Encontramos antiguos conocidos: Los leoncitos jugando con la bola que adornan la Villa Médici. Las murallas vegetales del Giardino de Boboli. Las lindas escalinatas de la Villa d'Este de Tivoli,



Las hornacinas con bellas estatuas de sabor clásico que se hallan también en la Villa Falconieri y los grupos escultóricos de «puttis», pequeños tritones y otros motivos traídos de la mitología que adornan las bellas fuentes de Versalles, de Schoenbrunn.

Los jardines de Montforte son de traza arquitectónica, de gusto depurado, clasicísimo. Allí donde el artista puede haber cometido yerros, la naturaleza lo ha corregido espontáneamente.

Esos jardines son bellos precisamente porque vuelven poco a poco a la naturaleza. Porque se borran en ellos las formas demasiado «tiralescas». La estatuaria, que abunda bastante, es de buena época, buen material y sabiamente distribui-



## JARDINES DE ESPAÑA

Por ALFREDO BAESCHLIN



da, alternando la blancura algo apagada y amarillenta de la piedra con grandes lienzos de pared vegetal, sobre cuyo fondo se destaca admirablemente.

De sobra se nota que los jardines de Montforte, tal vez por ventura, están algo abandonados. Lentamente la naturaleza recobra sus derechos, suaviza las rectas demasiado rígidas, crece a su antojo, modificando el primitivo corte de tijera, invade escalinatas, fuentes y estatuas, añadiendo espon-



táneamente nuevos encantos a estos jardines, paseando por los cuales se va «di gioia in gioia a l'ultimo diletto».

Me pregunto si es un bien o si es un mal. Desde luego se me antoja que Rusiñol prefería los jardines en este estado de semiabandono. Sé que el tripode de su caballete hollaba a menudo el piso musgoso de los jardines de Montforte.

Cuando el área que ocupan hoy los jardines se convierta en solares—existe este peligro—, las bellas fotografías de Renau que nos dió para esta página servirán para evocar la belleza que se fué para siempre. Ellas reproducen con gran fidelidad lo que puede llamarse la quintaesencia de los jardines de Montforte, verdaderos jardines de ensueño que merecerían mejor suerte, como la que Ronsard deseaba a su amada Foret de Gastine:

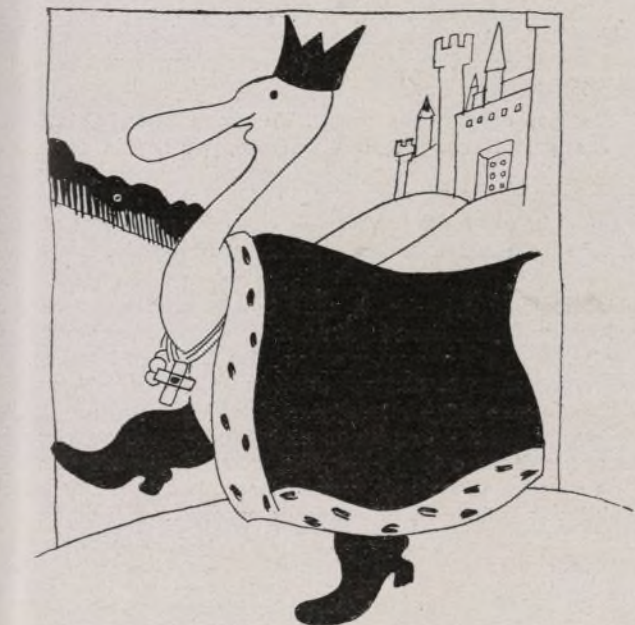
..Tes bocages soient toujours pleins  
D'amoureuses brigades  
de Satyres et de Sylvaïns  
La crainte des naïades!  
En toi habite désormais  
Des muses le collège,  
Et ton bois ne sente jamais  
La flamme sacrilège!

Valencia, 1935.





# EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



## Su Majestad el rey Ganso

El orgulloso rey Ganso miró a sus cortesanos con fastidio al notar que todos eran feos.

—¡Oh, majestad!—exclamó uno de los cortesanos, mientras se le caían las lágrimas—. Por favor, elija a uno de nosotros como sucesor suyo.

—No voy a hacer eso—gritó el rey, todo enojado.

Y así como lo anunció, lo hizo. Escribió a la reina Kikiriki que enviara a uno de sus hijos para que gobernase a sus súbditos.

La reina contestó que, encantada, le enviaría a uno de sus hijos para gobernar el país de los gansos.

—La reina Kikiriki va a enviar esta tarde a su hijo; ya ven que he hecho lo que les había dicho—dijo el rey—. Como yo no estaré presente, deseo que usted, el primer ministro ganso, reciba al príncipe Kikiriki y le ofrezca el trono y la corona. Si no hace lo que le digo, le voy a dejar cocinar en una cacerola.

—Voy a hacer todo como usted me ha dicho, majestad—repuso el ministro ganso.

A la tarde, cuando el rey ya había partido, todo estaba arreglado para la llegada del príncipe Kikiriki, y poco después apareció una carroza de oro, que fué recibida por toda la corte.

El primer ministro bajó las escaleras hasta donde se encontraba la carroza del príncipe Kikiriki.

Miró dentro del coche; encontró sólo una caja forrada con terciopelo colorado.

—¿Qué es esto?—gritaba el ministro, olvidándose de su nobleza—. ¿Adónde está el nuevo rey?

Abrió enseguida la caja, encontrando dentro de ella un lindo huevo color crema, y sobre él una carta con un sello de oro. Rompió el sello y leyó lo siguiente:

“Querido rey Ganso: Me es desagradable tener que comunicarle que todos mis hijos están ocupados este mes; pero como le había prometido enviarle uno de ellos para que gobierne durante el tiempo que usted esté ausente, le envío uno de los huevos reales, que es como un miembro de la familia real.

Espero que con esto he cumplido mi promesa.

Afectuosos saludos.

Reina Kikiriki.

NOTA.—Tome cuidado de no romper el huevo.”

—¡Grandes dioses!—exclamó el primer ministro—. Hemos quedado durante tres cuartos de hora dando la bienvenida a un huevo. ¿Qué tengo que hacer?

—Recuerde lo que ha dicho el rey de que si no cumple con las órdenes que él ha dado, lo va a dejar cocinar en una cacerola—dijo uno de los cortesanos.

El primer ministro se volvió todo pálido al oír esas palabras.

—Si quiero salvarme, tengo que llevar este huevo al trono, y ponerle la corona, y declararlo rey.

Poco después el huevo estaba sobre el trono, llevando una pequeña corona en la parte superior.

Pero, por desgracia, el rey regresó inesperadamente.

Quería darle una sorpresa al príncipe Kikiriki. Se quedó muy sorprendido al no encontrar a nadie en la sala del trono.

—Claro, el ministro no ha ejecutado mis órdenes. Lo voy a dejar cocinar en una gran cacerola—pensaba el rey.

No percibiendo el huevo que estaba sobre el trono, se sentó sobre él.

¡Craaac! El huevo real se había roto. El rey pegó un gran salto. Por el ruido que había hecho el huevo al romperse, todos los cortesanos acudieron a la sala real, empezando todos a reír al ver lo que había pasado.

—Su majestad—exclamó el primer ministro—se ha sentado sobre el príncipe y lo ha roto.

—¿Qué es lo que ha pasado?—gritó el rey, todo enojado al ver a los cortesanos que se estaban riendo de él.

Entonces el primer ministro explicó lo que había pasado.

—¡Por Dios! Seguro que la reina Kikiriki va a estar muy enojada conmigo—dijo el rey Ganso—. ¡He hecho una cosa terrible!

Esa fué una buena lección para el orgulloso rey Ganso; y después, cuando se había arreglado todo, el rey decidió que en adelante ya no sería más tan orgulloso.

Después de eso, reinó la paz y la tranquilidad en Gansolandia.

## La vida en la selva



El señor Mono, que tiene fama de ser, con la señora Co-torra, el más chismoso personaje de la selva, dice que el señor Elefante parece un autobús de los que hacen el trayecto Moncloa-Lista.

Los otros días se encontraron al borde de una laguna donde la familia de señora Pata enseñaba a don Cocodrilo cómo habían aprendido a nadar sus peques.

El señor Mono se acercó al don Elefante y le preguntó con sorna:

—Diga usted, amigo Elefante: ¿dónde compra usted sus zapatos?

Don Elefante, que es muy calmo y un poco tonto, no se dió cuenta de que se trataba de una tomadura de pelo, y muy ingenuamente le contestó:

—Me los mando hacer a la medida en casa del señor Zorro. ¿Por qué me lo pregunta usted?...

—Pues nada; porque pienso cambiar de casa, y si usted tuviera uno de sus zapatos viejos, yo creo que podría instalarme en su interior.

En ese instante apareció don Hipopótamo, que es el

más feo y gruñón señor de la selva, y acercándose al Elefante, le dijo:

—Estas casas de comercio cada día andan peor surtidas. Esta noche tengo un baile en la casa del señor Toro, y creo que no podré concurrir por falta de cuellos. La señorita Gacela, que atiende la camisería de doña Jirafa, me ha asegurado que no tienen de mi medida.

—Tiene usted razón. Además, los dependientes de esa tienda son muy groseros. Figúrese usted que ayer estuve con mi esposa, la señora Elefanta, para que le tomaran las medidas de un traje de Carnaval que piensa hacerse, y una de las vendedoras, la señorita Avestruza, tomando una bicicleta se puso a dar vueltas en torno de mi mujer, hasta que, luego de diez minutos de pedalear, se encará con ella para decirle:

—Mire usted, señora Elefanta: póngase a régimen para adelgazar, porque de lo contrario, nos obligará la próxima vez que se haga un traje a tomarle las medidas en ferrocarril...

Mientras los señores Elefante e Hipopótamo conversaban, la señorita Jirafa asomó su bella cabeza por entre un grupo de palmeras.

—Buenos días, señor Mono...—dijo ella, sonriente.

—Muy buenos días, señorita Jirafa—contestó aquél.

—¡Espléndido día! ¿No le parece?...

—¡Oh, ya lo creo! Desde hacía muchos días no se veía un sol tan hermoso como el de hoy. Y a propósito, señorita Jirafa: ¿qué tal tiempo hace por allí arriba?

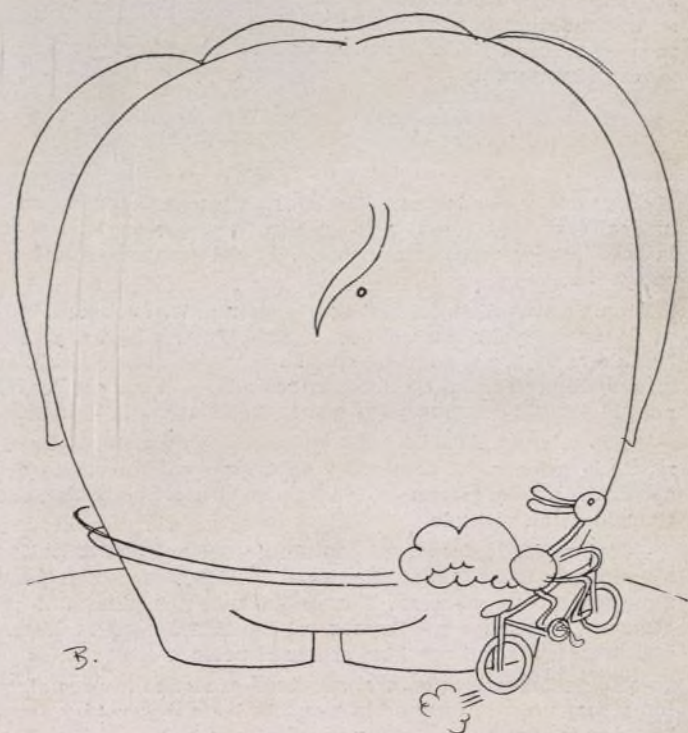
—¿Por dónde, amigo Mono?—contestó la señorita Jirafa, llena de asombro.

—Por esas alturas donde tiene usted la cabeza; porque en la escuela me han enseñado que, a medida que hay más altura, la temperatura se torna más y más fría; y como usted tiene un cuello más alto que el edificio de la Telefónica, me imagino que a lo mejor por allí arriba hasta hay nieve...

A la señorita Jirafa no le hizo ninguna gracia la broma del señor Mono, y medio fastidiada por la impertinencia, se fué a visitar a doña Rinoceronte.

—Acabo de estar con el señor Mono, que es un mal educado...

—Sí, sí; usted tiene razón. Un día de estos le diré a mi marido que le dé un bastonazo en la cabeza para que aprenda a no meterse con las damas. Con usted, señorita Jirafa, siempre anda de bromas gruesas. A mí me dijo ayer tarde que lo mejor que podía usted hacer era colocarse un ascensor en el cuello para que subieran a visitarla sus amistades.







"Serrano" llevaba en su piel alazana todo el color dorado del sol mediterráneo.

# "SERRANO"

Por JOAQUIN GOYANES

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

«Serrano» llevaba en su piel alazana todo el color dorado del sol mediterráneo. En su lomo de seda se miraron con júbilo cinco primaveras. «Serrano» era el potro más lucido del Regimiento 21 de Caballería. Brincador como un saltamontes, al irrumpir en el campo de instrucción provocaba envidia y desasosiego en el resto de la potrada. Su cola amplia, rubia, se extendía perezosa, con ritmo de cisne y hechura de pavo real. Sus remos limpios y pelados parecían quebrarse al contacto del suelo. Pero no sucedía así. Seguro en el tranco, veloz en la galopada, siempre llegaba el primero, marcaba la meta en los desafíos. Por eso era el preferido. Preferido de jinetes, no de galones. De pura raza andaluza—con vientos de morería y presunción de gitano—, quien le pusiese los calzones encima había de tener pierna de guerrillero y riñones de veinte años... Y entonces, con tal montura, al comenzar su trote, dibujaba arcos de triunfo en la empuñadura.

Batidores de gala. Azul, blanco y plata, de la Caballería de España. Espadones labrados, con paisajes del Tajo. Los más erguidos, los de más talla, van los primeros. Al pasar por escuadrones y cuadras, sus bruñidos metales arrancan sonidos de batallas y relinchos de impaciencia en las cabalgaduras.

Al lado de «Serrano» no está el guapo, el más guapo del Regimiento, no. A su vera, arrodillado, buscando charoles a sus cascos, se encuentra el «Tostao», el de menos estatura, el más insignificante... Todo él es nervio y hueso; bronce en las piernas y un tinte de oliva, que le cubre la cara... Pero le envidian todos. Lo envidian esos batidores forzudos, que hoy salen al Corpus, y hay luminarias en los balcones y flores que recoger. Al «Tostao» no le asustan los corpachones ni los forzudos. Tras la cola de su caballo, más henchida y más espesa, lleva prendidas, al final de fiestas, las miradas más bellas de la procesión.

Aquellos meses pasaron. La veteranía y el tiempo que discurre le preocupa al «Tostao». El cuartel lleva unos días de intranquilidad. Partes de Madrid transmiten órdenes y consignas que nadie acierta a descifrar. Se habla de movilizaciones y de guerras. Todo es automatismo. Cada uno a lo suyo. Limpiar bien el mosquetón. Que no falte nada a la impedimenta. El equipo completo, que la campaña es larga. Poca bruzza y poca almohaza, que no están los días para lustrar caballos—eso dicen los jefes—, pero el «Tostao», a escondidas, y mientras el cuartel duerme, baja a la cuadra, limpia el suyo y le dice muy pianito su cancioncilla... Por *seguidiyas*, que las entiende bien. Como todo fué secreto, así se marchó el 21 de Caballería, en una madrugada provinciana y triste. Ni un cántico guerrero, ni esos pañolitos blancos que recogen adioses. Nada. Un poco de vino castellano y a embriagarse en ruta para hacer más moza la garganta.

«Serrano» y el «Tostao». Dos. Dos para uno. Siempre juntos. Más enflaquecidos, pero más unidos. Y a robar pienso a los demás para que engorde el suyo. Todo es poco, porque falta la cebada y se resiente el caballo. El del «mayor» se morirá de hambre como siga con tal compañía...

Eran tiempos distintos estos de la guerra. Mal comidos, enfangados y siempre con la espera de un pasaporte para el otro mundo. Por no llegar, ya no llegaban cartas de la moza... Una de la vieja por semana, cuando no se perdía. Y había que ir tirando. Todos los días lo mismo, de protección, estafeta, emboscada, y si era preciso, los dos, «Serrano» y él, hacer un avío al jefe de columna para que no «comiesen» la aguada.

Nadie lo creía. Aquello había que verlo. Producían lástima. Toda la guarnición del campamento le rodeaba. El «Tostao» y «Serrano» habían vuelto de un servicio en tal estado, que apenas se podían reconocer. No habían vuelto. Los habían echado. Sangre y barro era el testimonio de su retirada.

—Mal se dió la faena, mi capitán...—declaró con dificultad—. Hoy no hemos respondido... Fueron más listos que el «Serrano»... Teníamos deudas pendientes... ¡Bien *san cobrao*!... *Too preparao pa cazame*... Y como gazapos nos pillaron... ¡Esta *condená* de lluvia que nos cegaba! ¡Y *confiaos* que íbamos, mi capitán!... Pero en llegando a la... aguada del Morabo, una descarga *cerrá* nos hizo comer el polvo...

—Yo, en un principio, creí que todo era *mico*..., pero sí, sí... *Echéme* la mano al mosquetón y me encontré con que la mano la tenía *agarrotá* y *toa ensangrentá*. ¡Estaba *perdió*!... La boca *toa* reseca y el aire no me entraba bien en los pulmones... *Desesperanzao* *fijéme* en

«Serrano», y estaba *pior* que yo. La sangre le había *arrebatao* su color... Casi arrastras y *escondió* de los «pacos», pude llegar a él, y en cuanto me *arrecosté* sobre su lomo se alzó sobre las patas... y aquí me ha *traído*... ¿Cómo?... ¡Qué se yo!... ¡Es tan *templao*!... ¿Dónde anda?... *Ponéle* una manta que está *resentío*...

—¿*Resentío*?... ¡Anda éste! Ciego *sa quedao*—afirmó un compañero—. Ya lo *apañó* el veterinario, y come el pienso como si tal cosa...

—¿Ciego?... Eso es un decir...—protestó el «Tostao».

—¿Un decir?... Como no le pongas unos de cristal... ¡Si los *tié vacíos*!...

—No le hagáis *judías*, que es de buena ley... Ayudarme un poco que quiero ir a *velo*...

Cuando los soldados se disponían a complacer la demanda del herido, se presentó el servicio sanitario para trasladarlo al hospital de urgencia.

Pronto se dispersó la noticia. El «Tostao» estaba muy grave. Un proyectil le había atravesado los pulmones, con fuerte hemorragia interna, y agarrotamiento, por herida de fuego, del brazo derecho.

—Ha tenido suerte... Se va de permiso—envidiaba uno.

En la guerra—en todas las guerras—el balazo tenía la virtud de conceder permisos: al otro mundo o a la casa paterna. Cuestión de trayectoria. No es extraño, por lo tanto, que algunos envidiasen al «Tostao».

Pero el «Tostao» estaba supeditado, como todo herido, a unos trámites burocráticos que se reflejaban en sendos expedientes. Estos expedientes tenían por objeto confirmar si eran útiles para el servicio soldado y caballo. Aquí dicen que no valen. En la ciudad que sí. Y mientras el «Tostao», muy *resentío*, convalece en el campamento, en la cuadra, «Serrano», no es ni su sombra. Ya no tiene brillo su pelo alazán. Inmóvil al ronzal, sus cuencas vacías son nidos de moscas y de obscuridades. Como ya no es bravo ni calza herraduras, cox que se pierde, cox que la recoge. Cuando oye la diana o tocan botasilla, como si él pudiera, vuelve la cabeza, curva más el cuello, y a derecha e izquierda busca al amo herido... Hasta que la quietud de la cuadra desierta le obliga a insistir en su sueño de espera...

Un expediente se ha resuelto ya. El de «Serrano». Le ha llegado la vez. Le ha tocado el permiso. Permiso para trabajar. Para trabajar más y comer menos. Como se ha quedado ciego, sale a la subasta. Dan poco por él. Casi regalado. No tiene postor. Por cincuenta pesetas ha cargado con él un gitano andaluz...

Pocos días después se comunicaba de oficio al «Tostao» que se acordaba su licenciamiento, por inutilidad física, y que por su distinguido comportamiento se le otorgaba una cruz roja con el haber mensual de treinta pesetas con treinta y cinco céntimos. El «Tostao» no sabía qué hacer ni adónde ir. Mal herido, como estaba, no podía con la labor del campo... Y a las mozas no les gustan los *enflaquecidos*.

Como el regreso lo pagaba el Estado, cogió el barco, y sin una mirada de odio, ni de complacencia, mirando al sol, buscó la ruta peninsular.

Madrid se doraba al fuego a fuerza de un calor insoportable. Agosto estiraba sus días como la paja de su pintura. El sol, en su caída vertical, escudriñaba fachada por fachada, dispuesto a no dejar con vida la calidez de una sombra. Empinada la calle de Segovia, parecía alzarse más ante el paso fatigoso del caminante mañanero.

Un grupo de obreros, pringados de líquido caliente, rompían, a fuerza de mazo y de energía, el pavimento viejo para volcar en su sitio el asfalto reparador. Secos los labios, el bodegón de enfrente daba inyecciones de contienda. Los músculos estaban borrachos. Uno, dos. Uno, dos. Compás de imprecaciones y de metal que sufre. No hay chanzas, ni diálogos. A veces, como un trallazo en el paladar:

—¡El rico melón!... ¡A quién se lo regalooo!... ¡Frescos melones! ¡Como la miel!...

Las persianas de las viviendas duermen, tendidas, el suplicio de todas las noches.

—¡Arre, caballo!... ¡Maldita sea tu estampa!... ¡Arreee!!!...

No silba el vergajo. Le falta el aire para dejarse oír. Se oía, sí, el golpe seco, el golpe que se ajusta y ciñe al costillar de la bestia exhausta.

—¡¡¡Sooo, caballo!!! ¡Maldita sea tu estampa!

Un palo más para que quede inmóvil. El a la taberna. A tomar clara con limón.

Aquel descanso para el caballo fué fatal. No había manera de dar un tranco más. Sus cascos, gastados, se habían pegado al asfalto caliente. El carretero arrimó el hombro al volquete para ofrecer ayuda, pero todo fué inútil. Un golpe furioso, sobre la inclinada cabeza, y el caballo que cae de bruces en el pavimento.

Tal accidente, con insistente repetición, provocó la desesperación del carretero embriagado. El jamelgo, en plena derrota, aprisionado entre las varas del carro, atendía solamente la dirección de la tralla.

Los pocos transeúntes y trabajadores que presenciaron la escena acudieron en su auxilio. Pero nada hacían. Lo complicaban más. Del caballo sólo se sabía que apenas respiraba.

También en la taberna se encontraba el «Tostao». No había más remedio. Mal andaba con

Un grupo de obreros, pringados de líquido caliente, rompían, a fuerza de mazo y de energía, el pavimento viejo para volcar en su sitio el asfalto reparador. Secos los labios, el bodegón de enfrente daba inyecciones de contienda. Los músculos estaban borrachos. Uno, dos. Uno, dos. Compás de imprecaciones y de metal que sufre. No hay chanzas, ni diálogos.







No hubo duda. Sin darse cuenta del lugar, permaneció abrazado a la cabeza del caballo. Pronto reaccionó. Como un gigante miró a todos con aire de desafío. Irguióse altanero y, encarándose con el carretero, exclamó:

su cuerpo en pellejo, pero había que ganarse el pan de cada día, y sacar fuerzas donde no las había.

—¿Qué pasa?...—se atrevió a preguntar.

—Nada, un volquete caído...

—¡Vaya por Dios!...

Despacio, fatigoso, como él andaba, se acercó al grupo. Le revolvía a él las entrañas esas escenas de todos los días. Con miedo, se atrevió a aconsejar:

—No pegue así, hombre, no pegue así... Quítele los arreos y acarícielo...

La respuesta fué un trancazo más sobre los huesos calcinados de la bestia. El «Tostao», desesperado, buscando protección entre los que le rodeaban, amenazó:

—Llamaré a la autoridad si sigue martirizando al animal... ¡Aprenda a mandar caballos si los quiere explotar!... Quite el hierro de la boca... Suelte la cincha... ¡No pegue, hombre, no pegue más!—dijo, interponiéndose—. Yo le ayudaré... Por las buenas consigue más... Vaya, vaya. ¡Pobre animal!...

El «Tostao» se inclinó sobre el caballo. Como en otros tiempos, sus manos eran ágiles y expertas, soltando arreos. No se había olvidado. Al quitarle la cabezada, el «Tostao» dudó mucho. No eran seguros sus dedos. Temblaron sus manos. Su cara es lívida. Hubo un instante que, como alucinado, miró a todos con odio y con rencor. Sus rodillas tocaron el suelo. Y en un instante de pleno conocimiento, sus ojos, en lágrimas, pusieron frente a frente con las cuencas desiertas del animal caído...

—¡«Serrano»!... ¡«Serrano»!...—gritó reconociéndole por todos lados.

No hubo duda. Sin darse cuenta del lugar, permaneció abrazado a la cabeza del caballo. Pronto reaccionó. Como un gigante miró a todos con aire de desafío. Irguióse altanero y, encarándose con el carretero, exclamó:

—¡Es mi caballo!... ¿Me oyes?... ¡Es mío!... «Serrano»! ¡«Serrano»! a mí!... insistía apartando a los curiosos—. ¡Arriba, «Serrano»!... ¡Arriba!...

Hubo un sonar de huesos. Articulaciones que se juntan. Músculos que se ligan. Un olfato nuevo y joven que ve. Todo a un mismo tiempo. Obra del instante. «Serrano», el viejo caballo, se alzó seguro sobre sus remos descarnados. Aquel cuello, arrugado, buscó la elegancia de su primitiva horizontal, y de un tirón, brusco y bravo, puso en marcha el cargamento.

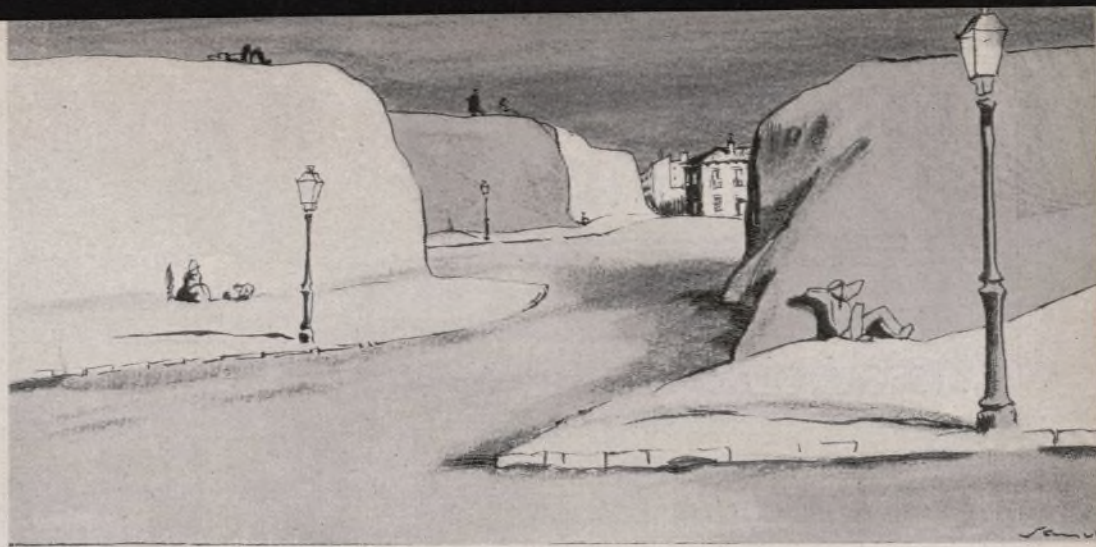
—¡Así, «Serrano», así!... ¡Aloooo!—gritaba febrilmente—. ¡Más, «Serrano», más!... Más... Una saliva pastosa que le comía el aliento, no le permitía animar más a su antiguo caballo. Tuvo necesidad de ser recogido por aquellos trabajadores, que presenciaron la impresionante escena. La emoción y el esfuerzo del «Tostao» se manifestaba en un hilo de sangre que se desprendía por la comisura de sus labios.

La agónica retina del «Tostao» iluminábase por última vez, de manera brillante y codiciosa, para captar la airosa geometría que dibujaban las patas del viejo caballo de guerra al coronar la madrileña calle de Segovia...

## COLABORADORES DE "CIUDAD"



El gran pintor Gutxi, nuestro colaborador, ante la pintura mural que acaba de realizar sobre el tema de los descubrimientos de América para los salones de Intercambio Cultural Ibero-Americano.



## EN LOS DESLINDES DE MADRID

DIBUJO DE SANCHA

Madrid carece de extramuros ilustres a base de cubos de murallas, puertas en la hondura, de cuya bóveda apuntada resuena el paso de antiguas cabalgatas heroicas; casonas ilustres con piedra heráldica y huerto pomposo de magnolias y presentando armas en la portalada, el espadón vegetal de los cipreses.

Madrid confina humildemente con las gredas y arcillas de la Mancha cereal y plana, y los últimos trazados de sus calles se desdibujan y fragmentan entre los surcos del laboreo, respunteados por las agujas de los trigales.

A medida que la ciudad hace avanzar sus tentáculos, sometiendo la tierra libre a la pauta urbanista de sus rectas, van quedando al desnudo los muñones de las presuntas esquinas que modelan lentamente su futuro en la roja carne cereal de la ancha Castilla labradora. De esta audaz navegación del tiralíneas edilicio, va quedando mención en las balizas insomnes de los faroles de gas; arpones luminosos también que sujetan la tierra huidiza y la someten y condicionan a su futura obligación de ser calle inmóvil y obediente, libre, a su vez, bajo la caparazón del asfalto, de la tiranía de las lluvias y de los soles, porque su cosecha futura será de acontecimientos y de historia, de cultura, que no de agricultura, de energía andariega, y no de lenta espera germinal. Y mientras el progreso no llega con sus azacaneos y sus apresurados humos, los vagos, primeros nuncios de la ciudad, que van a ser estos andurriales, se desperezan al sol o duermen acariciados por el falso claro de luna de las urbes, que expiden estos faroles, "pionners" borrachos, tambaleándose bajo viseras de lata...

E. B. A.

## REGIONES LABORIOSAS

En mi artículo "El Estatuto del vino", publicado en CIUDAD en su número del 20 de febrero, apuntaba la fecunda labor del Condado de Niebla en su industria principal: la de los vinos. Y decía entonces que para tener un palpable reflejo de su dinamismo semianónimo era necesario convivir entre los industriales de esta región laboriosa, quienes, como soldados sin nombre en la vanguardia, ponen muy alto el nombre de nuestra economía y de nuestra patria.

Al hablar de estos vinos y del Condado, nos referimos a los vinos de todos los pueblos de la zona vinícola de Huelva, tales como Manzanilla, Paterna, Escacena, Chucena, Villalba del Alcor, La Palma (hoy capitalidad del Condado), Bollullos, Almonte, Rociana, Bonares, Moguer, San Juan del Puerto, Lucena, Trigueros y Beas, cuya región fué muchos años tributaria de las bodegas de Jerez y del Puerto y de los mercados franceses; pero los vetos del Estatuto y las restricciones de los Tratados obligaron a esta región activa y fecunda a irse creando la fisonomía de sus clases y la personalidad de sus mercados.

Ese tesón y esfuerzo individual y esa latente necesidad de expansión pronto se manifestará de un modo integral, colectivo y patente en la conquista de los mercados americanos y los del Oriente.

Pedro López Fuentes.



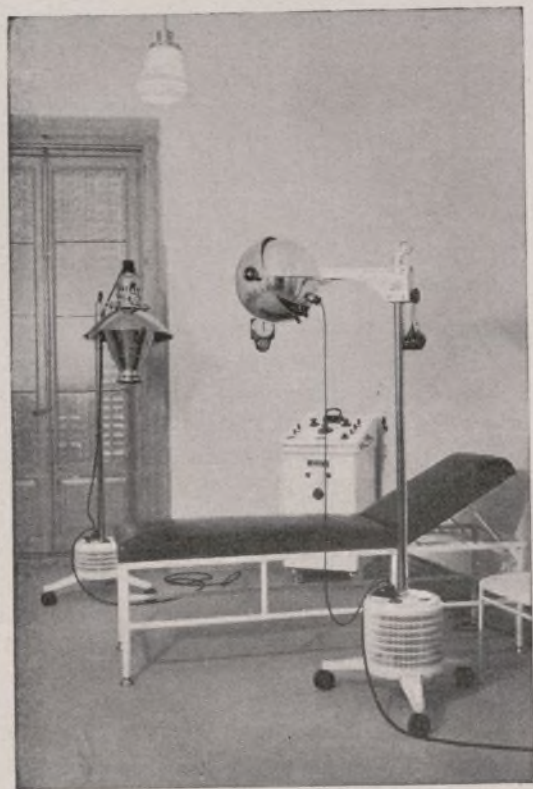
CIUDAD, la revista de Madrid para toda España, aparece los miércoles con el más selecto material literario y gráfico. En sus páginas colaboran las mejores firmas nacionales y extranjeras, e ilustran su material los mejores dibujantes de España. Reserve con anterioridad su ejemplar.





# "HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE  
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17  
Dirección: 27914  
Clínica: 27915

## BOLETIN DE SUSCRIPCION A

### "CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"

Palacio de la Prensa

MADRID

D. ....

domiciliado en .....

(localidad)

calle de .....

número .....

provincia de .....

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y  
adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTI-  
MOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual  
en .....

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

## COMPañIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA



### AL SERVICIO DE NUESTROS ABONADOS

Para que nuestros abonados presentes y futuros encuentren la máxima comodidad y rapidez en sus relaciones con esta Compañía, hemos creado el nuevo Servicio de Unidades, implantándolo de momento en nuestras oficinas comerciales de Madrid y Barcelona.

Este Servicio de Unidades consiste en un grupo de señoritas, cada una de las cuales tiene a su cargo 2.000 números de teléfono, con la exclusiva misión de atender a los abonados correspondientes, cooperando con ellos y facilitándoles la resolución de cualquier asunto relacionado con esta Compañía.

La actuación de estas empleadas se refiere principalmente a asuntos de índole comercial, aunque están capacitadas para recibir reclamaciones o suministrar informes sobre nuestros servicios.

Para ponerse en comunicación verbal con el Servicio de Unidades, los abonados deben marcar 04 y dar su número de teléfono a nuestra operadora.

El Servicio de Unidades no substituye a los Servicios de Información, 03, y Averías, 02, que deberán seguir usando los abonados en la forma acostumbrada.

Ayuntamiento de Madrid



## Sapiencia y dominio

Todo torero que ha hecho su aprendizaje novilleril—con el prólogo casi obligado de las capeas—, y ha llegado a la alternativa, y ejerce de una manera normal sus profesión, tiene, naturalmente, una base de conocimientos de la lidia y del toro suficientes y aun superiores a lo que generalmente se cree. El "es un trompo" aplicado a un torero que lleva años peleando con los toros no pasa de ser un tópico hiperbólico, que hay que tomar en un sentido relativo.

La ignorancia, la torpeza—relativas—de los toreros vulgares, mediocres o malos nos servirá de punto de referencia y de pauta para conocer la "sabiduría" o la "inteligencia"—la sapiencia—de los lidiadores excepcionales. Todo es relativo, claro está, y cuando se discute o se censura a un as del toreo no quiere decirse que el crítico lo tenga por la nulidad de un improvisado, de un indocumentado absoluto. Puede discutirse a un pintor, e incluso se puede sostener honradamente que sea un mal pintor, sin que ello implique tenerlo por un profesional de la brocha gorda, sin noción del arte que profesa.

Viceversa: en el elogio de los toreros "sabios", de los "maestros", de los "dominadores", caben la hipérbole y el tópico, hay que tener en cuenta lo relativo y conviene distinguir.

No es lo mismo *saber* que *poder*. No es enteramente igual ser un torero "inteligente", conocedor del toro y de los secretos de la lidia, que ser un torero dominador. Suelen confundirse cualidades, dones, características y especialidades.

Hay toreros que, clasificados con un criterio general de muy amplio alcance como de la misma "cuerda", escuela o estirpe, se diferencian profunda, casi esencialmente, en sus modos fundamentales, en sus normas, técnicas y características.

La primera división o clasificación que suele hacerse entre toreros, en el sentido más simplista, es la de valientes frente a inteligentes. Valientes—con cierto tufillo en el

adjetivo de temeridad ignorante—e inteligentes—sobreen—tendiéndose implícitas en su sapiencia la prudencia y hasta la medrosidad—. Y en este primer deslinde de aptitudes definidoras suele haber poco de exacto y mucho de erróneo. No entremos ahora en ello.

Vamos a lo que nos importa.

Que es poner de relieve y señalar las diferencias casi esenciales que puede haber—y hay de hecho—entre lidiadores generalmente tenidos por mantenedores de análogas normas y representantes de idénticas tendencias.

Concretémonos por hoy a esa cuerda de toreros que la gente clasifica como "maestros" por antonomasia, confundiendo, verbigracia, en su maestría, lo que puede haber de verdadera "sabiduría" taurina con el dominio que se les atribuye sobre los toros difíciles. Con todos los matices diferenciales que cabe señalar dentro de este sector toreril.

Tomemos como punto de referencia *Joselito*, torero de la escuela sevillana, *sabio*, si los ha habido, y dominador en grado superlativo.

De muchos posteriores a él se ha dicho que eran sus sucesores, que lo recordaban, que pisaban sus huellas: Granero, Marcial, Cayetano, *Armillita*, Manolo *Bienvenida*, etc.

Y es que todos éstos han podido tener esta o la otra faceta de José; pero nada más.

*Joselito*—entre otras muchas cosas—era el perfecto dominador del toro. No siempre, claro está. Pero cuando no dominaba, no era porque no supiera cómo, ni porque no pudiera. El podía y sabía siempre.

No se domina a un toro nervioso—de excesiva casta—o muy bronco y de sentido si no se reúnen estas tres condiciones: *saber* lo que hay que hacer con él, *poderlo* hacer y *querer* hacerlo.

En *Joselito* se cumplían casi siempre las tres condiciones.

Yo nunca he negado que Marcial sea un torero *sapiente*. Lo es. Sabe mucho del toro y de la lidia. Lo que niego es que sea dominador, que *pueda* con el toro dificultoso por exceso de nervio o de marrajería. A estos toros los marea y los caza. No los domina. Porque no puede. Creo más bien que es que no puede con ellos que no que no quiere.

En cambio, otros—Cayetano, tal vez *Bienvenida*—saben y *podrían* casi siempre; pero...

Y estos dos—el *Niño de la Palma* y Manolito *Bienvenida*—son los que yo veo más dentro de la cuerda de *Joselito*, de cuantos lo han recordado. Cayetano, por sus condiciones de director, por su mando, por su modo de estar en el ruedo, de andar entre los toros, de ver y encauzar la lidia. *Bienvenida*, por su alegría, por lo extenso de sus conocimientos y repertorio, por su "sevillanismo" y su comunicativo entusiasmo.

Ninguno es, empero, como cualidad primordial de sus respectivas personalidades, torero dominador.

Lo es Ortega, en cambio. Y nada más opuesto a *Joselito*.

Porque con Ortega resulta que el dominio—con ser enorme—es cojo o incompleto. Un poco arbitrario. Domina como nadie... a los toros a los que en realidad no hace falta dominarlos hasta tan exagerado extremo. Les pisa un terreno, les hace unas cosas y *abusa* de ellos en términos a que no llegó *Joselito*. Ni nadie. Pero, en cambio, toros de casta, bravíos, de bandera, a los que *Joselito* toreaba como quien lava, pasándoselos, dominándolos, mandando en ellos, a Ortega lo traen materialmente de cabeza y le deparan sus tremendos fracasos.

*Bombita*—gran dominador de toros—tuvo un fracaso con un toro bravísimo, y todavía se habla de él... Señal de que fué en él cosa de excepción. Sin embargo, le perjudicó mucho e influyó para que se le clasificara como dominador de mansos exclusivamente. Y fué un toro en quince años de profesión. A Ortega, que apenas lleva un lustro toreando, le han salido ya *catalanes* a montones, y ha fracasado con todos. Sin embargo, es un torero cuya característica y cuya cualidad casi única es el dominio.

Si se considera todo esto sin pasión, serenamente, se ve a qué inaccesible distancia estaban *Joselito* y Belmonte—cada uno en lo suyo—de todos éstos que los siguieron.

Hay muchos toreros que *saben* mucho del toro, pocos que lo dominen de verdad, porque para dominar hay que saber, poder y querer. Y no siempre se sabe querer, ni en todas ocasiones se quiere poder, ni casi nunca se puede saber lo que se quiere intentar...

## El año nuevo en el Japón

Siete días duran las fiestas del año nuevo en el Japón: es una fiesta tumultuosa y embriagadora, el record de todas las fiestas, que se permite el gran pueblo trabajador japonés para celebrar la vuelta del sol, con el que los japoneses están siempre en muy cordiales relaciones. En la noche de San Silvestre, todas las cuentas y toda la correspondencia deben quedar liquidadas, pues no se debe introducir en el año nuevo nada desagradable. A media noche hacen una comida frugal—en la mayoría de las casas, fideos de avena en letras, que significa buena suerte, y enseguida se oye por las calles las voces broncas masculinas del "Hatsu-Ni", (la "mercancía nueva") y el rechinar de las ruedas, sobre las que es introducido en el año nuevo la mercancía nueva con acompañamiento de cánticos y danzas.

El primer día del año, por la mañana muy temprana, todos los habitantes del Japón, desde el Emperador hasta el último vasallo, comen el mismo plato nacional: arroz en bolas en una sopa de algas y pescado. Hay verdaderas batallas por ver quien ingiere más bolas. Después pican en multitud de manjares fríos que se van presentando, y que significan muchos años de vida: huevos de pescado, guisantes, judías. Más tarde se llenan las calles de gentes, que se felicitan mutuamente; todo Japón dedica la mañana de primeros de año a visitar a sus amistades para felicitarlas. Los diplomáticos, los oficiales, los marinos felicitan a su Emperador. Parientes y conocidos, patronos y trabajadores, proveedores y clientes se visitan unos a otros, ofreciéndose mutuamente regalos. Los siete días de la fiesta de año nuevo es tan sólo un interminable dar y recibir regalos. Se vuelve a regalar, sin más, lo que hace unos instantes le regalaron a uno, y así, el mismo regalo—fruta, pasteles, pescados—cambia cinco o seis veces de dueño; por eso, los buenos proveedores sellan sus regalos con la firma de la casa, para alejar de ellos toda responsabilidad sobre los géneros averiados, que suelen circular en abundancia.

Poco a poco se llenan las calles de beodos demasiado alegres, porque el vino "saké" corre esos días como un verdadero río. Mujeres y niños juegan con pelotas de plumas; las jugadoras, algunas preciosas, están maravillosamente ataviadas con túnicas de brocado bordadas y pintadas a mano. Por la tarde se juega

## ESPAÑOLADE

El gran baile de Carnaval organizado por los dibujantes españoles esta noche en el teatro Metropolitano



Cómo anticipan los dibujantes que será esta noche la descomunal "plaza de toros" que han preparado para que usted se divierta más que nunca

Dibujos de Germán, Horacio, Esteban, Simón Fuentes, María Rosa Bendala y Prieto.

a las cartas el "Uta-Karuta", que consiste en decir en alta voz los dos primeros decasílabos de algún cuadrílabo clásico, y contestar en el acto con los dos que han de rimar; una ocasión para demostrar la cultura clásica que se posee, y al mismo tiempo coger las cartas; en el arrebató de la contienda, estrechar la mano de la guapa contrincante y retenerla unos instantes, si ella lo consiente.

## El libro más pequeño del mundo

China, que dice poseer el libro más grande del mundo (la enciclopedia Yung-lo-ta-tien) gracias al rico comerciante Lu Pu We, que procuró el dinero necesario para llevarla a fin, puede recabar también para sí la fama de poseer el libro más pequeño que existe. Es una originalidad en la historia de la bibliografía.

La pequeña obra tiene cuatro milímetros de alto por tres y medio de ancho, y fué escrito por el escritor chino Lo Chuang Dschung, autor de la famosa novela "San guo yeni". Sólo consta de un ejemplar, y sobre 27 páginas del papel más fino que existe está descrita la historia del emperador mongólico Chubilai-Chan. La obra contiene 8.647 letras, y el autor cobró la cantidad de 800 "liang" (6.000 pesetas aproximadamente). La encuadernación y la impresión fueron ejecutadas por Yu Tschung, y es preciso una lupa para poderla leer.

El hasta ahora considerado como el libro más pequeño del mundo de la Biblioteca de Oxford, que está formado por 34 páginas y mide seis por cuatro milímetros, pasa a segundo lugar.

RESTAURANT **AMAYA**

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

**VASCAS** Ptas. 6

CUBIERTO SELECTO:

**AMAYA**

C. S. Jerónimo, 7 y 9  
Teléfono 13617



La señora Schow y su esposo, el comerciante Schow, de la casa de cafés «P. Schow y Cia.», están sentados en el «living-room» de su residencia.

Es una noche de verano.

El señor Schow es un hombre grueso, robusto, de más o menos sesenta años. Su cara es periforme; su cuerpo, de formas que recuerdan las de una bolsa de harina. La boca, inexpressiva, parece absolutamente sin labios. Los ojos azules llevan debajo unos abultamientos triangulares, y el cutis, algo tostado, denota una salud a toda prueba. En el cuello y en las manos, la piel, rugosa y agrietada, recuerda la piel del elefante...

La señora Schow, que parece tener unos veinte años menos que su marido, tiene ojos grandes y vidriosos, bastante inestables. Sus mejillas son, a un tiempo, rellenas y huecas. Tiene dos dientes salientes en la parte superior de la boca: éstos y los ojos le dan cierta semejanza con la liebre.

El señor Schow tiene en sus manos un periódico que no lee. La señora Schow tiene una costura en su falda, pero no cose. Ni él ni ella dicen una palabra.

La única luz que alumbraba el «living» viene de una lámpara de pie, estilo imperio, con pantalla de porcelana blanquísima, situada al lado de una mesa de móvana, la cual ocupa el centro de la habitación.

Una puerta y dos ventanas que dan al jardín están abiertas.

Hacia el fondo del jardín se divisa un paredón que separa la hilera de chalets del lago cercano. Acostado al paredón y perfilado entre arbustos espinosos, se divisa un sendero pequeño, sobre el cual se ven siluetas de parejas que pasan, apretadas y protegidas por las sombras.

El cielo está azul oscuro; pero, hacia el lado del sendero, detrás de los arbustos, se divisan las luces rojizas de la ciudad lejana, cuyo murmullo llega semejante al hervor de una olla inmensa en la cual cocinaran juntos mil ruidos diferentes para fundirse en un solo eco sin tonalidad.

Fuera de esto, el silencio es completo.

De pronto, desde la oscuridad, irrumpe en la habitación una mariposa nocturna.

Revolotea un par de veces alrededor de la pantalla y choca luego en la porcelana, en donde permanece inmóvil unos segundos, luchando desesperadamente con sus poderosas alas.

La señora Schow se precipita y sus ojos persiguen los movimientos del insecto. De pronto éste alza el vuelo, nuevamente revolotea gozoso debajo el techo... y vuelve hacia la lámpara. Esta vez cae dentro de la pantalla... gira rápidamente y luego se posa, de golpe, sobre la perilla eléctrica. Allí se detiene unos segundos, para luego caer sobre la carpeta de la mesa, en donde permanece sobre el dorso haciendo un ruido monótono y desagradable, como el de una pava de agua que hierve, oída desde lejos.

—¡Oh, no!—exclama la señora Schow—. ¡Esto no se puede tolerar!

El señor Schow, que no ha notado la presencia del insecto, levanta la vista y pregunta:

—¿Qué es lo que no se puede tolerar?

—Ese bicho, allí... ¡Por Dios, échalo!

El señor Schow piensa unos segundos, y contesta:

—Sí, ahora lo echaré.

Su acento es resignado, reflexivo y lleno de buena voluntad.

—¡Hum!—exclama—. Debe de haberse quemado en la lámpara... Es mejor que lo mate del todo...

Dobra el periódico que tiene en la mano y lo alza.

Pero la señora Schow lo detiene con un pequeño grito:

—¡No, no lo mates, por favor!

Su marido no contesta, y, poniendo entonces el periódico al borde de la mesa, se agacha y sopla para hacer caer en él al negro insecto, que parece moribundo.

Pero éste, enderezado con el soplo, se lanza al espacio y revolotea de nuevo por la habitación.

El señor y la señora Schow lo persiguen con los ojos.

Finalmente, la mariposa se detiene sobre una de las paredes.

—Bueno, no estaba muerta ni medio muerta—dice el señor Schow, y se dispone a acomodarse en su silla para seguir la lectura...

En esto, la señora Schow grita, fuera de sí:

—¡Pero yo no puedo sufrir ese bicho! ¡Me vuelvo loca si no lo echas!

Sin levantar la cabeza, su marido le dirige una mirada escrutadora. Y dice buenamente:

—¡Pero si es una mariposa que no muerde!

Sin embargo, se alza y va hacia el sitio donde está el insecto; como no puede alcanzarlo con el periódico, agita éste, y el bicho vuela hacia otro lado de la habitación.

El señor Schow mira a su esposa como si quisiera decirle: «¡No lo podríamos dejar en paz, pobre animalito!» Pero ella tiene en su cara una expresión tal de miedo, que él, sin decir una palabra, se lanza en persecución de la mariposa.

Esta vuela de pared a pared..., sin intención alguna, al parecer, de abandonar la habitación.

Finalmente se ha posado en una altura a la que llega el periódico del señor Schow. Pero, antes que éste dé el golpe, el insecto se oculta rápido detrás de un cuadro.

La señora Schow deja escapar un grito.

—¡Caramba!—dice el señor Schow un poco malhumorado, y toma el cuadro para separarlo un poco de la pared...



## Dos personas en una habitación

Por CARL ERIK SOYA

*El nombre de Carl Erik Soya ha logrado en el mundo entero una rápida consagración y una popularidad instantánea. Su vigorosa y sorprendente obra teatral «Cuando el diablo mete la cola» lo reveló de pronto a la consideración de la crítica, que lo saludó como a uno de los dramaturgos de más recia personalidad.*

*Toda la obra de Soya parece saturada de una inquietante preocupación analítica, y el drama que anima su teatro o que cristaliza en sus novelas, es el conflicto callado e interior que, oculto a la mirada de los demás, vive y alienta en el seno de las almas aparentemente más tranquilas y vulgares.*

*Pero si Soya ha logrado transportar a la escena esta difícil materia de su teatro, animándolo con un soplo de vida e intensa dramática, sus cuentos y sus novelas no ceden nada en maestría técnica y en penetrante fuerza analítica a su labor de dramaturgo.*

*«Dos personas en un cuarto», el cuento de Soya que, como una primicia absoluta, brindamos hoy a nuestros lectores, ha sido traducido especialmente de un conjunto de relatos breves titulado «Personas vulgares», el cuento cuya versión castellana reproducimos hoy fue calurosamente elogiado por toda la Prensa escandinava. Es, en efecto, uno de los trabajos breves más característicos de Soya. El estilo contenido y directo, la acción aparentemente lenta, dejan adivinar con un arte singular el drama íntimo de los dos seres unidos en una pesada y desesperante coyunta. Todo Soya está contenido en esa breve narración, con su técnica de maestro, su poder de analista sutil, y el profundo sentido humano que caracteriza su obra entera.*

Un pedazo de cartón que ha estado detrás del cuadro cae al suelo, mientras la mariposa sale volando hacia un rincón del techo.

El señor Schow recoge el cartón. Es la fotografía de un niño de unos seis, siete u ocho años, vestido con traje de marinero.

El señor Schow mira al retrato de ambos lados para ver si hay alguna inscripción, pero nada. En la parte inferior, tan sólo, en el sitio ordinariamente ocupado por la firma y dirección del fotógrafo, el cartón gris ha sido raspado.

El señor Schow examina bien la fotografía. Hay en ella muchos pequeños círculos del tamaño de una arveja... restos de gotitas secas... lágrimas, sin duda alguna. Ha habido alguien, al parecer, que ha llorado sobre ese retrato de niño.

Se dirige a su esposa, que durante esos instantes ha seguido todos sus movimientos, y pregunta, mostrándole el pedazo de cartón:

—¿Es tuyo?

La señora Schow toma el retrato. Lo mira como si nunca lo hubiese visto.

—No—contesta.

—¿Qué raro!... ¿Quién habrá puesto este retrato aquí, detrás del cuadro?...

—De veras, es raro—repite ella, y prosigue después de una pausa:— Puede ser de una de las muchachas. Tal vez sea el hijo de una de ellas.

El señor Schow, sin decir nada, se acerca a la puerta y toca el timbre. Después de un momento se presenta la mucama.

El señor Schow toma el retrato de manos de su esposa, y, enseñándoselo a la muchacha, pregunta:

—¿Es suyo?

—No, señor—contesta la chica sin inmutarse.

—No tenga vergüenza de decirlo, si es suyo—dice el señor Schow en un tono benévolo, como dejando comprender que perdonaría fácilmente.

—No, no es mío, señor—repite la muchacha.

—Bien. ¿Dónde está Ana?

—Está arriba, en su pieza.

—Dígale que tengo que hablarle. Pero no le mencione esto del retrato.

Un momento después entra Ana, la cocinera.

El señor Schow le enseña el retrato y pregunta:

—¿Ha olvidado usted aquí este retrato al hacer la limpieza?

La muchacha observa la fotografía y dice que no con la cabeza.

—No conozco eso, señor.

El señor Schow la mira.

—Bueno, no era otra cosa que deseábamos saber. Como hemos encontrado este retrato que no es de la señora ni mío, queríamos saber quién lo había olvidado aquí.

—Podría ser de una de las muchachas que han tenido antes los señores.

—Sí, tiene razón, Ana. Bien, puede retirarse.

El señor Schow se sienta y continúa observando el retrato.

—¡Hum!—dice pausada y tranquilamente—. Tiene algo de parecido contigo este niño. Hay algo en los ojos y en las mejillas...

La señora Schow irrumpe:

—¿Qué... qué quieres decir con esto?

—¿Dios mío, no te alteres!—dice él—. No quiero decir nada de malo... Pero sucede a menudo que niñas de la llamada «mejor sociedad» tienen hijos sin ser casadas... Del mismo modo podrías tú... antes de habernos encontrado, ¿no?...

Ella se ríe con fuerza.

—¡Estás loco! ¡Ahora, después de casi treinta años de casados, se te ocurren estas cosas!

—Claro—contesta él—, aunque durante una eternidad nos hayamos sentado siempre aquí, en esta misma habitación, puede, sin embargo, haber algo en el fondo de nosotros que no conocemos aún... Piensa, por ejemplo, cuántas mujeres llegan a saber un buen día que sus maridos son ladrones o falsificadores... sin haber sospechado nunca nada malo de ellos... ¿Es decir, que no es tuyo el retrato?

—No—dice ella con desdén.

—Bueno, bueno, cuando tú lo dices, lo creo. Claro que lo creo—Su voz y su mirada tienen algo de malicioso—. Pero ahora esto me ha fastidiado ya bastante y quiero eliminarlo. ¿No te importa que lo quemé?...

Pasa un buen rato antes que ella conteste.

—No, no me importa—dice con una indiferencia que es demasiado exagerada—. Quémalo si quieres.

El señor Schow toma una caja de fósforos del bolsillo, enciende un fósforo, toma el retrato de un ángulo, suspendiéndolo sobre un cenicero... y mira interrogativamente a su esposa.

Pero ella, que ha seguido sus movimientos sin batir los párpados, le hace una señal como queriendo decir: «Quémalo no más.»

El señor Schow pone entonces el fósforo debajo del retrato. Como tarda un poco en encenderse, debe usar un segundo fósforo; pero de pronto se alza una llamarada alta que cubre toda la fotografía.

El fuego da un fulgor raro a los ojos de la señora Schow.

El tira en el cenicero el último pedazo de cartón, y allí se encienden varios fósforos, provocando otra gran llamarada.

De repente se oye un sollozo sofocado. El señor Schow mira a su esposa. Ella ha puesto un brazo sobre la mesa y esconde su cara en llanto, mientras su cuerpo tiembla todo con fuerza.

—¿Es decir, que era tuyo, después de todo?—dice tranquilo.

Ella lo mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No, no era mío! No es mío el retrato. Es uno que yo... que yo encontré una vez en la calle...

—¿Que encontraste en la calle?... ¡Explicáte!

—¡Sí, lo encontré! Tú sabes que yo había deseado siempre tener un hijo... Entonces me traje el retrato a casa, y jugaba a que este niño era mi hijo. Como sabía que tú te reirías de mí y que me tomarías por estúpida, lo escondí siempre... Y no habiendo tenido nunca un escritorio, ni siquiera un cajoncito que fuese para mí sola y que pudiera cerrar con llave, pensé en esconder el retrato allí, detrás de ese cuadro, segura que nunca podrías hallarlo...

Ella se alza.

—Ese insecto odioso que ha entrado aquí vino a alterar mi equilibrio... Ahora me voy a la cama, y no me llames mañana, porque no me levantaré... No me levantaré nunca más...

Y sale de la habitación con el paso marcial de un personaje de teatro...

El señor Schow la mira alejarse, y luego toma en sus manos el teléfono.

—¡Hola!... ¿Con el doctor? Es Schow. Sí, buenas noches, doctor... Mire usted, hay algo malo de nuevo con mi esposa; así que le ruego quiera venir mañana. Sí, es absolutamente lo mismo como empezó las otras veces, cuando hubo que llevarla al sanatorio (manicomio). Sí, gracias, ¡adiós, doctor!

El señor Schow deja el teléfono... Toma el periódico, pero no lee.

Sus ojos azules, con los abultamientos triangulares, miran a lo lejos pensativos y pesados...

Y desde un rincón de la habitación se levanta una mariposa nocturna y vuela hacia afuera en la oscuridad de la noche...



# Cine

W I L L Y F O R S T ,

Por  
GABRIEL  
GARCIA  
ESPINA



admirable figura cinematográfica, bajo sus dos aspectos de actor y director, caracterizado para su última interpretación en "María Luisa de Austria", película de próximo estreno en Madrid. De Willy Forst publicamos en esta misma página unas interesantes manifestaciones.

## Willy Forst, dice...

Cuando Willy Forst no era todavía director de películas, dijo una vez, desde su punto de vista de actor solamente, que «no se podía filmar más que con amigos». Y añadió lo que sigue:

«Desde luego, el trabajo, de cualquier clase que sea, depende mucho de la armonía que reine entre los que en él colaboren. El que las relaciones mutuas sean gratas o no tiene una gran influencia sobre el resultado final de la obra. Estas características se acentúan en un oficio como el cinematográfico, en el que, a la fuerza, han de colaborar estrechamente unidas tantas gentes dispares. Se trata de un empeño para el que no bastan la ambición y la sabiduría, si no se les añade un tercer matiz de íntima alegría y buen humor.

«¿Cuántas películas fracasan que tenían, al parecer, todo lo necesario para lograr un buen éxito: bello argumento, actores de primer orden, un buen director, lujoso atuendo...! Sin embargo, el secreto de su fracaso es bien sencillo: les falta esa atmósfera indefinida y esa soltura cordial que son el resultado de un trabajo común y armónico.

«Siento lástima para esos actores que van a los estudios sin conocer a sus compañeros y, a menudo, sin saber el papel que van a interpretar. Porque en esos conjuntos forzados, cuando se empieza a vencer el sentimiento de soledad y extrañeza y se establece el contacto espiritual entre los colaboradores—si es que llega a establecerse—, la película suele estar casi terminada.

«Yo, personalmente, no puedo trabajar con personas a las cuales no esté ligado por una viva y sincera simpatía. Si no tengo el pleno convencimiento de que los que laboran a mi

alrededor me comprenden y se someten gustosos a mis indicaciones, convencidos de que debe ser así, mi obra no será lo que debiera haber sido. Mis actuaciones, entonces, adquieren una inevitable rigidez, la expresión mímica falla y las inflexiones de la voz suenan vacías, sin gracia. Hasta que suele apoderarse del actor ese tan temible «crac» imposible de vencer.»

Todo lo que dice este ilustre artista como actor puede aplicarse, con mayor razón acaso, a sus funciones como realizador. Buena prueba de ello son sus películas «Vuelan mis canciones» y, sobre todo, «Mascarada».

Willy Forst, que nació en Viena, debutó muy joven en el teatro. En 1922 trabajó por primera vez para el cinema, pero se hizo actor más tarde, en Berlín. Allí es donde recibió los impulsos artísticos más fuertes para su carrera, y que, con el tiempo, le llevaron, después de un formidable dominio de sí mismo, al admirable puesto que hoy ocupa en el campo cinematográfico.

## Más noticias sobre el próximo film de Charlie Chaplin

La nueva película de Charlie Chaplin, de la que nos hemos ocupado en esta página, empezó a filmarse a principios del mes de septiembre; y desde entonces hasta ahora se han empleado en ella dos veces más cantidad de celuloide que para la impresión total de una película corriente. Esto no es extraño tratándose de un film de Chaplin. Se ha comprobado que en «Luces de la ciudad» sólo se utilizó un metro de cinta por cada veinticinco metros impresionados.

A pesar del secreto riguroso y de las dificultades que hay que vencer para penetrar en los estudios de mister Chaplin, se sabe que el hombre trabaja a su capricho y que nunca se em-

pieza a rodar hasta bien entrada la tarde. A veces trabaja toda la noche, dirigiendo y ensayando con una rapidez extraordinaria, para volver a comenzar si lo filmado no es de su gusto. Le cuesta empezar, pero una vez lanzado es infatigable, y no hay forma de hacerle tomar unos momentos de descanso.

La película se desarrolla en los alrededores de una fábrica, en una cárcel y en un faro—este último se ha de edificar aún, a cinco millas de los Angeles—. Corren rumores de que Chaplin hablará en este film por primera vez para la pantalla, pero parece que toda la palabrería del genio se reducirá a un lenguaje limitado de sílabas simples y modulaciones bucales.

## "El lirio dorado"

Dicen que este es uno de los mejores films que se han realizado hasta ahora en el transcurso de 1935. Claudette Colbert actúa en el papel principal. Recuerda aquel magnífico *Sucedio una noche*, y está lleno de hallazgos originales y momentos deliciosos. *El lirio dorado*, película sin pretensiones iniciales, se eleva al rango de una de las más sobrias y agradables producciones americanas. Fred Mac Murray, que hace su debut con esta película, promete ser un nuevo Clark Gable, y Ray Milland segunda muy bien a sus compañeros. Claudette Colbert supera ventajosamente en esta obra a sus producciones anteriores *Cleopatra* y *Sucedio una noche*.

## Lo que se filma actualmente en Hollywood

Lo que se filma actualmente en Hollywood.

*El Infierno*, de Dante—realización de Harry Lachman—, y la segunda edición de *Los escándalos de George White*, en la Fox.

*Reckless*, con Jean Harlow, William Powell y Franchot Tone; *Naughty Marietta*, con Jeanette MacDonald, y *Las vampiros de Praga*, en Metro-Goldwyn-Mayer.

*Ahora soy una señora*, con Mae West, y *Dos personas sobre una torre*, film de Lewis Milestone, cuya acción tiene lugar en la Torre Eiffel, en Paramount.

*Becky Sharp* y *Roberta*, en la R. K. O. *Folies-Bergère*, *Call of the Wild* y *Los Miserables*, en el Siglo XX.

*El sueño de una noche de verano* y *Caliente*, en la Warner-Bros.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

○ "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.

● "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *Caravana*.—Versión francesa, realizada en Norteamérica, que llega a nuestras pantallas precedida de una caudalosa propaganda. Acaso por esto mismo nos sentimos un poco defraudados ante el resultado total del film.

## BUSTER KEATON



en un momento del film "El Rey de los Campos Eliseos", actualmente en curso de exhibición.

CAPITOL PRESENTA A

YVONNE PRINTEMPS  
CON PIERRE FRESNAY

en la versión sonora de la más famosa,  
popular y emotiva novela de amor

## La Dama de las Camelias



según la obra de A. Dumas (hijo), realizada por  
F. RIVERS, bajo la supervisión de ABEL GANCE

(La extensión de este film obliga a recomendar la puntual asistencia del público.)

Y otro poco mareados por la avalancha de incongruencias argumentales que se nos cayeron encima. Bien es verdad que se trata de una opereta, donde todo está permitido, pero hasta cierto punto. Erick Charrell es el realizador, no muy afortunado en este caso. Y Charles Boyer y Conchita Montenegro, los excelentes intérpretes.

⊕ *El Gavilán*.—Charles Boyer también en esta película. Por gracia del cinema parlante, este caballero puede actuar al mismo tiempo en dos escenarios distintos y próximos. En este caso parece que no ha tenido mucha suerte en ninguna de las dos obras. Y no por su culpa. «El gavilán» que nos ocupa ha resultado un film largo, complejo y lento. Medianillo en conjunto y mejor en su segunda mitad que en la primera. Acompañan a Boyer en el reparto George Grossmith y Natalia Paley.

○ *Carolina*.—Carolina del Sur, uno de los estados de la Unión y el que más individuos de raza negra sostiene. Más celuloide a propósito de la guerra de secesión, fuente inagotable de materia cinematográfica para California. Buena película ésta, aunque sin valores excepcionales. Poco añade este film al relativo prestigio de Janet Gaynor, dulcemente amanerada, como casi siempre. Muy bien Lionel Barrymore. Lo mejor, unos coros de negros, admirables de conjunto y de emoción.

⊕ *Puesta de sol*.—Película mediocre, realizada sobre una obra de Pierre Wolff. Algún buen matiz fotográfico de exteriores y ciertos excelentes logros constructivos en el estudio no alcanzan a levantar el velo, monotonamente gris, que apaga todo el desarrollo del film. Exceso de primeros planos y de teatralidad. Alice Field, muy bella, tiene a su cargo el principal cometido, con bastante fortuna por su parte.

○ *La patrulla perdida*.—El mejor film de la semana. La experta mano de John Ford ha hecho aquí buen cinema, al aire libre y al sol. El sol es, acaso, el único personaje del film que no abandona un momento la escena. Ningún rostro femenino aparece en el lienzo. Nada circunstancial ni adjetivo viene a perturbar el proceso tremendo del drama. La luz, el sonido y la interpretación son una triple maravilla de aciertos. Victor Mac Laglen, espléndido de facultades mímicas y de brío. Sólo Boris Karloff, el popular engendro, aulla como en sus mejores días y desentona lamentablemente del resto de sus compañeros. Gran film, en suma, que por sus especiales características de crudeza dramática y parquedad de expresión, no ha sido muy bien asimilado por el público.

⊕ *Fanatismo*.—Pola Negri, al frente de un film, es todo un admirable vivero de recuerdos. Aquí la tenemos otra vez, joven y bella como nunca, y actriz peculiarísima como siempre. La película, con ser bastante buena—más de lo que esperábamos—, es lo de menos. Lo esencial está en la presencia de la veterana estrella, ágil y dinámica—bailarina y cantante—, que nos ha remozado viejos recuerdos, de otro modo escondidos para siempre.

⊕ *Neblina*.—Buen título cinematográfico. Corto y sugerente. En efecto, este nuevo lío policíaco-criminal está localizado en un buque que marcha entre la niebla. Allí ocurren cosas esas cosas misteriosas que ustedes se imaginan y otras que acaso no se imaginen. Muertes violentas, sospechas recayendo sobre patibularios sujetos que luego resultan mansísimos corderos. Todo el proceso, en fin, de este género cinematográfico tan cultivado en esta temporada. Donald Cook y Mary Brian tienen a su cargo los principales papeles. ¡Lástima que Reginald Denny haya pasado en el cinema a lugares secundarios, no sabemos por qué! El film es entretenido... y regular.



JOAN CRAWFORD



MARION DAVIS



NORMA SHEARER

# BELLEZAS DEL CINE

GRETA GARBO



LUPE VELEZ



BRIGITTE HELM

Ayuntamiento de Madrid

FOTOS METRO-GOLDWYN-MAYER Y U.F.A.



# UNA AVENTURA ORIGINAL

Por PEDRO PATTI

UNA FIRMA ARGENTINA

—¿Pero quieres explicarme qué tiene Zoraida para entusiasmar a los hombres en esa forma?

—Eso es lo que me pregunto, Dora—replicó María Elena—. Había que verla ayer en el Círculo: los hombres la tenían sitiada.

—Sin embargo, es pecosa—continuó Dora.

—Parecían derretirse por una sonrisa de ella.

—Ni siquiera con los afeites consigue disimular las «patas de gallo».

—Y hoy, en el Colón, durante los entreactos de la vespertina, paseaba acompañada por dos jóvenes de Córdoba que están de paso por Buenos Aires.

—No sabe vestir.

—Uno de ellos era muy simpático.

—Además, se tiñe el cabello para parecerse a la Rubia Platinada.

—Y debía ser muy ocurrente, porque ella sonreía feliz cuando él hablaba.

—¿Notaste, María Elena, que Zoraida tiene las piernas torcidas?

—A propósito de piernas, Dora. Quitate las medias, que me vas a posar. Necesito hacer cinco croquis de pie y tres de los músculos de la rodilla.

—¿También esta noche?—protestó Dora—. Ayer me has tenido como un muñeco hasta la madrugada.

—Vamos, Dorita; tú sabes muy bien que dentro de unos días tengo examen y necesito presentar un número determinado de trabajos. Las chicas de la Academia están que tiemblan, porque parece que este año el director va a ser más exigente que el ministro de Hacienda. Además, podemos seguir charlando mientras tú posas y yo dibujo.

Dora se quitó zapatos y medias, y sus labios dejaron escapar una nueva e inútil protesta, al tiempo que María Elena se ponía el delantal de seda cruda.

—Levántate un poco la falda y déjame ver el juego de la rótula. No, así no: inclina un poco la pierna hacia la derecha... un poquito más. Así mismo; no te muevas. Aquí está la tibia anterior, de aquí arranca el peroné lateral; hasta aquí llega el tendón inferior del cuádriceps crural, que viene del muslo. Hasta aquí llega...

—La boca...—interrumpió Dora, pensativa.

—¿Qué dices?

—Digo que la boca de Zoraida es más monumental que la de Antonia Mercé. En fin: nuestra querida amiga es el conjunto más perfecto de defectos, y, sin embargo, los hombres giran a su alrededor como mosquitos atraídos por un foco en una noche de verano. ¿Por qué los hombres son tan ilógicos?

—Ahora exageras, criatura. Si no es hermosa en el estricto sentido de la palabra, Zoraida es simpática, inteligente y leal. Por otra parte, no olvides que tiene treinta años, es decir, que ya ha pasado el período crítico de la preponderancia del corazón en la vida. A los treinta años la mujer cuenta con un aliado poderosísimo: el cerebro.

—Peor todavía. ¿Quieres decir que Zoraida es una cerebral, o una materialista, o, quizá, una calculadora por antonomasia?

—No quise decir eso. Treinta años significan para la mujer la bella edad del equilibrio: corazón y cerebro. Los impulsos del primero son controlados por el segundo; el predominio de la voluntad se impone a los sentimientos, y es entonces cuando la mujer se siente más segura, absolutamente dueña de sí misma. Pero no te muevas, que me cambias la pose... A ver: el vasto interno llega hasta aquí, junto a la rótula; el bíceps crural, que viene de atrás...

Se oyeron unos golpes en la puerta, y luego la mucama que anunciaba:

—Señorita, la llaman por teléfono.

—¿Quién?—preguntó María Elena interrumpiendo el trazado de líneas.

—Un joven. Dice que usted no le conoce.

—¿Que no le conozco y, no obstante, quiere hablar conmigo?—repitió, sorprendida, la joven—. Dígame que no estoy. Cuando la sirvienta se disponía a cumplir la orden, Dora intervino, intrigada.

—¿Quién será, María Elena? Si sabe tu nombre, debe conocerme o, por lo menos, tiene noticias de que existes. ¿Por qué no le atiendes?

María Elena apartó el tablero; bajó lentamente la escalera que comunicaba con la planta baja, al tiempo que trataba de adivinar o recordar quién podía llamarla cuando sólo faltaban pocos minutos para las veintidós. Al llegar al hall, se detuvo frente al espejo; se arregló rápidamente los ondas, se ajustó el cinturón, y un instante después llegaba a la mesita del rincón donde estaba el teléfono.

—¿Con la señorita María Elena Castaño?—preguntó el desconocido.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Señorita, permítame momentáneamente que mi nombre permanezca en el misterio. Esta ventaja contribuirá a que me exprese serenamente, sin turbación.

—Bien: ¿qué desea entonces?

—Decirme que me siento el más dichoso de los hombres.

—Felicitaciones. ¿Y a qué viene esta confesión?

—Porque hoy he vislumbrado la felicidad; estuve a un paso de ella, y en estos instantes trato de darle alcance.

—Es absurdo...

—¿Es absurdo tratar de ser feliz?—interrumpió el desconocido.

—No, es humano. Pero es absurdo lo que está diciendo. ¿Por qué me lo dice a mí precisamente?

—Porque estoy enamorado de usted.

—Señor, usted está...

—No, no lo diga, por favor. No soy lo que usted piensa. Es probable que las circunstancias me hagan aparecer como excéntrico. Pero escúcheme, por favor. Le hablaré como si me confesara a mi propia madre. Hoy, cuando la vi...

—¿Que usted me vió?—exclamó la joven, pasando de la sorpresa al estupor.

—Sí, en el Teatro Colón.

—Evidentemente, hoy estuve en el Colón.

—Sentí que mi vida perdía su ritmo normal, que la indiferencia cedía a una ansiedad nueva. Fué como si despertara de un letargo.

—Vaya un milagro.

—No es un milagro. A través de sus ojos vislumbré un mundo maravilloso, nunca soñado. Al verla, todo desapareció a mi alrededor; anulé la multitud que nos rodeaba; tuve la impresión de que los músicos ejecutaban con sordina y que los personajes de *La leyenda del Urutau* no eran más que sombras que se movían fúgicamente en el escenario. Pero se me ocurre que está usted desconcertada.

—Sí; no es para menos. No obstante, voy reaccionando. Ahora trato de comprender.

—No le será difícil. Verla y amarla ha sido una sola cosa.

—Más que una confesión amorosa, la suya parece una declaración largamente estudiada, quizá cien veces repetida a otras tantas mujeres.

—Se engaña. Durante las noches de estéril esperanza he



—Sí. ¿Con quién hablo?

visto esta escena con una nitidez extraordinaria: el encuentro con la mujer amada.

—¿No cree que está magnificando?

—No.

—Entonces, ¿no está mintiendo?

—Aún no.

—¿Qué?

—¿A qué viene esa sorpresa? Preguntó si mentía; respondió la verdad. Aún no he mentido, porque hasta ahora sólo habló el corazón. Y el corazón es muy tonto para mentir: se vende al instante.

—Es verdad. El corazón es extremadamente impresionable, y, a menudo, los grandes gestos, las resoluciones más trascendentales que provoca dependen de un hecho nimio, de una circunstancia trivial... como es la de un encuentro.

—Por regla general, el encuentro suele ser la salvación del naufrago en la inmensidad del océano. Hasta hace unas horas yo era un naufrago que se dejaba arrastrar insensiblemente por una existencia mediocre, horriblemente monótona. En esos momentos estoy haciendo esfuerzos inauditos para aferrarme a la tabla que flota casi al alcance de mi mano. Los obstáculos a vencer son muchos. Pero si fracaso, si el amor huye de mí...

El desconocido calló. Las últimas sílabas habían sido pronunciadas lentamente, con una amargura tan grande, que María Elena sintió como si un nudo le impidiera articular palabra. Es que una emoción nueva, suave al principio, pero turbulenta y avasalladora después, acariciaba y estrujaba a un tiempo el corazón de la desconcertada mujer.

—¿Y si el amor huye de usted?—preguntó María Elena con un murmullo.

—Volveré a hundirme en el letargo de antes, a vivir sin saber dónde voy ni qué meta me propongo.

—Habla usted como si me conociera profundamente.

—Repito que verla y amarla fué una sola cosa. Además, el destino ha sido gentil conmigo.

—No lo dudo, puesto que conoce mi nombre, mi apellido.

—En efecto. ¿Recuerda el gentío que había esta tarde frente a la boletería del teatro?

—Sí.

—Cuando usted llegó, me aparté, cediéndole la ventanilla. Fué el primer encuentro; vestía con elegancia exquisita; sus cabellos renegridos y sedosos soportaban a duras penas la presión de la boina negligentemente inclinada; los hoyuelos de

sus mejillas eran el complemento maravilloso de sus labios; la línea redonda y mórbida de su garganta la hacía irresistiblemente seductora. Y conste que no hablo de sus manos blancas, de sus uñas almendradas y brillantes, y que nada digo de su voz dulce y armoniosa. Aún lo recuerdo: a la pregunta del empleado, usted respondió: «Por favor, las entradas que han reservado para la familia de Castaño.» «Aquí las tiene, señorita. Dos plateas, fila cinco.» Cuando me tocó el turno, pedía una localidad junto a las que usted llevó. Como en la fila cinco no quedaba una sola butaca, me dieron fila seis, precisamente detrás de usted.

Se produjo una breve pausa, que fué interrumpida por María Elena.

—Y bien, señor. Supongo que no se habrá marchado después de conseguir la localidad.

—Al contrario, señorita. Me senté, haciendo absoluta abstracción de todo lo que me rodeaba. Mientras mis ojos no se apartaban de usted y la joven que la acompañaba, y que supongo se trata de una hermanita suya, mis oídos no perdían una sola sílaba de lo que decían sus labios.

—¿Conque nos estuvo escuchando toda la tarde?

—Sí; y, como toda mujer, comenzaron ustedes haciendo la crítica de sus vecinas. También observé que les llamó poderosamente la atención una dama que había en el palco de la derecha, acompañada por una anciana y dos jóvenes.

—Se trataba de una amiguita nuestra.

—Lo supuse, porque, mientras su hermanita la criticaba sin compasión alguna, usted la justificaba bondadosamente, casi con ternura. Luego hizo usted una crítica absolutamente acertada de las decoraciones, de la partitura, del libreto y hasta de la duración agotadora de la ópera. En cierto momento oí a la joven que estaba a su lado llamarla *María Elena*.

—Evidentemente, el destino ha sido magnánimo con usted. ¿Y cómo se las arregló para dar conmigo?

—Como conocía su nombre y apellido, la guía telefónica hizo lo demás. Claro está que en la guía figuran como cincuenta familias de Castaño. Me armé de paciencia, y empecé a llamar desde la primera. Después de tres cuartos de hora de hacer girar el disco, di con usted.

—Después de lo que acaba de decirme, debo admitir que el efecto que le produjo fué sinceramente impresionante. Deplo-ro no haber notado su presencia. Pudo hablarnos, acercarse...

—Tuve intención de hacerlo, pero temí serles inoportuno.

—Es verdad.

—¿Hubiera querido conocerme?

—No sé decirle. Depende de las circunstancias. Cuando me anunciaron que un desconocido quería hablarme, ordené que cortaran la comunicación, mientras que ahora...

—Ahora ¿qué?

—Llevo más de veinte minutos escuchándolo.

—¿Entonces cuál es su diagnóstico?

—Reservado.

—Lo que quiere decir que me permitirá verla mañana.

—No he dicho tal cosa.

—Pero yo lo sugiero.

—Lo siento: mañana estaré ocupada toda la tarde.

—Comprendo. Su interés por el desconocido decrece rápidamente.

—Ahora va usted muy de prisa. No hay tal pérdida de interés.

—Deme una prueba de ello.

—Le permito que me llame mañana a esta misma hora.

—Ahora soy yo quien lamenta no poder complacerla.

—¿Por qué?

—Porque la veré mañana a las dos de la tarde.

—Imposible.

—Repito que será mañana a las catorce en punto. ¡Hasta mañana, señorita!

—¡Hola... hola!... Pero ¿quién es usted?... Mañana es imposible, porque...

María Elena agitó la horquilla inútilmente: el desconocido había colgado el auricular.

—¿Qué te ocurre?—preguntó Dora, al ver llegar a María Elena pálida y agitada—. ¿Estás furiosa?

—Y no es para menos. ¡Acabo de hablar con un lunático!

—¿Con un lunático? ¿Por qué?

—Imagínate que ayer, en el Teatro Colón...

Mientras María Elena repetía detalladamente la intempestiva declaración del desconocido, Dora escuchaba estupefacta e incrédula.

—¿Y le llamas lunático porque ha confesado que te ama y estuvo llamando a todos los Castaños de Buenos Aires antes de dar contigo?—interrumpió Dora, sin comprender la actitud de su hermana—. Francamente, las mujeres somos imprevisibles. Antes de llamar ese desconocido, criticábamos a Zoraida porque tiene dos admiradores que no la dejan ni a sol ni a sombra, mientras que nadie se fijaba en nosotras. De improviso suena el teléfono; un príncipe azul confiesa que está loco de amor por ti al punto de que conoce la forma de las uñas de tus manos y que...

—Un momento, Dora, déjame terminar. A los pocos minutos de escucharlo, comprendí que se trata de un caballero, de un hombre culto. Había estado contemplándonos toda la tarde; pudo aproximarse y hablarnos con una excusa cualquiera. Sin embargo, no lo hizo por temor a mortificarnos. No cabe duda que es un espíritu delicado.

—Pero, entonces, ¿por qué le diste calabazas?

—No le di calabazas. Cuando llegamos al punto culminante de nuestra charla, preguntó si podía verme. Le permití que volviera a llamarme.

—Espléndido. Lo que no comprendo es por qué lo clasificaste de lunático.

—Porque se empeñó en verme mañana, a las dos de la tarde... y a esa hora estoy en la Academia. Le advertí que era imposible.

—Y él ¿qué dijo?

—Colgó el tubo sin siquiera decirme quién era. ¿Y qué opinas ahora?

—Que continuemos con el tibial anterior, que va al tobillo, y con el serrato, que cruza el externo cleidomastoideo, que viene... ¿De dónde viene el cleidomastoideo, María Elena?



Pero, en lugar de festejar la ocurrencia de su hermana, María Elena se mordió los labios para ahogar las lágrimas que intentaban asomar a sus ojos.

Cuando faltaban pocos minutos para las trece, en la Academia de Bellas Artes comenzó el espectáculo inusitado y multicolor de todos los días. Las que llegaban se agregaban a los grupos de chicas que paseaban por el patio y corredores, comentando los pormenores del Salón o criticando la exposición de Picasso o la última película del flemático William Powell y la extravagante Mirna Loy. Otras entraban directamente a las aulas, dejaban la valija y salían al minuto para besar a la amiguita de la clase contigua, o bien bajaban a la catacumba—como llaman las del primer año a la lúgubre planta baja de la Academia—para saludar a la camarada que estaba en *arquitectura* o modelando en un rincón que, durante el invierno, resultaba poco menos que una sala de tortura.

Cuando la fuerza del tiempo impuso un breve paréntesis a la charla, comenzó el desbando, y, poco después, patio y corredores quedaban desiertos.

De improviso se oyó una estrepitosa exclamación que partía de cuarto año. María Elena acababa de entrar en el aula. La hermosura pálida y suave de su rostro contrastaba notablemente con los cabellos de ébano, recogidos bajo la boina negra, deliciosamente inclinada a un costado, mientras que la falda negra respunteada y haciendo juego con la parte delantera, también respunteada, de la chaqueta negra y la blusa blanca de seda, hacían resaltar las formas perfectas de su cuerpo juvenil.

—¡Chicas, María Elena trae un traje nuevo!—fué el grito de alarma de la que estaba sentada en el primer banco, casi junto a la puerta de entrada.

—¡Oh, que me lo deje tocar!—exclamó una rubia, poniéndose de pie.

—¡Qué bien te queda, María Elena!—agregó una tercera, aproximándose.

Un instante después, el aula de cuarto año se convertía en una sala de apelaciones.

—¡El profesor!!

Las dos palabras, proferidas inopinadamente por la misma chica que anunciara la llegada de María Elena, fué de efectos mágicos: todas corrieron a sus puestos, apoyaron los tableros a las barandas de hierro y el silencio fué entonces más solemne que el de una catedral a medianoche.

Al tiempo que un general «¡Buenas tardes, señor!» acogía la llegada del profesor, María Elena colgó la chaqueta y la boina en una percha, y luego se colocó en el primer banco, a la izquierda.

—Señoritas, aquí tienen un modelo magnífico—explicó el profesor—. Las que quieran, hagan el torso, si no pueden concretarse a un fragmento cualquiera. Ese brazo, por ejemplo, es perfecto. Observen el juego de músculos de este hombro; vean cómo se nota la apófisis coracoides y el ligamento acromio-coracoideo, el músculo subescapular... En fin, señoritas, hagan lo mejor que les parezca, pero trabajen a conciencia. Nada de medias tintas ni líneas esfumadas, sino trazos vigorosos, seguros. Planten el modelo, estudien los ángulos. No olviden que todas las figuras pueden resolverse con cubos... y que cuando se trabaja no se charla.

Pero apenas el profesor se hubo marchado, comenzaron los murmullos.

—¿Y ese modelo?—preguntó María Elena, volviéndose a la joven que estaba a su lado.

—No sé; es la primera vez que lo veo. Francamente, tiene un cuerpo magnífico. Nunca había visto otro igual.

—Cierto, y fíjate qué tipo raro tiene. El pecho, recio y amplísimo; los brazos, finos y poderosos a la vez; las piernas son de una perfección absoluta. Pero cómo se mueve.

—Se me ocurre que está nervioso. El delicado matiz de su cuerpo...

—¿No te recuerda al Discóbolo?—preguntó María Elena.

—Precisamente al Discóbolo, no, sino a algo más moderno: Tarzán.

—Francamente, ése sería un pretendiente ideal, simple, sin complicaciones. Por lo menos, no la llamaría a una a las diez de la noche.

—¿Qué dices, María Elena?

—Estoy recordando lo que me sucedió anoche. Imagínate que un desconocido estuvo cortejándome por teléfono durante más de una hora. Pero ¿qué tiene el modelo que se mueve tanto?

—No sé. Deja al modelo en paz y cuenta lo de anoche.

—Calcula cuál sería mi sorpresa cuando, al tomar el tubo, oigo la voz de un hombre que me dice de buenas a primeras que está enamorado de mí, que yo soy su tabla de salvación en medio de no sé qué cosa.

—¿Qué interesante!

—Di mejor qué ridículo.

—Sin embargo, un hombre que ama jamás es ridículo.

—Desde luego que no—repuso María Elena—. Pero el de anoche lo era. Imagínate que se empeñó en verme esta tarde.

—Pero la tarde es larga. Quizá cuando salgas...

—No, Doroty. Me aseguró que, costara lo que costara, me vería hoy a las dos. ¡Y como salimos de la Academia a las cuatro!...

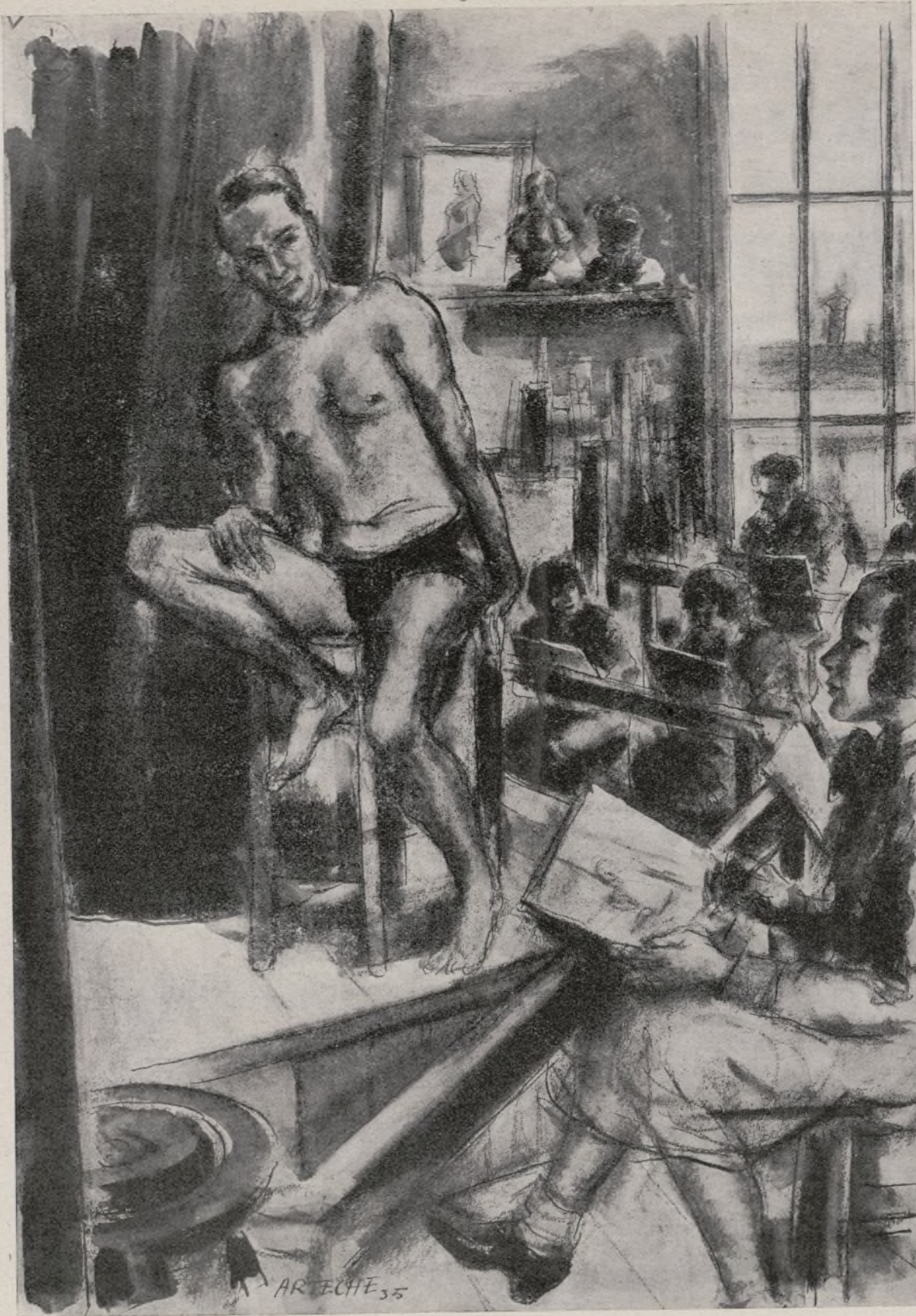
—Le hubieras dicho que era imposible a esa hora.

—Cortó la comunicación cuando iba a decirselo.

—Ah!, ¿conque se lo ibas a decir? Por lo tanto, no te resultó tan ridículo como aseguras.

—Te diré. Al principio no quise escucharlo, porque temí una broma de mal gusto; pero luego, cuando hubo explicado cómo y dónde me conoció, los motivos que le impulsaron a llamarme... ¿sabes?...

—Ya lo creo: conozco el proceso. Entonces la indiferencia cedió al interés, el interés se transformó en emoción, y es factible que a estas horas la emoción se haya convertido en



—¿Y ese modelo?—preguntó María Elena, volviéndose a la joven que estaba a su lado.

profunda ansiedad, ansiedad de escucharlo nuevamente, de verlo si fuera posible. ¿No es eso, María Elena?

—No sé, no sé. Lo cierto es que estoy disgustada conmigo misma por haberle escuchado. Ya es hora.

En efecto, en ese instante el diálogo fué interrumpido por el repiqueteo estridente de un timbre.

—Las dos de la tarde. Descanso—exclamó Doroty—. ¿Por dónde andará tu misterioso adorador a estas horas?

En lugar de responder, María Elena abrió la valija y sacó carbonilla y miga, mientras las demás abandonaban la clase entre risas y charlas.

—¿No sales, María Elena?—preguntó la confidente, disponiéndose a imitar a sus compañeras.

—No. Me quedo para terminar estos croquis. Quiero presentarlos hoy mismo.

—Hasta luego, entonces.

Poco después, María Elena quedaba sola en la clase, corrigiendo sus bocetos. Pero, por más que tratara de concentrarse en los dibujos, su mente volaba lejos, absorbida por el poderoso recuerdo del misterioso personaje que la noche anterior había sabido dar, tan dulce como inesperadamente, con el camino de su corazón. Sin advertirlo siquiera, sus labios dejaron escapar un profundo suspiro. Fué entonces cuando, en el relativo silencio de la clase, resonaron dos nombres de mujer.

—¡María Elena!

Al reconocer aquella voz, la joven se llevó las manos al pecho, como tratando de contener los precipitados latidos del corazón.

Casi junto a ella, a menos de tres pasos de distancia, sentado en el borde de un cubo que había sobre la tarima, el modelo la observaba con ojos suplicantes.

—¡Usted!—articuló, finalmente, María Elena.

—Sí, yo. Quería verla, necesitaba contemplarla de cerca..., y entonces eché mano a esta estratagema. Afortunadamente, el horrible tormento que acabo de sufrir es mitigado con creces por este instante.

—¿Tormento?

—Jamás he sufrido tanto como los minutos que acabo de vivir, inmóvil como si fuera de mármol, frente a todas ustedes, soportando la mirada de una multitud de ojos femeninos.

—¿Vale decir que se trata de una simple aventura?

—Eso es. Una dolorosa aventura, que volveré a repetir, a menos que usted...

—¿Qué?—preguntó ella, mirándolo fijamente.

—A menos que me permita verla.

—Lo pensaré.

—Imposible. Debe decirlo ahora mismo. Me he convertido en un modelo de ocasión por conseguir esta oportunidad. Por otra parte, usted conoce el proceso: la indiferencia cedió al interés, el interés se transformó en emoción y la emoción se ha convertido en ansiedad. Ya ve, María Elena, lo he oído todo. Y si experimentamos una mutua atracción, ¿por qué mendigarnos entonces un poco de amor? ¿O es que tendré que volver a posar para verla?

—No.

—¿Entonces?

—El domingo volveré al mismo lugar donde usted me conoció. Tendré sumo placer en presentarlo a mi madre y en que se sienta a mi lado.

—Gracias, María Elena. Y ahora permítame que me presente: Alejandro Salazar, a los pies de la criatura más bella del mundo.

—¿Salazar? ¿Por ventura es usted hijo del cirujano Salazar?

—Acertó usted.

—¿Qué dirá su padre si se entera de esta escapada suya por los dominios del arte?

—Absolutamente nada, puesto que he adoptado su sistema: a grandes males, grandes remedios.

—Es una excusa aceptable. ¿Y cómo supo usted que yo frecuentaba la Academia?

—Lo deduje por la crítica que ayer hizo de los decorados de *La Leyenda del Urutáú*. Esta noche llamaré por teléfono y le contaré lo demás.

—Convencido—aprobó María Elena, al tiempo que estrechaba la mano que le presentaba Alejandro—. Y ahora a trabajar, como si no nos hubiéramos visto.

Se oyó nuevamente el repiqueteo del timbre anunciando el comienzo de la segunda obra.



# RETAZOS

Por ALFONSO R. CASTELAO

*El gran dibujante gallego Alfonso R. Castelao —actualmente trasladado a tierras extremeñas—, es también un magnífico escritor humorista, sin duda uno de los mejores humoristas de la Europa actual, con quien la indocumentada crítica oficial, tan desdeñosa con la producción de las regiones, comete evidente injusticia. De un libro que acaba de publicar, Retrincos, ilustrado por Maside, otro gran valor desconocido en Madrid, traducimos los siguientes fragmentos.—E. B. A.*

## EL INGLÉS



Hace muchos años yo quise asesinar a un inglés por patriotismo.

El caso aconteció en la Pampa Central de la República Argentina en tiempos de la guerra de Cuba.

Era yo, por aquel entonces, un suave rapaz de doce años, aplastado por la morriña del paisaje nativo, dejado hacia poco y por la inmensa tristeza de los campos en que me veía obligado a vivir.

Las leyendas y los cuentos aprendidos en torno al lar paisano de mis abuelos aguzaron mi imaginación y dieron hábitos a mi credulidad, de tal modo, que no solamente daba crédito a todas las baladronadas de nuestros periódicos, sino que sus informaciones sobre la guerra me parecían miserables y cativas. Yo era, pues, un gran patriota belicoso, porque también mi patria era grande y fuerte, como la de un inglés, como la de un alemán... La alharaca patriótica que tantos infelices llevaba a la guerra de Cuba, arramblaba también con mi pobre caletre de niño imaginativo. Quizás la sangre marinera de mis antepasados fué la que determinó en mí aquella fervorosa preferencia hacia nuestro poderío naval. Y en las paredes de la tienda de mi padre fueron apareciendo, a manera de patrióticos *affiches*, los barcos de la escuadra española pintados por mi mano. Y para representar de modo más evidente la fortaleza de nuestros navíos, siempre les ponía dos chimeneas de más, todas ellas echando humo: un humazo negro, terrible, trágico. Y después, debajo de cada barco, bravateaban unos letreros dictados por la hoguera patriótica que ardía en mí: «¡Ay del que se ponga delante!» «¡No hay quien pueda!» «¡Para todos vosotros nos sobra con uno solo de los nuestros!»

El inglés, D. Guillermo, viajaba siempre con dos gauchos y muchos caballos. Cada vez que venía de sus tierras del Río Negro, se quedaba a dormir en nuestra casa. Era un grandullón de maneras poco hidalgas y en el cinturón de cuero lucía siempre un revólver con mango de nácar: argumento terrible en aquellas tierras.

Cuando D. Guillermo reparó en mis dibujos, estalló en grandes risotadas, y entonces traté de corresponder a tal ofensa con frases tremendas, que no tuvieron más resultado que el de aumentar su escándalo de alegría. Es conveniente que os diga que yo tenía madera de héroe o de mártir, y con tal de servir a mi patria, tanto me daba matar como morir. Pero el inglés, tirando por mi genio con su humor de lima sorda, me enloquecía de rabia y después se burlaba de mis furias y denuestos. ¡Quién pudiera hacerle tragar aquel revólver con mango de nácar! ¡Quién pudiera verle muerto, colgado y abierto en canal!

Tantas veces pasó por allí D. Guillermo, otras tantas me hizo enfurecer de rabia; pero yo sabía que el triunfo final de nuestra escuadra me daría fuerza más que suficiente para aplastar al inglés y su burlón orgullo.

Acostumbraba también a parar en nuestra casa un andaluz gárrulo, que era, por lo menos, tan patriota como yo. El andaluz sabía siempre mucho más de lo que contaban los periódicos, y sus invenciones eran los preciosos argumentos de que yo me valía para defenderme del inglés. Un día me confió, con gran sigilo, que estaban reparando el submarino «Peral», pero que el Gobierno no quería que nadie se enterase del asunto.

Yo juré guardar el grave secreto, pero no pude cumplir mi juramento. Tanto me hizo desesperar el inglés burlándose de nuestros barcos, que en un lampo de ira descubrí todo: «¡Pues yo le digo a usted que ya pueden ponerse contra nosotros todas las escuadras del mundo juntas, porque... porque... ¡estamos arreglando el submarino «Peral»!

El desastre de Santiago de Cuba derrumbó mis ilusiones, y no es posible describir la inmensa desesperación en que me vi sumergido. Por aquellos días pasó el inglés por la tienda de mi padre y, dolido quizás de aquella tristeza, no se burló de mis barcos, pero me pinchó con estas palabras sarcásticas: «Ahora ya tenéis la escuadra submarina más grande del mundo...»

¡Nunca hubiera dicho D. Guillermo semejante cosa!, pues

en aquel mismo instante decidí asesinarlo. La onda roja que me golpeaba las paredes del cráneo no dejaba reposar mi imaginación, y por anticipado me regodeaba con las regalías del crimen. Nada podía evitar que yo manchase mis manos en aquella sangre odiosa: todo sería en bien de mi patria, ultrajada por la fatalidad. ¡Oh, el plan criminal era realmente satánico! Al filo de las dos de la noche entraría esquinado en su aposento. Andando despacio en punta de pies me acercaría a la cama, y de súbito, ¡zas!, le espetaría el cuchillo en la garganta. Ya veía salir la sangre del inglés a borbotones; ya lo veía despatarrado y moribundo, y ni el más leve remordimiento agitaba mi conciencia.

Aquella noche me acosté con los ojos bien abiertos y apretando contra mí el cuchillo de degollar los carneros. El reloj del comercio tardó tanto en dar las dos, que fui vencido por el sueño...

Cuando desperté, el sol pegaba sobre el lomo de la Pampa. ¡El inglés se había salvado por un pelo!...

## PECHO DE LOBO

Todavía era yo estudiante cuando me nació en el magín la idea de hacer un cabezudo, y como en la mocedad todo semeja alegre y hacedero, busqué el tipo más feo de la villa para que todos los vecinos estallasen a reír, al verlo, sin hacerme cargo de mi falta de caridad.

Trabajé firme para rematar la obra, que ya antes de su término era sonada por mi nombradía de mañoso, y ya figuraba en las letras de molde del programa de fiestas. Y llegó el día. En la plaza no cabía una aguja. En el atrio de la iglesia, un rapaz manco llevaba un haz de cohetes, y el maestro soplabla en la mecha esperando la primera campanada de las doce.

De pronto sonaron las campanas, reventaron los cohetes, y «una bien afinada banda» rompió a tocar. La cosa ya no tenía remedio. Salió mi cabezudo y, en el mismo instante, la gente rompió a reír a gritos, como hacía en las comedias de titiriteros.

«¡Peito de Lobo!» ¡Eh! «¡Peito de Lobo!»...

Y entonces, en un recanto de la plaza, surgieron chillidos hirientes de mujeres que no podían ocultar un terrible bramido que llegó hasta mí como si temblase la tierra. Era «Peito de Lobo» que quería despedazarnos al cabezudo y a mí.

Con el miedo que apañé, ni pude gozar del cordero de la fiesta. La cosa no era para menos. «Peito de Lobo» nunca quiso poner mano en sus hijos por miedo de quebrarles los huesos, y contaban que una vez, queriendo empujar un barco al mar, le hundió una cuaderña con el hombro. Era mucho hombre para mí, que ya me sentía desmigajado entre sus zarpas de hierro.

Al final de la comida, y cuando mi madre comenzaba a dar gracias a Dios por tanto bien como le debíamos, he aquí que aparece delante de nosotros la mujer de «Peito de Lobo»:

—Pues... Yo vengo a decirle—encarándose conmigo—que



tenga cuidado con mi hombre. ¡Usted es el demonio! Yo ya le pregunté: «¿Pero tú dónde te pusiste para que te sacase tan parecido?» Y el pobre no hace más que decir: «Ya le daré yo verrugas, ya le daré verrugas.» Porque, mire, señor, lo que más lo lastimó fué que usted le hubiese imitado tan bien las verrugas de la nariz...

Aquella tarde limpié de berrugas la nariz del cabezudo. «Peito de Lobo», preso en la casa por su mujer y por el miedo de matar a un hombre, se acostó tempranito, mirando desde la cama cómo las luces de los cohetes teñían de plata, verde, rosa y oro, las paredes encaladas; escuchando el son lejano de música y el estruendo de las bombas de palenque. Y cansado de dar vueltas, se fué quedando como un ángel...

Pasaron meses, y un buen día me encontré con «Peito de Lobo» en el murallón de la ribera. En cuanto me vió se volvió de espaldas y echó la mirada hacia el mar. Yo, juzgando que no quería ya comerme los bofes, me arriesgué a echar un párrafo con él. Y, después de unas cuantas palabras raposas, volvimos a ser amigos.

En el segundo año, «Peito de Lobo» pescó tal carpanta de anís escarchado, que bailó con el cabezudo en medio de la plaza y le dió besos y abrazos, llamándole «hermanito del corazón».

En el tercer año salió el cabezudo otra vez con verrugas en la nariz, cosa que hice por mandado del mismo «Peito de Lobo». Desde entonces, mi amigo se consideró un poco inmortalizado.

Huyeron los años y huyeron las sardinas para los pescadores del «xeito». «Peito de Lobo» envejeció de tiempo y de hambres. Las fiestas vinieron a menos, como los repartos de los pescadores; pero el cabezudo aún salía, un poco destrozado por los malos tratos que le daba el sacristán.

Hace dos años estaba un forastero mirando al cabezudo con esa mirada de los que van a las romerías y no se divierten, cuando «Peito de Lobo» se acercó a él suavemente y, dándole con el codo, le bisbiseó en la oreja: «Fíjese bien en el cabezudo y repare después en mí. El cabezudo soy yo.»

Como si hubiese nacido con el destino de ser una gran cabeza de cartón, «Peito de Lobo» veía en el cabezudo su propia fortaleza pasada, su esfumada popularidad.

El cabezudo no volvió a salir. El bruto del sacristán puso encima de la cabeza de cartón el túmulo del oficio de difuntos, y con la humedad del invierno se fué ablandando, hasta que quedó aplastada. «Peito de Lobo» tampoco volvió a salir. Un «aire de felesía» lo dejó tullido, y es necesario decir que le dió el mal en el mismo tiempo en que el cabezudo era vencido por el túmulo...

Hace unos meses pasé por delante de la casa de «Peito de Lobo». ¡Qué pena me dió! Estaba en el balcón, sentado, semejando un muñeco de trapos, recostado contra el cuerpo vivo de su mujer. De pasada lo saludé con cariño. «Peito de Lobo» me miró con ojos de pez podrido, y su mujer me dijo, con lágrimas en los ojos: «¡Se nos fué el cabezudo, señor!...»

## EL RETRATO



Para calmar la conciencia, un día arrojé mi título de médico en el fondo de un cajón y busqué otros medios para valirme en la vida. Las gentes ya no sabían que yo era dueño de tan tremenda licencia oficial; sin embargo, una noche mis servicios fueron requeridos.

Era domingo. Melchor, el tabernero, esperaba por mí en la puerta. Me dió las buenas noches y rompió a llorar. Por entre los sollozos le salían las palabras tan estrujadas, que apenas logré entender que su hijo se estaba muriendo. El pobre padre tiraba por mí, y yo me dejaba llevar, arrastrado por tanto dolor. ¡Después de todo, yo era médico titular y no podía negarme! Y fueron tan fuertes mis deseos de complacerlo, que sentí surgir en mi interior una gran ciencia...

Cuando llegamos a la casa de Melchor logré arriarme de sus manos y, con fingida humildad, le confesé que sabía muy poco de la carrera: «Repara que hace muchos años que no visito enfermos.

Y entonces Melchor, haciendo un esfuerzo, me dijo muy quedamente: «Este pobre hijo mío ya no precisa de médicos. Bien sé que el infeliz no pasará de esta noche. ¡Se me va, señor, se me va y no tengo ningún retrato de él!»

Entonces, ¡ay!, comprendí que yo no fuera solicitado como médico, sino como retratista, y sentí unas incontenibles ganas de echarme a reír. Y para verme libre de tarea tan macabra, le dije que una fotografía siempre era mejor que un dibujo, y echando mano de muchas razones logré al fin que Melchor me dejase y fuese en busca de un fotógrafo. La cosa quedaba arreglada, y yo me fui a dormir con mil ideas, revolviéndome en la cabeza.

Cuando estaba cogiendo el sueño llamaron a mi puerta. Era Melchor otra vez: «¡Los fotógrafos de la villa dicen que no tienen magnesio!», gritó temblando de angustia, la cara pálida y los ojos como dos pedazos de carne roja de tanto llorar. Jamás he visto hombre alguno tan destrozado por el dolor. Rogaba, suplicaba, tiraba de mí, y decía el desdichado tales cosas, que me rasgaban las entrañas. «Considere, señor, que con unas rayas que usted haga en un papel, yo podré, para siempre jamás, ver la cara de mi pequeño. ¡Por Dios, señor, no me deje en esta obscuridad!»

¡Quién tendría corazón para negarse? Cogí lápiz y papel, y allá me fui con el tabernero, dispuesto a hacer el retrato del hijo moribundo.

En la casa todo estaba quieto y callado. Una luz fatigada alumbraba, en amarillo, dos caras horripilantes que ventean la muerte. El niño era el centro de toda aquella pobreza de la materia. Sin decir nada, me senté a dibujar lo que veían mis ojos mortales, y después de algún tiempo conseguí acostumbrarme al drama que acechaba en torno y aun olvidarlo un poco para poder trabajar fervorosamente, como un artista. Y cuando el dibujo estaba a punto de ser concluido, la voz de Melchor, agrandada por tanto silencio, me hirió con estas palabras: «¡Por el alma de sus difuntos, no me lo retrate así. ¡No le ponga esa cara tan enojada y tan triston!»

Confieso que, al volver a la realidad, no supe qué hacer y me puse a repasar las líneas ya trazadas del retrato. El silencio fué nuevamente roto por Melchor: «Usted bien sabe cómo era mi pequeñín. ¡Haga memoria, señor, y dibújeme lo riendo!»

De pronto me brotó una gran idea. Rasgué el papel y hundi la mirada en un nuevo papel blanco y dibujé un niño imaginario. Inventé un niño muy bonito, muy bonito: un ángel de retablo barroco, gordezuelo, rosado, sonriente...

Entregué el dibujo y salí huyendo. En el momento de poner el pie en la calle, oí que la casa se llenaba de gritos y sollozos. Había llegado la muerte.

Ahora Melchor se consuela mirando mi obra, que tiene colgada encima de la cómoda, y dice siempre, con la mejor fe del mundo:

—Tuve muchos hijos, pero ninguno tan hermoso como aquel que se me murió. ¡Ahí está el retrato, que no me dejará mentir!





Una escena de "Los Majos del Perchel", de Enrique López Alarcón.

## Cartelera madrileña

### Novedades escénicas más o menos relativas

**Eslava:** «Los caimanes».—El estreno de «Los hijos de la noche» fué para los señores Navarro y Torrado algo así como el descubrimiento de un modesto mediterráneo de oleaje melodramático. Y les sirvió, entre otras cosas, para caer en la cuenta de que el tal género teatral, explotado con cierta picardía, aún se hallaba en condiciones de producir muy saneados ingresos a cualquier autor o autores que no sintiesen demasiados escrúpulos en cuanto a la calidad de su labor dramática. Desde entonces acá han enfocado sus obras hacia las tristes perspectivas del folletín, con una evidente tendencia a la consecución de buenas liquidaciones en la Sociedad de Autores.

«Los caimanes»—como su antecesora «La Papirusa»—carece por completo, en el propósito y en la realización, de toda idea de arte. Se trata simplemente de un argumento, más o menos feliz en la línea general de su interés, hablado corrientemente; es decir, con ese lenguaje que usan las mujeres y los hombres que cursaron estudios elementales para entenderse en sus conversaciones. Desde el comienzo de la comedia se advierte a los autores preocupados con la idea—brote solitario en un desierto de ideas—de intrigar, sea como sea, al auditorio. Unas veces lo consiguen, otras no, y... aquí paz y después gloria. Ni por casualidad hay un instante en la comedia donde apunte, siquiera, un atisbo de inquietud juvenil que justifique la juventud de los señores Navarro y Torrado. Si la presencia de éstos al final de cada acto en el palco escénico no nos diese la medida aproximada de sus edades, saldríamos a la calle convencidos de que los que escribieron «Los caimanes» eran hombres de cabellos blancos y largas barbas.

La interpretación de la comedia fué acertada generalmente. Pepita Díaz de Artigas compuso su tipo con rasgos de humanidad y acentos eficaces, que le valieron justos aplausos de la concurrencia. El Sr. Collado dió vida acertada a su personaje, al que supo aureolar de naturalidad y simpatía.

Con una y otro cooperaron al discreto éxito interpretativo las señoras Astor, Pacheco, Jover y Sanz, y los señores Manrique, F. Cuenca y Díaz González.

**Concierto de danzas en la Comedia.**—La sala de la Comedia se vistió dos días de fiesta andaluza, especie de paréntesis en la monotonía de sus galas habituales, para ofrecer al público el espectáculo luminoso del baile flamenco. Dos artistas de la gitanería, dos personalidades acusadas de la danza, unidas en noble maridaje de inspiración y de entusiasmo, realizaron el milagro de mantener la atención de un auditorio selecto y numeroso durante dos recitales. Ella, Pilar López—juventud y belleza empapadas de arte, borracha de gitanería—, es como un cuadro vivo de la Andalucía vigorosa y caliente que alienta en los versos de Villalón, de los Machado, de García Lorca, de Alberti. Tienen sus brazos, al marcar el ritmo lento y majestuoso de sus danzas, silencios perozosos de terciopelo, y sus pies—palomas sobre las tablas de la escena—, van bordanado en un aleteo de filigranas el poema meridional de sus bailes. El, Rafael Ortega, magante del casticismo, faraón de la flamenquería, es, junto al sentido reposado de la cadencia femenina de su pareja, brío y nervio; latido y dislocación; epilepsia y vértigo; contrapunto, en fin, de un concierto de estilos que se aprietan en abrazo fraternal de arte.

De este ayuntamiento de perfiles, donde halla su expresión más eminente toda la gama del folklore andaluz, nace como hijo artístico más robusto de aciertos, «Los cuatro muleros», el delicioso romance granadino, de García Lorca.

En ambos conciertos, Pilar López y Rafael Ortega interpretaron, con su inimitable estilo, obras de Albéniz, de Falla, de Turina, de Granados, de Halffter, de García Lorca, de Chueca, de Bretón y de otros afamados compositores, que les valieron justas y calurosas ovaciones del público.

Al piano, el maestro Enrique Luzuriaga,

# TEATRO

P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

quien cooperó notablemente al triunfo alcanzado en los dos recitales.

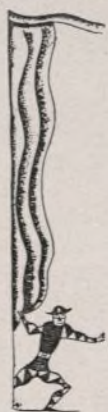
**Calderón:** «Los majos del Perchel».—Interpretada por una compañía creada especialmente y en la que figuran elementos muy notables del género dramático, se estrenó la noche del miércoles pasado en el teatro Calderón la comedia en verso de Enrique López Alarcón, *Los majos del Perchel*.

La obra—obra de un poeta—es, antes que nada, la visión lírica de uno de los instantes de más encendido liberalismo de la historia de España: años desventurados de mil ochocientos treinta y tantos, tintados ya con la sangre generosa de Riego, «El Empecinado», Torrijos, Mariana de Pineda y otros nobles paladines de la idea liberal. La rebeldía contra el rey feón, las hecatombes coloniales y los emisarios de la santa causa, que llegaban de tierras extranjeras portando mensajes encendidos de aliento y de fe para los que luchaban todavía por la Constitución y por la libertad, habían ido forjando caracteres de héroe en todos los ámbitos nacionales. Málaga, tierra caliente, de hombres majos y de hembras bravías, era uno de los lugares donde las doctrinas liberales lograron más adictos. Y es allí, entre una humanidad ejercitada constantemente en el desdén a todos los peligros, entre horizontes azules y verdes de cielo y de agua, entre pañuelos de colorines, patillas de boca de «jacha» y sentencias de gitana filosofía, donde el poeta López Alarcón encuadra su comedia. Comedia un tanto inocentona y barroca en su línea dramática, pero vestida con las galas luminosas de una poesía excelente en general y, a veces, rica en imágenes de aliento mayor.

La obra, ilustrada musicalmente por los maestros Ocón y Carrascosa Cuervos, obtuvo acogida cordial por parte del público. Y—justo es decirlo—dedicó sus aplausos más entusiastas a la intervención del gran artista Rafael Ortega, quien al frente de un notable cuadro flamenco puso al servicio de la comedia sus mejores recursos de bailarín extraordinario.

La interpretación, acertadísima. Ana Adamuz, la excelente actriz, dió brío con su cálido verbo, con su escuela de comediantes dramática extraordinaria, al personaje central femenino, y recibió muchos aplausos del público como recompensa a su labor admirable. La siguieron, en el orden de aciertos, Mercedes Mireya—una dama joven de positivo talento interpretativo—, Amparo y Pura Villegas, Carmen Ontiveros y Carmen Albiñana.

Alfonso Muñoz, primer actor del elenco, dió a su papel la prestancia y el tono de sobriedad que infunde siempre a sus creaciones. Muy ajustados y eficaces, asimismo, los señores Bruguera, Dafaue, Catalá, Alcaide, etc., etc.



## ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Pero, hombre, ¿no me dijo usted que Ernesto Vilches iba a embarcar rumbo a España?

—Se lo dije, y, en efecto, iba a embarcar.

—¿Pero no ha embarcado?

—No. Cuando se hallaba con el pie en la pasarela del vapor, cambió de idea y de rumbo.

—Entonces ¿ya no viene?

—Por ahora, no. Ultimamente se encontraba en Puerto Rico, donde, dicho sea de paso, ha realizado una magnífica temporada... Minutos antes de tomar el barco para España, se cruzaron unas negociaciones con Nueva York, y desistió del viaje. A estas horas navegará camino del país de los rascacielos o, posiblemente, se hallará en plena Quinta Avenida.

—¿Para trabajar allí?

—Naturalmente. Una importante empresa—la misma que contrató a la compañía Guerrero-Mendoza—le ha ofrecido una actuación en su teatro en unas condiciones fantásticas.

—¿Por mucho tiempo?

—El suficiente para que no tengamos la fortuna de ver al gran Vilches por ahora en Madrid.

—Pues lo siento.

—Y yo. Vilches sería un magnífico negocio actualmente en España.

—¿Sabe usted? Se está organizando una compañía para explotar otra comedia de corte flamenco.

—¿Otra?

—Sí, otra; nos hallamos en plena resurrección del flamenquismo.

—¿Y quién será el divo de este negocio?

—El «Niño de Marchena». ¿Qué le parece?

—Que la noticia va a hacer muy poca gracia a Angelillo.

—¿Ya tenemos nueva Junta Nacional del Teatro Lírico y Dramático?

—Sí, señor, ya la tenemos.

—¿Y cree usted que hará obra de provecho?

—Si toma el acuerdo de prohibir la representación de las comedias de ciertos autores, desde luego.

—Confidencia: Cierta lindo teatrito, en el que actualmente se representan comedias, va a ser dedicado dentro de breves días al cine. En cambio, un coliseo marcadamente popular donde se exhiben películas desde hace tiempo va a ser dedicado a comedias. Como puede verse, vivimos en el país de la paradoja.

—Noticias de Gibraltar: «Hace unos cuantos días arribó a esta plaza fuerte un barco, de nacionalidad italiana, procedente de Norteamérica.» ¿Sabe usted quiénes viajaban en este vapor?

—Ni idea.

—Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra, que venían de Hollywood, donde la ilustre actriz ha filmado dos películas.

—Entonces, ¿están en España?

—No. Han continuado en el barco, para realizar un crucero por Italia. A estas horas estarán, seguramente, en Nápoles. Es posible que vengan a Madrid; pero antes—lo sé de buena tinta, que se dice—irán a Tetuán.

—¿A qué?

—A dar un vistazo a sus propiedades.

—¿A sus propiedades?

—Sí; han comprado allí diez mil metros cuadrados de terreno, sobre el que se proponen edificar una magnífica finca.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. La noticia me la ha confirmado un moro notable amigo mío.

—Sigue la racha de estrenos.

—Sí, cada día se estrenan más comedias.

—Y cada día son peores las comedias que se estrenan.

—¿La literatura dramática progresa!

—Y qué, ¿Amparo da dinero en el Fontalba?

—Ni una peseta. ¿Ya están ensayando otra obra!...

—¿Otra?

—Sí, señor, otra... también original de Joaquín Dicenta.

—Contumacia se llama eso.

—Bueno, pues llámele usted eso.

—Usted, que lo sabe todo, sáqueme de una duda: ¿Por qué las actrices españolas no son—al menos, «oficialmente»—nunca viejas?

—La cosa es bien inocente: Porque, cuando llegan a los cincuenta años, afirman muy serias que acaban de cumplir treinta y uno y—por si fuera poca desfachatez—representan papeles de muchachitas de veinte.

—¿Y el público, qué hace?

—Se ríe mucho. Al público le hacen mucha gracia estas ingenuidades de las eternas ingenuas.

—¿Caramba, don Isidoro! ¡Dichosos los ojos que le ven por esta santa casa! ¡Pase, pase y tome asiento!

—Ya sabe usted, mi querido don Pablo, que siempre fué para mí motivo de satisfacción venir a su casa...

—Satisfacción que yo comparto, por supuesto.

—Gracias, muchas gracias, amigo mío. Sólo el saber que cuenta uno con amigos tan generosos como usted, puede servir de compensación a la amargura de vivir.

—Tiene usted razón... ¿Y qué? ¿Se «solucionan» sus asuntos?

—No, don Pablo, mis asuntos no pueden «solucionarse» nunca. Son demasiado graves. Precisamente, el motivo esencial de esta mi visita era mostrarle a usted el documento... (Se rebusca nerviosamente en los bolsillos de todas las prendas que lleva encima.) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Dónde diablos habré metido yo el documento?... ¡Cómo! ¡Me lo han robado!... ¡Sí, me han robado el documento, don Pablo! ¡Me lo han robado! ¡Maldición!

(Modelo de escena de alta tensión dramática, que brindamos a los jóvenes y bastante conocidos autores don Leandro Navarro y don Adolfo Torrado, por si pudiera serles provechosa.)

—¿Cómo marcha lo de Eslava?

—¿Lo de Eslava? Pues a rastras con sus Caimanes.

—¿Va mucho público?

—No creo.

—Tendrán que estrenar, entonces.

—Claro está, y ya están ensayando.

—¿Lo de Marquina?

—Sí; aquello que primeramente se titulaba *Camino muerto* y que ahora se llama de otra manera. Una comedia de un poeta, que no está escrita en verso.

—¿Qué extraño!

—Sí, muy extraño.

—¿Y don Tirso Escudero? ¿Qué dice el empresario de la Comedia?

—Está hecho un mar de confusiones.

—¿Razones?

—Querrá usted decir sinrazones. Porque es lo que él dice: «Ultimamente hacía en mi teatro astracán y perdía dinero. Logré que don Jacinto me diera una comedia y me puse muy contento, pensando: «Ahora, con una obra del maestro en los carteles, ganaré»...

—¿Y qué?

—Que continúa exactamente igual que cuando hacía astracán.

—¿Entonces la cosa no tiene remedio?

—¡Ah! Eso pregúnteselo usted a él.

F E I T O



P I L A R L O P E Z



ESTAMPAS  
MARROQUIES

## PASCUA MORA DEL CORDERO

Por RAFAEL MARQUINA

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



XAUEN.—Un aspecto de la Alcazaba.

Aquel día nace más claro que ninguno. Y por si este deber se le olvidase y por si siente veleidades de amenazar con lluvia, el moro, diligente, adelanta el alba, como aquellos gallos que en el poema del "Mío Cid" "cantan apriesa e quieren quebrar la aurora". El moro aquel día siente que lleva en el pecho el sol claro encendido y no hay nubes que puedan ensombrecerlo. Una alegría, más alegre que ninguna otra, porque es, además, generosa, le canta en el alma. El moro, antes del alba, se lanza a la calle, y aquel día nace más claro que ninguno.

Es el día de la Gran Pascua del Cordero, día de tre-gua y de refocilación, de caridad y amiganza. La gran hora blanca de su comunión en la sangre del cordero pascual. Se cumplirá el rito y para todos habrá en el gran día condumio y hartazgo. Todos serán llamados al gran baquete. El poderoso, en su palacio, sacrificará gran número de reses, y todo aquel desvalido o menesteroso que llame a su puerta recibirá su ración. Y le será llevada también al que gime, inválido, en su yacija, y al paralítico en su rincón y al que no tiene ni rincón. Nadie, en la ciudad ni en el campo, quedará falto de su ración de cordero. La mácula de la sangre en el blanco vellón lo ha hecho más inmaculado.

No ha amanecido todavía, y ya las callejas del barrio moro de Tetuán desbordan de albarnoces, jaiques y chilabas. Cada indumento parece estrenar un color nuevo. Cada color parece recién nacido. Mujeres y hombres han sacado del arca sus vestidos mejores. En sus atavíos lucen todos su fantasía.

Allá fuera, entre la ciudad y el aeródromo, la "Messala", abierta hoy para el rezo colectivo, espera a los fieles. Muda, yerma, planicie sola entre cuatro enanos paredones blancos, está, por lo común, llena de vacío. Un vacío consagrado, religioso, tocado de la gracia de Alá y magníficamente inútil para todo menester profano. La "Messala" es como la pequeña y cercana Meca de Tetuán. En esta Fiesta del Cordero abre su puerta y acoge a la multitud ferviente.

Desde la ciudad acuden, en grupos compactos y ruidosos, los hombres, mientras las mujeres, blancasy her-méticas en el misterio de sus vestiduras celadas, se distribuyen en las pequeñas altitudes de las terrazas, en las lomas suaves, en los altozanos breves, componiendo, con asimetría monótona, con algarero bullicio, cuadros de luz, de gracia y de armonía. Así, la distancia desde la ciudad a la "Messala" aparece en ambas márgenes florecida de albura, y por el cauce discurriré, apresurado y gayo, el gran río de los fieles.

En la hora sagrada, la "Messala" se va llenando de devotos. Algunos aportan almohadas donde sentarse. Dejan todos sus babuchas a la entrada, y enseguida, con fervor lejano y abstracto, se entregan a la oración. No hay en la "Messala" minarete ni muecín. En su exaltación devota, la "Messala" reza con la frente en el suelo.

Del "Mexuar" ha salido ya la comitiva del Jalifa. Jinetes en corceles briosos, enjaezados con pompa oriental, el Gran Visir y los altos dignatarios escoltan a Muley Hassan, en cuyos ojos negros y profundos se enciende una avidez curiosa. El grupo, colorido, brillante,

fastuoso, magnífico en la gallardía abigarrada de su gracia, avanza entre la multitud, centuado su perfil bizarro por los gritos agudos de las mujeres, en los cuales la "i" alargada y estridente suena como un clarín frenético. Con una destreza que se viste de pompa, la comitiva avanza hacia la "Messala", en cuyas proximidades se apuesta y espera una incalculable multitud expectante.

El Jalifa va a cumplir el rito. Llega, con su séquito, a la "Messala", descaburga, se descalza, penetra en ella y reza. Rezan con él los fieles que llenan el recinto. Elevan sus voces al paraíso de Mahoma, se inclinan, se curvan, elevan a veces las manos, alejados de todo, como ausentes, transportados a la ferviente delicia de las puras evocaciones.

Fuera, la multitud reza también y espera. Hay en el aire, quieto y callado, como una expectación flotante. Ha salido el sol, y su caricia parece anticipar a lo perecedero una confortación de lo eterno.

El Jalifa se asoma después a la puerta de la "Messala". Respetuosos y solemnes le acompañan, a breve distancia, sus ministros, su chambelán, el Gran Visir de la barba de plata. Unos servidores le acercan entonces el blanco cordero escogido para el sacrificio. Es bello como un símbolo, rollizo como una realidad. Una fantasía simplista lo ha adornado con galas primarias y su-cintas. Avanza con cierta prevención indócil. El Jalifa toma, de las manos de su chambelán, un cuchillo luciente. A su lado, unos servidores sostienen el aguamanil y la toalla.

Y el rito se cumple, el sacrificio se consuma. Un momento, bajo la sombra de Alá, se han cruzado las miradas del Jalifa y del blanco cordero, en una comunión de mutuas piedades. Al amparo del cielo azul y de la

luz dorada, el Jalifa sacrifica la res inocente, que dobla el cuello blanco y se derrumba.

Mientras el Jalifa, purificadas ya sus manos en el aguamanil de plata, cabalga de nuevo y emprende el regreso a su "Mexuar", y las muchedumbres se dispersan, abandonando aquellos lugares, unos hombres se han apoderado de la víctima palpitante para trasladarla rapidísimamente al palacio jalfiano. Es el momento en que han de cuajar, para todo el año, los augurios y los presagios. Serán funestos o propicios, según el blanco cordero propiciatorio llegue muerto o vivo a su final destino. Si llega con vida aún al palacio, el año será venturoso; de lo contrario, algún mal nefasto patentizará la cólera de Alá.

Antaño, pues, estos momentos tenían el prestigio temeroso de lo desconocido. Todo un pueblo se recogía con temblor ferviente en la expectación de lo futuro, mientras, desesperadamente, sobre un caballo galopante, el cordero era conducido al "Mexuar", en desenfundada carrera, para que no muriese en el camino.

Hogaño, los moros no tiemblan en la incertidumbre. Hogaño han sobornado a la Fatalidad. El cordero es conducido en una camioneta automóvil, sin sobresaltos ni zozobras. Y llega siempre con vida a las puertas del palacio. La tradición se ha motorizado.

La gran fiesta, el día blanco del cordero, ha comenzado. En toda la tierra islámica se celebra con igual y auténtica fidelidad el rito antiguo.

En Marruecos tiene, para nosotros, con la belleza de su exotismo, la fuerza de su significación. En Tetuán, la presencia de S. A. el Jalifa le presta una particular importancia, una mayor solemnidad. Pero, en todas partes, tiene celebración sumisa y arrigada.

Xauen, allá arriba, entre sus dos montañas vigilantes, sagrada, intacta y alpujarra, envuelta en un prestigio centenario, cubierta de misterio hasta los ojos, como una de sus mujeres, se entrega también al rito de la pascua. Y al pie de la Alcazaba en ruinas, bajo el garabato estático de las cigüeñas, la carne del sacrificio es devorada con religiosa gula.

En las callejuelas estrechas y empinadas, los "bakalitos" han cerrado sus puertas. Una gran paz, acentuada de soledades, pone quietud en los ojos y en las almas. Y en la plaza, acentuando el misterio, el sol cae como una bola que, al dar en el suelo, se deshace.

Aquel día, como tantos otros, Xauen, tan encerrada en el prestigio de sí misma, al participar unánime en el rito generoso y augural, se siente cerca del Paraíso.

### Advertencia a los colaboradores

Repetimos, esta vez de una manera terminante, que no devolvemos ninguna clase de original literario o artístico que se nos remita sin haberlo solicitado nosotros por escrito. El hecho de depositar en nuestra redacción un original y de que aquí se recoja cortésmente no quiere decir que se haya aceptado. Quisiéramos que los muchos escritores simpatizantes con nuestra revista, y que aspiran, dándonos con ello un motivo de orgullo, a ver sus trabajos reproducidos en nuestras páginas, se dieran cuenta de que no podemos mantener correspondencia sobre sus originales, ni constituirnos en archiveros de sus estimables producciones.

Reiteramos a todos la seguridad de que leemos con atención cuantos trabajos llegan a nuestras manos. Prueba de ello son los artículos, cuentos, poesías y dibujos de excelentes escritores, poetas y dibujantes que, desconocidos en la Prensa de Madrid, han encontrado en CIUDAD una cordial madrina que los ha lanzado con el mayor entusiasmo y los mayores honores. Encontrarán nuestros amigos que es una posición muy justificada la de exigir para nuestra revista una calidad nada fácil de hallar, por cierto, pero que existe, sin duda, en una generación nueva de muchachos, escondidos algunos en las provincias y preteridos injustamente. Ahora bien: el hecho de ser novel está muy lejos de denotar, por sí solo, buena calidad literaria y artística.

Agradeceríamos que se nos ahorrara tener que ocuparnos de nuevo de este tema.

#### Cloque colores

última moda..	14 ptas. metro
Piel mate poin-	
telle . . . . .	11 -
Crep anny. . .	8,50 -
Crep arabesco.	7,50 -
Picrep mate. . .	5,25 -

Tejidos última novedad  
en sedería para alta costura

GRANDES ALMACENES  
**Eleuterio**  
FUENCARRAL, 14



Ayuntamiento de Madrid



# MOTIVOS DE LA CIUDAD

Por MAESE BUSCON

## Cerezos japoneses

**E**sa raza menuda de humanidad y grande de gesto y gesta, violenta y fina, guerrera y lírica, sonriente y brava, apasionada y cauta, que son los japoneses, tiene de vez en cuando unas ocurrencias que nos dejan a los occidentales maravillados, confusos y conscientes de que somos todavía unas gentes godas, llenas de groserías y de pelos. ¿A qué otro pueblo del mundo se le hubiese ocurrido hacernos este presente frutal y floral de unos miles de cerezos para que ilustren nuestras aceras urbanas con el plumón de nácares de sus flores y la metáfora pastoril y barroca de sus brillantes frutos primorosos?

**D**EL Japón ha llegado un barco cargado de... ¿De qué? De plantones de cerezo, para que vosotros, niños de España, seáis los guardianes de su infancia de finas varas desvalidas, sin más amparo que vuestro cariño, en espera

esta túnica del símbolo nacional fué quitada del cuerpo ferrado de los buzones, en honor a una mayor practicidad, y se les puso una veste roja, para que el viandante los pudiese ver desde distancia mayor y no perder demasiado tiempo buscando la alcántara postal donde posar el ave apresurada de su carta.

**A** qué criterio de practicidad obedece esa lúgubre pintura, que los oculta hasta tornarlos casi invisibles con su "camouflage" de navíos contrabandistas? ¿Qué es lo que se trata de ocultar: el buzón o la bandera de la República, sumergida en las turbias honduras de esa costra verdinegra, que tan sucios y peligrosos tropos nos sugiere?

**M**AESE Buscón", constreñido a pensar para dentro, mientras los mosquetones anden majearo por la calle, piensa estas y otras muchas cosas y se las calla.

Y volviendo al tema de los buzones y de los colores, estos días acaba de tener una satisfacción patriótica y repu-

Porque tengo para mí que los inspectores, cuando, alguna que otra vez cada año, van a cumplir con su deber, lo cumplen muy arrellanados en las espléndidas butacas que en el salón les tiene reservadas la Empresa para hacerles su durísimo oficio más llevadero y tolerable. Pero si alguno de ellos quiere arriesgarse conmigo hasta las alturas, donde pernoctamos los dejamos de la mano de los dioses de los "enchufes", ya verá lo que es canela y cómo se cumplen las ordenanzas en las salas de espectáculos de Madrid. Después nos acordamos de Santa Bárbara cuando hay "Novedades"...

## Miss Kattle dice

**M**y dear fellow: Estuve dudando entre irme a Mallorca a ver florecer el primer almendro o quedarme en Madrid esperando el Carnaval. Me he documentado ampliamente sobre estos dos espectáculos, y han luchado en mi conciencia, durante unos días, mi nativa afición hacia las bellas cosas de la Naturaleza y mi inclinación cultural hacia los fuertes espectáculos humanos. Indudablemente, el "debut" floral del almendro, con su gracia pueril de heraldo blanco anunciando primaveras, con su gracia núbil de velada novia adolescente, con el primor fino y musical de sus sonajas de nácares alegres, atrae todo cuanto de acuarrelista y de prerrafaelista hay en mi británica persona. Pero, por otra parte, mi calidad de psicóloga presbiteriana, a quien interesan las formas de la paganía actual, me retienen en Madrid, atraída por la promesa de sus fuertes escenas populares. Mis frecuentaciones a Goya, mi manía de coleccionista de grabados del XIX, mi lectura de los costumbristas españoles de la misma centuria, me hacen ya degustar de antemano el desfile de las marquesas y los majos por el Salón del Prado, bajo discreto antifaz, que oculta los rubores iniciales de la aventura picaresca; los desfiles de los caleseros con las mozas de partido, ataviadas con cucas, dijes, volantes y madroños, con la pompa de sus miriñaques, abiertos como grandes rosas en el diminuto pescante; las comparsas de ensabanados por el típico Avapiés; los bailes de Cuchilleros, Bordadores... Luego, el "Entierro de la Sardina" en la Pradera, con su cortejo fantasmal y borracho de sombras bamboleantes, en la noche, con hachones encendidos..."

**B**UENO, bueno, mi estimadísima señorita: usted está ciega o chiflada. ¿Qué puede usted esperar del Carnaval madrileño? ¿Es que no ve usted los síntomas? ¡Válgame Dios! ¡Si no hay más que ver esas fúnebres comparsas de mozalbetes que, desde hace un mes, recorren las calles, durante la noche, tocando pa-



Cerezos floridos a orillas del río Kajikawa.

de que sean, una primavera de éstas, arbustos adolescentes con su penacho florido y alegres como vosotros y como la primavera, de la que son heraldos de cristal, y, más adelante, arbolones copudos, por cuyo lomo acortezado de mansas bestias forestales vuestra gula subirá, en integral abrazo de todo el cuerpo, en busca de la pulpa reventona de azúcares y carmines...

**C**UIDADLOS, niños de España, que para vosotros son. Es decir, nos los repartiremos. Los poetas, con una glotonería de ojos ávidos, gozaremos de su belleza, y para vosotros, íntegra, su riqueza. A amar y a cuidar a estos nuevos amigos japoneses. Al que rompa una vara, paliza. Esa debe ser la consigna de cada barrio. Los cerezos japoneses son los embajadores fabulosos de un país espiritual, que permanecerán años y años en las calles con el exclusivo objeto de renovar sus presentes cada primavera en el país amigo que eligieron para su residencia. ¿Habrán algún brutote capaz de atentar contra esos vegetales diplomáticos, enviados plenipotenciarios de los jardines de Oriente? "Maese Buscón" no lo cree, y así lo hace constar.

**A**hí os quedan, pues, esos ramos que vienen del país de las leyendas, en las que tantas veces habéis visto juntos los sables y los crisantemos, el fino chispazo del "haikai" y la voz bronca del guerrero, la pétrea hoguera helada del Fujiyama y los temblores del gajo de cerezo florecido...

## Símbolos

**M**AESE Buscón", en sus solitarios y melancólicos paseos por la ciudad, descubrió un día que los buzones de la urbe se convertían en lánguidas botellas del verde más sombrío y más borra de aceite que jamás concibió un pintor de brocha gorda. Como coincidió este subitáneo luto de los cilindros postales con el advenimiento de la cruda inviernia, "Maese Buscón" pensó en la posibilidad de que los buzones, obedeciendo a la rotación eclíptica, tuviesen también su época de mustiedad y que en la primavera tornarían a brotar sobre ellos los colores de la bandera nacional, que no nació en abril, por acaso más o menos.

Pero el invierno se va—; buen viaje!—, y los colores no vuelven. "Maese Buscón" no ignora que en algunos países

blicana, que no está bien que se la calle. Y es que los colores de la bandera nacional, desaparecidos de los buzones y de tantos otros sitios y cosas, van, en cambio, a servir de ornato a los palcos de los desfiles carnavalescos, que están siendo enmascarados con la bandera tricolor, esperanza y símbolo, un día no muy lejano, de una España que se disponía a inaugurar una grave época de seriedad histórica.

**L**os buzones no reflorecedrán esta primavera, pero las carnestolendas aparecerán teñidas de republicanas.

Porque, a lo mejor, le República, para muchos, no es más que un alegre y fácil carnaval, que suele prolongarse todo el año.

## Predicar en desierto...

**H**AY unas localidades en los cines de Madrid, de las que podría decirse, glosando la frase de Cervantes, "donde toda incomodidad tiene su asiento"... y cada asiento su incomodidad. Entre las filas de butacas, hay apenas veinte centímetros de separación, y el espectador rezagado que tenga que pasar a las que están algo distantes del pasillo central—pues laterales no existen, a pesar de que lo dispone la ordenanza respectiva—, tiene que hacer levantarse a toda la hilera de abortos cineastas, que a veces son hasta veinte, siendo además lógicamente apedreado por los denuestos de quienes pagan su localidad para estar cómodos y para ver el espectáculo, y no para estar haciendo flexiones de piernas y para ver el respetable dorso de los ciudadanos, que no suele ser ninguna maravilla.

**E**l otro día tuve que levantarme un par de docenas de veces y perder todas las "actualidades". Hasta que me cansé y le dije al acomodador: "Dígame, esto ¿es una sesión de cine, o una academia de gimnasia sueca?" A lo que el acomodador me respondió, con la finura que caracteriza a los de su honrado gremio: "Si no está usted bien, se marcha; o, si no, quéjese a la Empresa."

**S**i la Inspección de Espectáculos es capaz de pensar en algo más que en cobrar sus emolumentos, ¿ha pensado alguna vez en lo que sería un incendio para los pobres humanos, metidos en los combudos de las localidades altas?



sodables y pidiendo perras gordas!... ¿Ha visto usted en su vida nada más lúgubre, menos esperanzador que esas veintenas de muchachos, marchando a paso militar, serios como ladrillos y presididos por una bigardona, llevando un estandarte, seca, sosa, con un aire de Minerva de arrabal y tiesa como si se hubiese tragado una escoba?... Bueno, pues eso.

Quisiera equivocarme—pues escribo estas líneas el sábado de Carnaval—, pero me parece que ha perdido usted una magnífica oportunidad de irse a Mallorca a ver florecer el primer almendro, que es uno de los pocos espectáculos bellos, ciertos y puntuales que han quedado en esta España entristecida...

Ayuntamiento de Madrid



# HIPISMO



El Marqués de los Trujillos, el jinete que más ha contribuido a nuestro prestigio hipico internacional.

## Sobre la selección hípica de Niza

Por "EL PAJARO"

Seguimos esperando la celebración de la segunda exhibición de los jinetes que aspiran a competir en el Concurso Internacional Militar de Niza y, seguimos, por tanto, sin que se haga el nombramiento de los que han de representarnos. Como de costumbre, por falta de organización se hacen las cosas tarde y con daño, que es lo peor.

Con daño para el éxito del concurso, porque faltan cuarenta días para que la gran competición nicense comience, y en ese tiempo es necesario no sólo hacer el nombramiento, sino el acoplamiento de caballos, que no se reduce a la asignación de los animales que les faltan a algunos de los jinetes elegidos, sino que este acoplamiento es más largo e importante, requiere imprescindiblemente un tiempo (más o menos largo, según las condiciones vulgares o extraordinarias del caballo), pero un tiempo para que el jinete se dé cuenta de sus facultades y sepa aprovecharlas en su grado máximo.

Es muy corriente oír: «Como los jinetes son muy buenos, con cuatro días que puedan disponer de sus caballos, basta». Esto, además de ser un error, es un atentado contra el buen éxito del concurso, cuando se trata de la de Niza u otras competiciones donde es necesario el máximo rendimiento de las facultades del semoviente. Claro está que un buen jinete, montado en un buen caballo, pasa todos los obstáculos que le presenten en la competición, pero si no está compenetrado con él, atacará los obstáculos con la idea de irse al otro lado (nos referimos a los grandes obstáculos) y no le sobrará nada de sus recursos de jinete por muchos que posea, mientras que si conoce perfectamente su montura y tiene dominio sobre ella, podrá hacer concesiones y montar en forma que le lleven no sólo a pasar al otro lado, sino a pasar sin falta y dando el mayor número de facilidades al caballo, lo que en la mayoría de los casos evitaría violencias inútiles, dará confianza al caballo y será la base del triunfo. Para poder montar así, es decir, bien, pues lo otro es solamente montar, se necesita conocer plenamente las facultades materiales y las cualidades, que pudiéramos llamar morales, de su caballo.

Seguros estamos de que nadie que domine plenamente la equitación sobre grandes obstáculos podrá opinar de otra manera, aunque no falte el *ilus hipico* y el *super jinete*, para los cuales no hay dificultades.

Quede, pues, concretamente fijada la idea de que el acoplamiento o compenetración de jinetes y caballos es un factor importantísimo, que de no existir origina en el jinete un exceso de precauciones incompatibles con el máximo rendimiento y, sobre todo, con el mínimo de faltas.

Tengan esto bien en cuenta los directivos hípicos, pues sin este requisito, aunque no nos gusta presumir de profetas, auguramos poco éxito en la Olimpiada de Berlín.

Todo esto no es más que falta de organización. En el último número de CIUDAD, al ocuparnos de la primera prueba de la selección para Niza, indicábamos el anhelo general de los jinetes por tener un jefe hípico permanente, que por estar en constante contacto con la afición y tener conocimientos y prestigio entre los jinetes fuera su director y el encargado de aunar y encauzar de una manera eficiente la labor individualmente desarrollada con los caballos adquiridos por el Estado para los concursos hípicos internacionales. Este sería un primer paso para remediar muchas de las dificultades que ahora resultan casi insolubles.

Para resolver completamente la cuestión sin aumentar gastos al Estado (antes al contrario, disminuyéndolos, ya que evitaría el deterioro de muchos caballos de precio sin el debido rendimiento), bastaría con que el Estado, al igual que Francia, Italia y otras naciones, creara la situación de oficiales disponibles afectos a concursos hípicos internacionales. Esto no aumentaría los presupuestos, toda vez que hay en Caballería más de 60 jefes y oficiales disponibles forzosos.

Estos jefes y oficiales, cuyo número podían ser 10, más los profesores de la Escuela de Equitación del Ejército, podían estar agregados a la citada Escuela y bajo las órdenes directas del jefe seleccionador a que aspiran nuestros jinetes, con lo que, disponiendo cada uno de dos caballos solamente, tendría siempre el Estado veinte caballos dispuestos para toda clase de concursos y convenientemente acoplados y entrenados.

Estas plazas podían ser adjudicadas mediante concurso y examen práctico, con lo que siempre serían un aliciente y un estímulo para el verdadero aficionado, que vería en ellas la meta a la cual podría tender sus aspiraciones hípicas.

Claro está que esta idea que apuntamos es una de las muchas soluciones que puede darse a este asunto, que, por estar completamente virgen de organización, admite infinidad de so-

## HOMBRES Y GORILAS

El misterio de los "monos superiores", esos seres tan próximos a nosotros y, sin embargo, tan diferentes, ha apasionado siempre la imaginación de los hombres. Las innumerables leyendas que en todos los países evocan dragones, minotauros, habitantes de los bosques y de las cavernas, atestiguan la obsesión de esta monstruosa animalidad en las civilizaciones primitivas.

Como se sabe, nuestros antepasados debieron luchar, en periodos muy remotos de la prehistoria, contra formidables animales hoy desaparecidos, tales como los tigres gigantes de Europa y el mamut. ¿Hubo también entre esas bestias prehistóricas "supergorilas", orangutanes particularmente ingeniosos que habrían librado a los hombres luchas homéricas? Tal es el problema que se plantea hoy a la ciencia.

En estos momentos, precisamente, hay una misión científica francobelga que hace un cruce por el Pacífico. Su finalidad es estrictamente humana: tiene el propósito de explorar, después de la isla de Pascua—la de las gigantes cas estatuas prehistóricas—, las regiones de la Polinesia Oriental, y luego la Malasia, en donde se hicieron en la época cuaternaria enormes migraciones de razas humanas.

No sería nada de extraordinario que se descubriese en los terrenos de Java o Tahití esas grandes osamentas, esos cráneos voluminosos que representarían los últimos restos de los más grandes enemigos de nuestros antepasados.

¿Es posible que de las razas de monos ordinarios haya salido semejante raza gigante, temible y... provisoria? Si, responde una ciencia nueva, la de la herencia, que nos muestra a nuestro alrededor especies vivas variadas que



¿No ha de verse en esta familiaridad el subconsciente afecto de un origen común?

han salido bruscamente de una especie antigua y, muy a menudo, efímera.

### Herencias curiosas

La ciencia de la herencia ha quedado mucho tiempo inexistente. La sabiduría de las naciones afirmaba simplemente: "A tal padre, tal hijo", afirmación que realmente era demasiado corta para explicar la infinita variedad de tipos existentes.

Un monje moravio, Juan Mendel, debía pasar a la inmortalidad por haber descubierto, en 1865, las leyes precisas de la herencia vegetal, estudiando los cruzamientos de los guisantes que efectuaba en el huerto de su monasterio. La importancia de las leyes mendelianas no fué advertida en vida. Fué hacia 1900, que se constituyó esta ciencia capital, pero terriblemente compleja, que Cuénot y Bateson debían extender al reino animal.

Veamos, por ejemplo, estos ratones blancos y estos ratones negros; cruzándolos, obtendremos ratones grises, que presentan la mezcla de los caracteres paternos y mater-

luciones, y cualquiera será buena, siempre que tienda a fomentar y estimular la afición, obteniendo a la par el máximo rendimiento de los caballos que el Estado dedica a mantener el nivel hípico de nuestros oficiales, que han de ser además mantenedores de nuestro prestigio hípico internacional.

nos. Pero si ahora cruzamos dos de esos ratones grises, obtendremos una mezcla de animales grises, blancos y negros.

Se concibe la enorme importancia que puede tener la reaparición de los caracteres ancestrales cuando se la aplica a la raza humana. Por esta ley (que simplificamos al extremo), se explican esos "anormales", esos criminales, o, por el contrario, esos genios, esos artistas que aparecen con largos años de intervalo en las familias y que nos hacen pensar en el milagro...

Agreguemos que ciertos caracteres dominan, es decir, que se imponen con más fuerza cuando uno de los padres los aporta en el momento de la procreación. Así, los negros dominan sobre los ojos azules, los cabellos oscuros a los claros, la gordura a la flacura, el temperamento nervioso al linfático. Ciertamente, las excepciones abundan; pero esas leyes y muchas otras se justifican en gran número de individuos, y esto último es lo que cuenta en la evolución de las razas.

Y ocurre que en esta sucesión de generaciones, tan bien reglamentada, se produce a veces un fenómeno extraordinario. Un ser nuevo, un verdadero monstruo aparece en la descendencia por una "mutación" brusca. Generalmente, esos monstruos viven poco y casi no se reproducen; pero puede suceder que se perpetúen y funden una nueva especie.

De esta manera han nacido el zarcero, el perro pelado, el gato sin cola, las aves de corral negras y sin rabadilla, el mirlo blanco, los ratones enanos, las valsadoras, los angoras, de doble cola, y, entre los hombres, los albinos, los que sufren de daltonismo, los polidáctilos, los hemofílicos, toda una serie de tipos imperfectos de nuestra raza.

Estudiadas en el microscopio las células reproductoras, tanto las animales como las vegetales, han revelado la existencia de partículas muy pequeñas, cromosomas, en donde residen los caracteres hereditarios. Hay 48 cromosomas en el macaco, 60 en el caballo, 24 en el caracol y en el lirio, 16 en el bananero y la paloma. En esos minúsculos gránulos de albúmina es donde reside, materialmente, nuestro destino: que se altere un gránulo, y el niño que nacerá será Pascal, Beethoven... o un loco.

También entre los monos superiores tales "mutaciones" han podido producirse; ciertos biólogos creen haber encontrado razas particularmente aptas a la mutación en un animalito que vive en la Malasia, que se para y posee manos guarnecidas de uñas, inmensos ojos verdes y cerebro muy desarrollado; se le llama "Tartius espectro", y representaría el grado más elevado de nuestros hermanos inferiores.

### En el país de las invenciones perdidas

Las investigaciones actuales no son menos interesantes en lo que concierne a las migraciones humanas que han irradiado sobre la superficie del planeta, y cuyo centro primitivo ocupaba, según parece, esta zona. La ciencia antropológica sigue sin dificultad a esos hombres primitivos en sus viajes, gracias a su don de invención realmente prodigioso.

En la América del Sur, por ejemplo, se vuelve a encontrar un haz de caracteres culturales extremadamente típicos, venido en línea recta del "hogar humano" China-Malasia. Citemos el "boomerang", el arco para piedras, la cerbatana, la porra estrellada o anular, el tolete para los remos, el palo balancín para el transporte de bultos, las bebidas alcohólicas preparadas por la fermentación de granos previamente masticados, etc.

El "tapirage", que consiste en descolorar las plumas de los pájaros vivos, el "boomerang" y la piragua con balancín están todavía localizadas en esa zona del Pacífico Sur y se las encuentra desde California hasta el extremo Sur de Chile. La principal migración se habría hecho por el Antártico, mucho menos riguroso de lo que es hoy.

Por el contrario—y aquí la historia se vuelve apasionante—, se sigue la traza de los hombres primitivos en África, en Arabia, en los desiertos del Sinaí... ¡y hasta en Europa! Se sabe hoy que nuestros primeros antepasados europeos de la edad cuaternaria conocieron una verdadera civilización malaya, con la piragua de balancín, el propulsor, el arco musical y la mutilación de las falanges en señal de duelo.

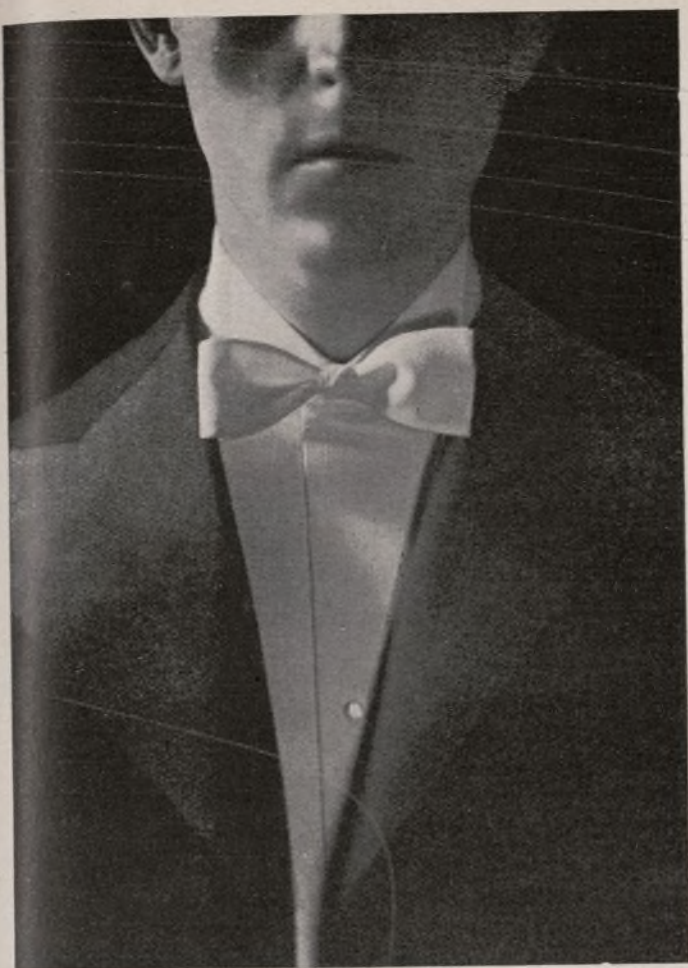
Entre esas invenciones, muchas se han perdido en el curso del tiempo, como la piragua de balancín, que era mucho más estable que los barcos griegos; otras sobreviven, como el "boomerang", que se ha convertido en el temible cuchillo arrojado usado en las Baleares.

No todo es adquisición definitiva en el tesoro de los conocimientos humanos; mucho más preciosas que los barnices de Cremona y que el bronce de Creta, cuya fórmula está hoy olvidada, ¡sabe Dios cuántas invenciones se han perdido desde los tiempos en que nuestros padres combatían con los gorilas gigantes y el "Tartius espectro"! Se podría repetir aquí la frase desalentada de Paul Valéry: "Ahora sabemos, ¡oh civilizaciones!, que sois mortales."

PIERRE DEVAUX.

Ayuntamiento de Madrid





Camisa de noche "Opera", de cuello vuelto y pegado. La pechera, el cuello y los puños son del mismo tejido, liso para el traje y en piqué para el smoking. La corbata es estrecha y del mismo tejido.

Creación de J. C. D'AHETZE

Os he prometido, queridas lectoras, ocuparme de vez en cuando de la cuestión vestimenta, referente a vuestros padres, esposos, hijos y hermanos. Lo hago doblemente gustosa, cuanto que aquí en Francia se hace actualmente una enérgica campaña respecto a indumentaria masculina. Por fin se han dado cuenta del gran perjuicio ocasionado a numerosas industrias por este tonto esnobismo: ir de cualquier manera. Es más que hora de remediar esta crisis de fealdad y de vulgaridad, sobre todo por el lado moral.

"¿Cómo es posible ocuparse de esa futesa que es la moda masculina en los tiempos críticos que vivimos?", dirán algunos. Y, sin embargo, desde que han existido revistas de modas y en las épocas más revueltas de la historia de los pueblos, se siguieron publicando, señalando las hechuras y los tejidos de moda para el "sexo fuerte".

¿Qué hombre, por importante que sea, se ha visto dispensado de anudar su corbata en los momentos más tumultuosos y más difíciles de su existencia? Y si la anuda bien, ¡qué prueba de equilibrio y de confianza! Lo mismo para un pueblo.

Digo esto para contestar a las personas que encuentren el momento inoportuno para hacer resurgir la moda masculina.

No creais que los hombres llevan siempre la misma americana, el mismo cuello, el mismo chaleco, el mismo smoking, etc., y que la elegancia masculina estriba tan sólo en llevar trajes nuevos. ¡Gran error!

El sexo que se diferencia del bello se aprovecha de la poca atención que les prestan las mujeres para hacer pasar desapercibida su propia frivolidad, clamando contra la frivolidad femenina. Se queja de los cambios de moda, que son una ruina para el presupuesto común, pero no por eso deja de buscarlos con la misma ansiedad que lo hace el sexo bello. Se encoge de hombros cuando las mujeres añaden una fila de botones a la que ya adorna sus blusas, pero se cerciora cuidadosamente del número de botones que la moda señala para sus chalecos. Y con todo es lo mismo. No tiene vuelta de hoja: los que son frívolos, lo son tanto como las mujeres frívolas. Pero si entre los hombres, como entre las mujeres, hay algunos dispuestos a conceder demasiada importancia a su arreglo—lo que hace pensar en un espíritu mezquino y una pequeña vanidad—, existen entre los caballeros mucho más que entre las mujeres, muchísimos dispuestos a descuidar su vestimenta; es



contra ellos contra quien dirigimos nuestra "campaña", pues precisamente entre los dos extremos se halla el punto justo que debemos lograr, y hacia él deben tender los esfuerzos de todas las mujeres, madres, hijas, esposas y hermanas. Su ayuda puede sernos valiosísima, porque, en general, esa clase de consejos son escuchados y seguidos por el sexo fuerte. Es absolutamente necesario que sus compañeros armonicen con ellas en su vestimenta, a su propia elegancia.

¿Qué parece una americana al lado de un vestido de noche? Es una discordancia de una chillona vulgaridad. Por lo mismo, una madre, una hermana, harán muy bien en educar a los jóvenes en la costumbre de llevar el frac o el smoking. Las dueñas de casa están, por desgracia, demasiado acostumbradas a que sus invitados masculinos se preocupen poco de su vestimenta o de imponerse la menor

## Modas

### Cortes de París por Madeleine Millet

#### A la señora... para el señor

molestia; tanto más encantadas estarán de este "decorum", que sólo se encuentra en un restringido número de hombres bien educados. La costumbre del frac será, para un joven, algo así como una insignia de buena educación y de modales correctos y elegantes. Si la moda masculina no es tan variable como la moda femenina y dura al menos varios meses sin variación alguna, no por eso deja de sufrir algunas modificaciones de un año para otro. No valdrá la pena conservar un frac que no se podrá llevar más, si se obstina en hacerle durar varios años, exhibiéndole tan sólo tres o cuatro veces al año. Y no olvidemos que, a falta del frac, se puede llevar el smoking en un sitio público. Se cambia de espíritu al cambiar de traje, y creo que todos ganarían si muchos hombres comprendiesen que una gran parte de su papel en sociedad consiste en mostrarse tan elegantes como nosotras mismas en las diversas circunstancias de la vida. Y, además, el vestirse para la noche,



Ayuntamiento de Madrid



Ultimos modelos para gala masculina  
Creación de Debacq y Cía., de París

dará el gusto para vestirse decorosamente de día. Cuidarse de su vestimenta, ¿no es una de las tradiciones más lejanas de los que se han elevado por encima de la vulgaridad? Muchas otras personas más que yo lo han dicho, es respetar la mujer que se acompaña, hacer honor a las gentes que se frecuenta.

Como acabo de decir, la moda masculina también tiene sus variaciones. Si para los profanos apenas se nota, no es lo mismo para los ojos de los hombres que saben vestir bien.

Voy a entrar en materia e indicar los principales rasgos de la moda masculina actual sin lanzarme a descripciones aburridas, tanto más que se ha probado recientemente que no se podía uniformizar en este terreno.

Vestir a un hombre es algo que precisa ser tratado con todos los recursos de un arte personal. Es una cuestión de vista, de línea y de conjunto por parte del sastre. Pero si se trata de detalles que hacen el traje viejo y obligan a ser reemplazado, es preciso prescindir del gusto personal y todos deben seguir los decretos de la moda.

He aquí algunas orientaciones: el pantalón se lleva algo más estrecho que la temporada pasada; la americana, un poco más corta; los hombros, rellenos, pero sin exageración.

La americana recta, con tres botones, es la más elegante para la ciudad. La cruzada, más entallada, con solapas más anchas, es más fantasía.

Para el "auto": Trajes de telas fuertes y abrigos gruesos de tejidos cálidos. Americana con bolsillos sobrepuestos y bocamangas vueltas. El abrigo debe ser bien amplio, con un gran cuello transformable y cierres en las bocamangas.

El abrigo del hombre de negocios debe unir a la corrección del abrigo de calle lo confortable y la flexibilidad de los tejidos de "sport".

Para acabar y para que esos señores no me odien demasiado por todos los consejos razonables que por vuestra mediación, queridas lectoras, me he permitido darles, os suplico contarles, de parte mía, la pequeña leyenda siguiente que he oído a mi compañero Marcel Lus:

En el año 1896, el rey Eduardo VII, a causa de un accidente, se hizo un roto en su pantalón, viéndose obligado a procurarse uno confeccionado que, por haber estado mucho tiempo doblado en los estantes del sastre, tenía un pliegue en el centro de cada pierna. Pliegue que, si no había sido hecho intencionadamente, lo parecía, llevado por su regio modelo, siempre elegante. La moda se extendió rápidamente. ¡Y todavía dura!





Prescot recordó el rostro bello de la hetaira, su andar de gato montés, sus senos celados por la seda, sus ojos, que sólo eran puros vistos desde fuera.

## PRESCOT Y LA SOMBRA DE PRESCOT

Por LUIS CARO

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Prescot cogió el sombrero y salió, dando un portazo. La puerta, extraño barómetro de disgustos, exhaló un gemido a través de sus goznes, como si se hubieran quebrado sus articulaciones.

La ira de Prescott, al encontrarse al aire libre, perdió su color rojo subido y se expandió como los gases. Un sol de día 31 de mes, día prodigioso en que llegaban giros de fincas lejanas, inundó su cuerpo, abrazándose a él como una mujer amante, con esa untuosidad de sol que se toma a gusto y que difiere tanto del sol de los parados.

Su pensamiento, atornillado a una única obsesión, dió fuerza motriz a sus pasos. Se sentía llevado, y era maravilloso cómo sus pies sorteaban los accidentes del camino sin tropezar, sin hacer trastabillar todo el andamiaje de su cuerpo, alto y delgado, enfundado en aquel abrigo deliciosamente exótico.

No observó lo límpida que era la mañana. Tan distraído estaba, que ni se dió cuenta que la sombra le había esperado junto a la puerta, como un perro fiel, y que ahora le seguía los pasos, dando saltos de un lado al otro, salvando los obstáculos, eludiendo el tropezar con otras sombras.

Al doblar una esquina, la descubrió enredada entre sus pies, como los perros que se detienen en las esquinas y se quedan plantados sobre un interrogante. Prescott abrió el paréntesis de un intervalo en la madeja de sus pensamientos para dirigir una mirada oblicua a su acompañante.

No sabía si tenía o no cariño por ella. La recordaba desde tiempos remotos, pegada a él, como un traje de luto, tan deforme, y, sin embargo, tan propia, tan de Prescott. En un retazo de sus recuerdos la veía traicionera y mala. Fué un día en que hizo novillos. Al alejarse de la escuela había tenido que esconderse detrás de un árbol corpulento para no tropezar con el señor direc-

tor. Pero su sombra, maliciosa y negra, se plantó delante del mismísimo señor director, como diciendo:

—Señor: ahí está Prescott.

Se había acostumbrado a ella, como se había acostumbrado a sus gafas de carey y a vivir sin hacer nada, llenando sus horas huecas con humo rubio, gasolina y tóxicos enervantes.

La estuvo contemplando un rato, hasta que una capa de nubes se echó sobre el sol y le arrebató la sombra.

Su pensamiento, como un resorte, saltó hacia atrás, hacia la región donde se guardan, como en un cofre con crestas de nácar, los recuerdos queridos. Este recuerdo era de hacía apenas cinco minutos. La carta malva y malvada, con el sello de un perfume caro, había temblado en sus manos, vislumbrando en el interior el espantoso voltaje eléctrico de una negativa.

Prescot recordó el rostro bello de la hetaira, su andar de gato montés, sus senos celados por la seda, sus ojos, que sólo eran puros vistos desde fuera. Y se sintió de nuevo sacudido por la ira. ¡Despreciarle a él, a un Prescott!...

Ya en la calle, la ira dejaba paso a una desesperación lenta, de quien, queriendo dejar la vida antes de sufrir, sabe que va a vivir mucho más que los demás mortales. Las lágrimas se quedaron en la antesala de sus ojos, como sucedió a los hombres (lo que hace que las mujeres les crean de piedra); el pecho se le infló como un fuelle, dejando escapar suspiros como burbujas.

—Esto es intolerable—se dijo—. Esto no le debe suceder a un Prescott. Y, además, no podré vivir sin ella. Es preferible morir.

Y tembló al ver que era su subconsciente el que quería verle morir.

El sol, al asomar por entre el crespón de las nubes, devolvió las sombras. Prescott vió la suya, saltarina y alegre, tan acomodaticia, que se amoldaba al contorno de

las cosas, y con un espíritu tan puro, que cruzaba los charcos del arroyo sin mancharse. Durante algunos segundos la envolvió en una mirada cariñosa y paternal, viéndose machihembrado a ella, como dos elementos de diferente signo. Unicamente la vergonzosa y accidental huida del sol escamoteaba esta identidad de positivo con negativo. Ella le acompañaba en este trance desesperado, cuando la voluntad, perforada por el barreno angustioso de una soledad gris, se desmoronaba hecha mil pedazos.

En esto, Prescott empezó a temer a su subconsciente. Se sentía arrastrado por él. Y se preguntó:

—Esta sombra... ¿no será la de mi subconsciente y no la mía?

Era como él, pero más negra que él. Justamente como su subconsciente. Le acompañaba en su complejo de soledad como una hiena traicionera, queriendo matarle.

La desesperación de Prescott le hizo llorar. Lloraba para adentro, con un rostro como el de esas máscaras orientales, heladas y espantosas, que no traducen la expresión dolorosa de los actores. Se olvidó del sol, de los hombres, del mundo. Incluso podría haberse olvidado de su sombra, dejándola enganchada en cualquier parte. Pero ella le seguía dócil y femenina, aunque Prescott la miraba ahora con furia, suponiéndola criminal y rastrera, pronta a clavarle su estilete en el quicio de una puerta, donde la sombra impidiera ver que había sido su sombra.

Prescot se maravilló de que todas aquellas gentes insulsas que pasaban a su lado no acudieran a él con un gesto cumpungido estereotipado en el rostro, lamentando muy de veras su percance sentimental, esa "débacle" estrepitosa en su carrera de conquistador de mujeres de "cabaret". En años de niño, la sangre de un dedo había reunido alrededor de su persona a parientes y lacayos, y una infección había levantado, a las cuatro de la mañana, a un eminente médico que publicaba libros y se sentaba en mullido sillón académico. Hoy, siendo más Prescott que nunca, bien logrado en tres dimensiones, se quedaba solo y solitario.

Quiso escapar un poco de su tragedia, volver a la realidad. Sus pasos le llevaban hacia ninguna parte, que es el lugar más lejano del mundo.

La ciudad era la misma, con un polvo de oro en el ambiente.

Prescot comparó su tragedia con la que debían tener aquellos hombres que le rodeaban. Y se compadeció a sí mismo. En una calle cortada por el cuchillo de una corriente de aire vió, entre trozos de tela y periódicos, un hombre partido por la mitad, dividido por dos, fuera de toda concepción matemática, emergiendo de una giba de dromedario.

Y se dijo:

—He aquí un hombre feliz. Nada le inquieta, porque está medio muerto. La mitad de su cuerpo falleció Dios sabe cuándo. Yo quisiera, también, poder dejar los ojos fuera el día de mi muerte para saber lo que pasará, para llorarme a mí mismo.

Una familia de menesterosos, bloqueados por el hambre—ese cáncer de nuestro mundo—le dejó igualmente impávido.

Pensó:

—Felices vosotros, a quienes un pedazo de pan lleva el bienestar. Mi tragedia es peor que la vuestra. A vosotros un pedazo de pan os hace rechazar la idea de la muerte.



Sobre la carretera esmaltada, el cuerpo yerto de Prescott ha caído encima de la sombra de Prescott, aplastándola.





"El médico de su honra". M. Vital (Don Pedro) y María Elena Dasté (Doña Leonor).  
Apunte de Segura.

DESDE PARÍS

## CALDERÓN EN FRANCES

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

En una escena minúscula, sobre la cual apenas si media docena de personas lograría echar al suelo su sombra sin que tocara la sombra de los otros, Calderón de la Barca acaba de ser presentado al público de París. El "Atelier", en efecto, es un teatro edición de bolsillo, incómodo, viejo, bueno para representar en él obras francesas de las llamadas "de teatro psicológico", carentes de movimiento exterior y ricas de diálogos profundos.

El gran Charles Dullin es el calderoniano parisiense. Dullin, que el año pasado introdujo varios autores ingleses del ciclo elizabetiano, entre ellos el patético y sensacional y estupefaciente Ford, genio casi español por su pasión, por su ilusión poderosa, por su movimiento de galopada, pasa de Ford a Calderón como si revisara dos vasos comunicantes (la España y la Inglaterra del siglo XVI y del siglo XVII tenían muchos puntos de contacto) y sin que el público de París sienta un solo instante la parabólica transición).

"El Médico de su honra" fué traducido, especialmente para el "Atelier", por Alexandre Arnoux, hábil y, sobre todo, enamorado conocedor del genio dramático español. Arnoux y todos los traductores del español conocen lo que el teatro francés debe al castellano. Todos los críticos de responsabilidad de París declaran la influencia—para no decir en ciertos casos "la copia"—del genio ibérico sobre el genio francés, y no olvidan en el tintero ni a Corneille, ni a Le Sage, ni a los románticos, ni a Molière, ni a los otros. Hace muchos años vi representar en esta misma homeopática sala del "Atelier" la obra calderoniana más accesible al París de nuestra época, "La vida es sueño", y tanto en aquella ocasión como en la presente, la Prensa puso a España en su real sitio espiritual.

Dullin trabaja en la representación, lo que es el mejor homenaje que el gran animador del teatro francés contemporáneo puede rendir a Calderón. Los decorados magníficos de Barsacq completaban la modernización del poeta madrileño. Quiero insistir en el vocablo "modernización", a causa del traductor M. Arnoux, quien algunas veces se alejó—movimiento intelectual—del original, a mi modo de ver con mucha justicia, para realizar obra adaptativa. Así y todo el Calderón todopoderoso y titánico seguía siendo Calderón, llenaba el teatrillo como si lo fuera a reventar, y asustó a París.

Y sintió su subconsciente espiándole sus flaquezas, afilando los dientes en la perspectiva de su rendición.

Siguió pensando en aquella mujer de "cabaret", una flor de ambiente que, como las luciérnagas, sólo se comprendía como un trozo de la misma noche.

Sus pasos le habían transportado a un parque suburbano, con estatuas antiguas a las que la lepra del tiempo había comido las narices. Pero allí sufría más aún, porque la naturaleza se ofrecía bella e insinuante, y porque en aquella atmósfera era imposible pensar en el "cabaret", y su flor exótica, de carmines y ocre, esa flor que se le había cerrado como una sensitiva.

Prescot se encontró fuera del bosque, donde la ciudad, en un último gesto de abandono, se entrega al bosque. Vió pájaros que trinaban para él sin saber que él iba a pasar por allí. Les tiró una piedra. Se reconocía neurasténico perdido.

Sin edificios disparados hacia las alturas, pudo ver

Lo asustó porque Calderón tradujo, tanto como Tirso y como Lope, la España irascible, dramática, gigantílica y fanática de su época. Los amores de D. Gutierre, de doña Mencía, del infante D. Enrique, de doña Leonor, son demasiado violentos, demasiado patéticos para la mentalidad de París, sobre todo para la sensibilidad de un París que adora a sus autores nuevos, su Giraudoux, su Dujardin, su Crommenlynk, su Duvernois, autores que deliberadamente han prescindido de todo movimiento accesorio para presentar mejor la substancia, que han extirpado sin piedad todo detalle innecesario para atacarse a la síntesis.

A propósito del médico de su honra sevillano se ha citado al Otelio de Venecia, declarando que esos celos furibundos, que esas pasiones desaforadas y esos finales de drama en que muere hasta el apuntador bajo el sortilegio fatal de la capa y la espada, pertenecen a la arqueología del sentimiento del hombre. Y es que un francés y una francesa modernos son incapaces de ir tan lejos en la ruta del sentimiento como los personajes españoles del siglo XVI. Yo, mientras constataba el horror que despertaba en los nervios de los espectadores el remedio español contra la honra (¡la sangría!), me divertía pensando en lo insignificante, en lo inofensivo, en lo juicioso y en lo cómico que hubiera resultado una obra francesa moderna si hubiese sido presentada a los espectadores españoles del siglo XVI, en pleno ciclo de conquistas y de euforia, de demencia de la espada y de drama místico.

La idea granítica que los españoles calderonianos se hacían del honor jamás será comprendida ni perdonada por los parisienses, acomodaticios y filósofos, epicureístas y amigos de las soluciones fáciles. El francés fué siempre así. Lo vemos en todas las clases sociales, del monarca cornudo al simple burgués que provoca "esa" situación, a fin de que la tranquilidad reine en su casa. Se dice que pocos reyes han encarnado mejor la psicología francesa que Enrique IV. Este soberano llegó un día, de improviso, a casa de Gabrielle d'Estrées. Notó que la real amante se turbaba. *Comprendió*. Se hizo servir una colación, prodigando a la inquieta Gabrielle cumplidos más cumplidos, entre risas y decires. Y al final, mientras la pobre culpable se desmayaba entre los brazos de una camarera, el rey, usando plenamente de su psicología de francés 100 por 100, tomó un pote de confitura y lo hizo rodar en dirección de la cama, cuyos cobertores dejaban asomar las espaldas de Bellegarde, su rival feliz, mientras exclamaba, riendo a carcajadas:

—Es justo que todo el mundo coma...

¿Qué personaje calderoniano haría otro tanto? ¿Qué noble castellano daría esa solución fácil, sonriente y filosófica a una situación tan delicada? Y conste que el episodio es estrictamente histórico, y que Enrique IV adoraba a Gabrielle d'Estrées, hasta el punto de que, si no se casó con ella, fué porque la muerte se la arrebató cuando hasta el traje de bodas estaba listo. El "honor" es: para un español, la tragedia; para un francés, la comedia. Imposible conciliar esos dos extremos que obedecen tanto a principios fundamentales del pensamiento como a raíces profundas de la raza. El carácter francés siempre será para un español "demasiado acomodaticio". El carácter español siempre será para un francés "insoportablemente exagerado". El Pirineo es un espinazo de hierro.

Si los celos truculentos de Don Gutierre no serán comprendidos nunca en Francia, sí es comprendido el alcance genial de Calderón. Lo fué en todas las épocas. Los clásicos y los románticos franceses se inspiraron en él más que en Tirso y en Lope. Hacia fines del siglo pasado, Verlaine dedicaba uno de sus "Sonnets Malsonnats" al autor de "El Mágico Prodigioso":

*Ce poète terrible et divinement doux,  
Plus large que Corneille et plus haut que Shakespeare,  
Grand comme Eschyle, avec ce souffle qui l'inspire,  
Ce Calderón mstique et mythique est à nous.*

las nubes persiguiéndose en el añil del cielo, y en el silencio del campo, oír en los postes rígidos el caracol de mensajes recorriendo veloces la medula de los hilos del telégrafo.

La contemplación de la naturaleza le trajo algo de tranquilidad. Ahora no quería morir. Pero la sombra estaba allí para recordarle su tragedia; pronto volvió a sentir deseos de llorar, de volcarse fuera de sí mismo, anegado en sus propias secreciones. Se sintió vencido por su subconsciente. Adivinó que sus pasos no le habían obedecido a él, sino a su subconsciente, y que en aquel alejarse de la ciudad estaba la despedida del mundo, el adiós a la vida sin romanzas ni lirismos.

Volvió a pensar en aquella hetaira de "cabaret". Ella no conocería este ambiente, tan poco de invierno, donde el "rimmel" y el "rouge" no rimaban con los colores auténticos de la naturaleza. Hubiera deseado verla, sin embargo. Ceñida en su abrigo, que

Y la crítica actual, siguiendo la tradición de los clásicos, de los románticos y de los simbolistas del siglo pasado, reconoce que hay distancias étnicas imposibles de conciliar entre los dos pueblos, que hay en Calderón muchas veces un zurcidor inhábil de escenas, que otras demuestra un talento abrupto, que más tarde aparece ingenuo, etcétera, pero al mismo tiempo constata, y hasta encuentra una especie de delectación al establecerlo de manera definitiva, que Calderón fué uno de los dramaturgos más completos y profundos que ha dado la humanidad, y que su genio desmesurado bastaría, si todos los otros genios españoles desaparecieran, para dar gloria eterna a la tierra que lo infató y salvar del olvido la civilización que lo amamantó, cuando esa civilización ruede por los despeñaderos de la decadencia.

Hay que darle las gracias al gran Charles Dullin, que así hace alternar, en la Prensa francesa, con las revoluciones y los desastres económicos, la pura y clara gloria de Castilla.

Nuestros clásicos vistos fuera de casa

## "El médico de su honra", en el "Atelier" de París

Tres actos de Calderón adaptados al francés por Alejandro Amoux

¡Hombre! ¡Si se trata de un drama tremendo de celos! Doña Mencía es una mujercita que se aburre. Uno no comprende por qué se casó con don Gutierre, a quien ya no teme ni quiere. Gracias a Dios, un accidente de caballo de que ha sido víctima el infante Enrique pondrá un poco de orden en todo ello. En otro tiempo, Enrique había perseguido en vano a la dama con su asiduidad. Ella lo había rechazado con fiera. Ahora se advierte que hoy lo lamenta amargamente. Por eso, ¡qué emoción gozosa cuando le traen a su Infante palpitante y herido a su casa! ¡Ay! Doña Mencía es una mujer honrada, que cuida, ante todo, su reputación. Y deja partir al hermoso Príncipe sin darle «tanto así» de esperanza. Entiéndese que permanece fiel a su marido. Pero ocurre que don Gutierre no es un hombre serio: en un tiempo había prometido casamiento a una joven sevillana, Leonor, y no ha cumplido su promesa. La dama acude en queja al Rey. Ella pretende una pensión alimenticia: su vida, asegurada en un convento por los cuidados del infiel. Una querrela con el gentilhomme termina con la detención de don Gutierre y de su adversaria, a quienes se encierra en la torre. Hay quien está contento: el Infante. Apenas llega la noche, corre a casa de doña Mencía, quien continúa suspirando al ritmo de los surtidores del jardín y confiando su pena a todas las doncellas reunidas. Ella rechaza blandamente al infante Enrique, pues, lo repite, cuida mucho su reputación y tiene, sobre todo, mucho miedo a su marido. Y tiene razón. Porque don Gutierre ha conseguido sobornar al director de la prisión para poder pasar una noche junto a su esposa. Y poco faltó, pero muy poquitito, para que no sorprendiese al Príncipe en la habitación de la bella. Don Gutierre tiene algo de taimado y de celoso. Sospecha lo que se trama en la sombra. Y, no obstante, Dios y los espectadores son testigos de que allí no ocurrió nada. Pero ya el gusano comenzó a roer. La cólera de Gutierre no conocerá límite cuando, escondido detrás de un pilar, escuchará la confesión que Enrique hace al Rey, su hermano, del amor que siente por Mencía. El Rey ordena a su hermano abandonar Sevilla. Pero la hermosa Mencía le escribe que no obedezca. Gutierre intercepta la carta. La pobre Mencía está perdida. Su marido clama venganza. Ordena a un cirujano que haga una sangría a Mencía. Se creará en una muerte accidental... Así terminó Mencía, la inocente Mencía. El Rey, que no es engañado con esta abominable maquinación, no está contento. Quiere castigar a Gutierre, y le conmina, como expiación de su horrendo crimen, a casarse con Leonor, la abandonada, la cual está muy contenta con este feliz desenlace. Se advierte fácilmente que no sabe lo que le espera.

La señorita Raquel Berendt es Mencía. Cuando era pequeña debieron decirle en su casa que se parecía a Sara Bernhardt. Y lo creyó. Dullin es Gutierre. Hace su difícil papel con su dominio habitual. El señor Sokoloff hizo de bufón español, pero es eslavo de la cabeza a los pies. María Elena Dasté, Leonor, es una hermosa comedianta. Una vez más, el "Atelier" ha hecho prodigios con la *mise-en-scène*, y el señor Barsacq, trajes y decorados que no puede menos de aplaudirse.

(VU, París)

tan bien le sentaba. Haciendo de ella una gran dama. Hubiera deseado gozarla con la mirada bajo aquella bóveda que le era tan propia. Pero para ello era necesario que no existiese aquella carta malvada. Ni su subconsciente. Ni la sombra. (La sombra, dócil, era una sombra chinesca sin pantalla donde proyectarse.)

Una carretera se abrió a los pies de Prescott.

Prescot marchaba automáticamente con su misteriosa escolta.

Ha sido tan súbito, que hiela la sangre. La bala de plata ha pasado a cerca de 100 kilómetros por hora, con un polisón de humo blanco. Ha desaparecido a la misma velocidad y con el mismo impertinente olor a gasolina. El impacto casi ni se ha notado. Sobre la carretera, esmaltada, el cuerpo yerto de Prescott ha caído encima de la sombra de Prescott, aplastándola.

El cielo se ha puesto de luto y se sienten los alfilerazos de un frío sin sol.

Ayuntamiento de Madrid





# LA CAJA DE SORPRESAS



## Fritz Kreisler, músico clásico

El célebre violinista Fritz Kreisler acaba de revelar que él es el verdadero autor de tantas obras por él publicadas desde treinta años a esta parte, como arreglos y transcripciones de las obras de diversos compositores clásicos. Esta confesión ha sido hecha por Kreisler en respuesta a un musicógrafo que había querido saber cuáles son las modificaciones introducidas por el virtuoso en el preludio y el "allegro" para instrumentos de cuerda de Pugnani. Las composiciones de Kreisler están, en efecto, divididas en dos categorías: "manuscritos clásicos" y "obras originales". En el primer grupo se encuentran catorce composiciones atribuidas a Vivaldi, Porpora, Stamitz, Couperin, Cartier, Pugnani, Oittessdorff, Francouer y el Padre Martini. Fritz Kreisler ha declarado al *New York Times*:

"Todos los pretendidos manuscritos clásicos son enteramente míos, hasta en sus menores detalles, a excepción de los ocho primeros compases de la "Canción de Luis XIII", de Couperin, que los he tomado de una antigua melodía. La necesidad de ampliar mis programas me llevó a emplear este procedimiento hace treinta años. Había pensado, en efecto, que hubiera sido una falta de tacto mencionar demasiado a menudo mi nombre en los programas."

El editor y los amigos de Kreisler recuerdan que hace treinta años, el músico era ya conocido por el público desde hacía un lustro, pero que no era aún suficientemente célebre para que sus colegas, los virtuosos, hubiesen querido ejecutar las obras de su rival.

La confesión de Fritz Kreisler no perjudicará, sin duda, la admiración que la crítica musical profesa a esas composiciones "clásicas".

*Times*, Londres.

## El carnaval en Montevideo

Montevideo está a un paso de Buenos Aires. Pero lo que en la capital argentina es seriedad, casi osquedad, que nace de un exagerado temor al ridículo, es en Montevideo jolgorio, bulliciosa alegría, ansia de diversión y anhelo grande, casi infantil, de que no pase el Carnaval sin dejar en el ánimo un recuerdo grato. Todas las clases sociales parecen confundidas en este anhelo. Y lo más interesante del caso es, que en el carnaval montevideano no se registra el fenómeno de inferiorización de la masa, como ocurre en toda muchedumbre, fenómeno que tan bien analizara en su ya clásico libro Gustavo Lebón. Por el contrario, los estratos más inferiores de la sociedad realizan un simpático esfuerzo de superación para que su presencia en las mascaradas callejeras no le reste elegancia ni espiritualidad a la carnavalada. Este hecho es aislado aún dentro del Uruguay, porque en todas las demás poblaciones se observa, que tanto las máscaras como los que juegan con serpentinas o flores buscan siempre a los de su condición para la broma o el juego.

Es así cómo el Carnaval de Montevideo tiene un prestigio que se extiende en toda la cuenca del río de la Plata. Cualquiera señora puede recorrer todo el trayecto del "corso", a lo largo de la Avenida Dieciocho de Julio, en la seguridad de que no será objeto de ninguna grosería ni de ninguna broma de pésimo gusto.

Característica principal del Carnaval de la capital uruguaya es su cantonalismo. La población revela entonces su sentido y su orgullo de barrio. Allí donde haya una calle que se ensanche, una calleja sin salida o una plazoleta, los vecinos de la barriada levantan un tablado, humorísticamente adornado, que recuerda las famosas fallas valencianas. Sobre ese tablado desfilan durante todos los días del Carnaval las comparsas, las murgas y las máscaras sueltas. Un jurado, compuesto por los más notables vecinos del barrio, se encarga de distribuir los premios, donados por el vecindario. Mecenas de esta fiesta cantonal es el tendero más próximo al tablado, quien, desde luego, hace su agosto, vendiendo a los espectadores las bebidas del tiempo. ¡Y vaya si se hace consumo! Porque el calor suele ser abrasador por esos días, y las gargantas son insaciables cuando se trata de beber cerveza o "chinchibirra", una especie de gaseosa agri dulce.

Pero lo que en la falla de Valencia y Castellón no es más que el final de la estrepitosa traca, el humorístico monumento que, apenas se lo ha contemplado, desaparece entre las llamas y el fragor, el tablado montevideano perdura, subsiste tercamente hasta un mes des-

pues de pasada la algarada, como si la gente no se resignara a perder la posibilidad de la alegría que proporcionan esos días de locura. Y nada hay más triste que un tablado al sol ardoroso, cuando ya pasó el Carnaval y los vivos colores de las figuras se van destiñendo y toman los tonos desvaídos de las cosas definitivamente muertas... Por eso el valenciano, temperamento meridional si los hay, quema sin pena, exaltado, la falla, porque sabe que detrás de ella en ningún caso podrá haber nada más que humo, cenizas...

Pero hay en el Carnaval de Montevideo algo que no puede silenciarse: las comparsas de negros. Diez o doce muchachos que, si no son negros, están disfrazados de tales, recorren infatigablemente las calles de la ciudad y, al son de tambores que tocan con las manos, salen a bailar danzas etíopes, que han sufrido la natural transformación de varios siglos de aclimatación a orillas del río de la Plata. Ninguna melodía. Nada más que los golpes monorrítmicos del atambor. Y al compás de él, el negro se contorsiona epilépticamente. Hay en la extraña danza—como en toda danza—algo sexual y mucho de ritual. No se requiere de gran espacio para el baile, que se hace a fuerza de riñones. En cierto momento se diría que el bailarín trata de esquivar el látigo del capataz, que durante siglos—recuerdo de las épocas en que los ingleses negreros dejaron en las tierras vírgenes de América su dolorosa carga de carne esclava—caía sobre sus piernas—la par-

## TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

### CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

te más sensible del negro—para moverlo a un trabajo más productivo. Ese movimiento esquivo lo ha transformado el negro en un paso de danza inimitable y bárbaro. Y así, contorsionándose hasta lo increíble, la comparsa de negros candomberos recorren infatigablemente las calles de Montevideo.

Son las tres de la mañana y todavía, desde el balcón del hotel, abierto a la noche calurosa, el viajero, rendido por el vagabundeo del día, oye los atambores de los candomberos.

E. P. M.

## Los monstruos de las Islas Galápagos

Las Islas Galápagos, de las que tanto se habla en estos momentos, con motivo de la estancia que en ellas hizo la baronesa Wágnier, "Emperatriz de los Galápagos", poseen una especie de grandes lagartos, llamados iguanas, que se parecen mucho a los dragones de las leyendas.

El Dr. Paul Bartch, del Museo Nacional de los Estados Unidos, acaba de descubrir que la iguana tiene un don ex-

traordinario: puede morir cuando lo quiere. En efecto, varias iguanas capturadas por el Dr. Bartch murieron de repente, sin que se pudiera encontrar la menor razón, la menor causa. Otra de las iguanas cazadas por el doctor Bartch se debatía furiosamente; luego, de pronto, sintiéndose impotente, fué sacudida por un temblor y cayó muerta. Se creyó que era una treta. Pero, la iguana estaba bien muerta.

¿Cómo era posible? Nada sabemos. ¿Acaso esos animales de aspecto prehistórico mueren de miedo? ¿O tienen alguna glándula secreta que destila veneno?

Sea como quiera, las iguanas mueren a voluntad, y no viven de la misma manera que nuestros animales, puesto que varios lagartos gigantes capturados por el Dr. Beebe en las Islas Galápagos rechazaron todo alimento durante cien días y llegaron, no obstante, a Nueva York más fuertes que nunca.

Las iguanas, por otra parte, no son malas, y trataban de jugar con los hombres encargados de su custodia.

*American Weekly*, Detroit.

## Bernard Shaw y el horno crematorio

Bernard Shaw se ha decidido a comprar acciones del nuevo horno crematorio que se está edificando actualmente en Charing (Kent). Este horno ha de ser el primero en esta región de Inglaterra. La Sociedad que lo construye ha lanzado 20.000 acciones de una libra esterlina, que fueron cubiertas en una semana. G. B. S. había pedido 2.500 acciones.

("Evening Standard", Londres.)

## ¡Cardíacos, desconfiad del esquí!

Habiéndose producido en las montañas situadas en los alrededores de Budapest varios accidentes, cuyas víctimas eran fervientes del esquí, el Consejo sanitario de la municipalidad de esa ciudad, después de haber comprobado que en cada uno de los casos se trataba de cardíacos, decidió someter en adelante a los jóvenes "sportsmen" a una vigilancia médica. Con respecto a esto, el profesor Hazenfeld, uno de los más grandes especialistas europeos de las enfermedades del corazón, ha tenido la amabilidad de hacernos las siguientes declaraciones:

"No puedo menos de aplaudir la decisión del Consejo. En efecto: las víctimas de los accidentes de esta naturaleza son casi sin excepción cardíacos que no lo sabían.

"Desde el punto de vista de su acción sobre el corazón, los deportes podrían clasificarse, en orden de peligrosidad, en esta forma: esquí, bicicleta, waterpolo, remo, natación, carreras de fondo, lucha, atletismo, "box", tenis, fútbol y, por fin, la esgrima. Esta clasificación ha de asombrar seguramente a más de uno; pero es un hecho averiguado que el "box" y la esgrima exigen relativamente muy poco al corazón. Por otra parte, mi intención no es exagerar los efectos nefastos del ejercicio de los deportes en la salud: lo que deseo es incitar a la prudencia a los deportistas de corazón débil. La experiencia demuestra además que el corazón de los campeones y de los "recordmen" de músculos fuertemente desarrollados tiene pulsaciones más lentas que el corazón normal. Citemos aquí el caso de Nürmi, cuyo corazón sólo late a una cadencia de 44 pulsaciones por minuto. Durante el desarrollo de un reciente campeonato de lucha internacional, en el cual hube de intervenir como examinador de los participantes, comprobé que la mayor parte presentaba latidos de corazón lentos, de un promedio de 60 pulsaciones."

("Esti Kurir", Budapest.)

A nuestros colaboradores  
espontáneos

Nuevamente prevenimos a quienes nos distinguen enviándonos espontáneamente su colaboración, QUE NO SOSTENEMOS CORRESPONDENCIA SOBRE ELLOS NI NOS COMPROMETEMOS A DEVOLVER LOS ORIGINALES.

## FEDERO

SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884







la soprano que ha debutado en París, en el concierto de la Orquesta Nacional, dirigida por Arbós, y ha dado luego un recital de música española, que ha merecido el elogio de la crítica parisiense. La joven cantante, cuya reciente actuación en el Monumental Cinema fué entusiastamente aplaudida, reaparecerá el 11 del corriente en la Comedia.

## La argucia de Jarvis

Por GOODFREY WILLIAMSON

Jarvis, empleado confidencial de Raymond Gurney, el rico comerciante de diamantes londinenses, sintió que su pulso se apresuraba mientras leía el telegrama que acababan de entregarle en su oficina. Llevaba la firma de su jefe y había sido despachado en un pequeño pueblo de Sussex. El mensaje decía así:

«Retrasado en el camino. Sospecho alguna pillería. Deposite en el Banco todo el contenido de la caja fuerte.»

Aunque su edad avanzada no le permitía la agilidad física, Jarvis estaba mentalmente alerta, y el primer pensamiento que atravesó su mente fué que el telegrama podía muy bien haber sido fraguado por existir algún astuto criminal familiarizado con los movimientos de Gurney.

El comerciante de piedras preciosas le había escrito el día anterior comunicándole que llegaría en automóvil a la tarde siguiente desde su residencia campestre de la costa del sur; de manera que el viejo empleado se dió cuenta que no podía permitirse el lujo de desconfiar del telegrama. Fuera o no auténtico, lo mejor era obedecer inmediatamente para estar a salvo de toda sospecha.

Su primera precaución fué cerrar con llave la puerta de la oficina. Después tomó una pequeña valijita de un rincón y la colocó sobre el escritorio. Una vez realizados estos preparativos, abrió la caja de hierro, dentro de la cual había una gran cantidad de artículos de joyería, collares, brazaletes, anillos, pendientes y alfileres, que trasladó rápidamente a la valija.

Sin pérdida de tiempo, quitó uno de los paneles del revestimiento de madera de las paredes, apareciendo la puerta de una caja fuerte; igual que con la primera, extrajo de allí un cierto número de pequeñas bolsas de terciopelo, que contenían las piedras sin tallar. Rellenando los espacios de la valijita que aún quedaban vacíos con papel y algodón, le echó las dos llaves y se colocó ambas en el bolsillo del chaleco.

Fuó mientras se estaba abotonando el impermeable, antes de partir, cuando experimentó, de súbito, la sensación instintiva de que era observado. Levantó rápidamente la vista hacia la ventana, protegida por una gruesa reja, justamente a tiempo para distinguir una furtiva figura que se retiraba de improviso de la ventana opuesta de una oficina situada enfrente de la suya.

Una vez en la calle, se sintió un poco más a sus anchas. Dos minutos más tarde, un taxi le transportaba rápidamente a West End.

Ya no le cabía ninguna duda de que el telegrama era una trampa; pero, en realidad, no lograba entender las intenciones de aquellos contra los cuales debía proteger las joyas, aunque no dejó de darse cuenta de que él era uno solo contra muchos bandidos. Alguien había despachado el telegrama desde el pueblo de Sussex; otro le había observado atentamente mientras hacía sus preparativos en la oficina.

El astuto y anciano empleado sabía muy bien que el Banco de Gurney estaba a sólo un tiro de piedra de su oficina; pero era su intención despistar a los posibles perseguidores, de manera que ordenó al chofer que se dirigiera al West End. Sin embargo, en la excitación de la aventura, su ágil cerebro había pasado por alto un valioso factor: el tiempo. Después de dar varias vueltas y revueltas, el taxi se detuvo frente al Banco a las cinco y media. El edificio estaba cerrado y completamente silencioso. Dándose vuelta, notó la presencia de un poderoso automóvil color verde que se había detenido a pocos pasos tras él. Instantáneamente recordó haber visto el mismo coche, a media cuadra de la oficina de su jefe, no hacía más de veinte minutos.

En la esquina había un agente de policía, pero Jarvis abandonó su primera intención de requerir ayuda. Después de todo, sólo tenía sospechas vagas.

En esa forma, decidiendo que sería mejor poner a prueba sus sospechas, ordenó al chofer que le llevara a Edgware.

Pocos minutos más tarde se aventuró a mirar por la ventanilla de mica, y notó, emocionado, que el automóvil verde le seguía a menos de cincuenta pasos de distancia. Como lo había ordenado, el taxi entró en el camino de Edgware, y una nueva mirada hacia atrás enteró a Jarvis que era aún perseguido. En esta forma prosiguieron a través de Maida, Vale, Kailburn y Cricklewood, mientras el taxi corría ruidosamente a razón de 40 kilómetros por hora y el poderoso automóvil perseguidor moludaba su paso al del primero con sospechosa exactitud.

Después que hubieron pasado Hendon, Jarvis ordenó al chofer que tomara por el primer camino lateral que se presentara y lanzara el coche a toda velocidad. Siguiendo sus instrucciones, el conductor se arregló para sacar del viejo automóvil una penosa velocidad de 45 kilómetros por un solitario camino transversal.

Jarvis observó que el automóvil verde equiparaba inmediatamente su velocidad a la de su presa. Después, el taxi tomó de súbito un recodo del camino, y el empleado actuó con toda rapidez. Abriendo la puerta del automóvil, arrojó la preciosa valija hacia la zanja de un costado del camino. En el transcurso de la operación, estuvo a punto de perder el equilibrio, y antes de que pudiera haber recobrado su posición y cerrado la portezuela, el automóvil perseguidor dió vuelta también al recodo del camino y les alcanzó, en pocos segundos, a 100 kilómetros por hora. Deteniéndose en poquísimo tiempo, se colocó a través de la huella, impidiendo que pudiera pasar el taxi.

Tres hombres saltaron del poderoso automóvil, armados de pistolas automáticas. Sobresaltaron al chofer, detuvieron la marcha del motor y apretaron los frenos. Uno de ellos lo amenazó con el revólver, otro cubrió con el suyo al pasajero, y un tercero retrocedió unos pasos por el camino para extraer del charco la preciosa valijita.

Contemplaron burlonamente al anciano empleado, quien sollozaba emocionado.

—¿Creyó que podría distraernos para después venir y alzar la valijita con toda tranquilidad?—dijo uno de los bandidos.

—¡Muy bien hecho, pero se equivocó usted si creyó que trataba con novatos!

Con burlones saludos, los tres bandidos se despidieron de Jarvis, volvieron al poderoso automóvil verde, y un minuto más tarde habían desaparecido.

—¿De vuelta a Hendon!—ordenó excitadamente. El chofer logró recobrar suficientemente su energía como para obedecer la orden.

Diez minutos más tarde, el anciano empleado estaba de pie frente al comisario de la localidad.

—En primer lugar, quisiera que me proporcionara un traje—jadeó Jarvis—. Después haré mi denuncia.

—¿Un traje?—hizo eco el asombrado comisario.

—Sí—dijo Jarvis, desabotonándose el impermeable y apareciendo en paños menores. Pero en paños menores que valían una fortuna, porque sobre cada centímetro de ellos había una verdadera fortuna en diamantes, collares, pendientes y brazaletes. Siete pequeñas bolsas de terciopelo colgaban de su cintura.

—¿Que me aspen!—exclamó el comisario estupefacto, expresión considerablemente más suave que la emitida por los tres bandidos cuando descubrieron más tarde que el astuto Jarvis había empleado su taxi como cuarto de vestir y que la valijita de que se habían apoderado con tanto trabajo no contenía más que un saco, un chaleco y tres estuches vacíos de joyero.

## Justicia norteamericana

Escuchad la historia de un juicio brutal y expeditivo, de esos que ocurren a menudo en los Estados Unidos; de un juicio en el cual la letra de la ley se ve ventajosamente reemplazada por el espíritu ingenioso de un juez quien, dudando entre varias soluciones igualmente inoperantes, prefirió, a fin de cuentas, "hacer gustar su propia medicina" a un coloso bracero peleador que vapuleaba a su mujer con el fin de pasar el tiempo.

El suceso tuvo por teatro la comuna de Vicentown, villorrio de 865 almas del distrito de Burlington, situado en el Estado de Nueva Jersey.

Juan Sensky, aserrador, de treinta años de edad y ciento diez kilos de peso, ciudadano de la susodicha villa de Vicentown, fué llevado ante la Justicia de Paz por "vías de hecho particularmente brutales". El juez, Sr. William Grady, había lanzado orden de arresto contra él, por denuncia de Isabel, esposa de Sensky, que acusaba a su marido de haberla copiosamente golpeado y zarandeado y, en esa misma ocasión, de haber castigado a su hijito Juan, de siete años, que se había atrevido a defender a su madre.

El Sr. William Grady, antiguo ingeniero que había trabajado recientemente al servicio de la U. R. S. S., tiene cincuenta años, mide un metro noventa y pesa solamente noventa y cinco kilos. En Vicentown ejerce al mismo tiempo las funciones de consejero de enseñanza primaria y de juez de paz. Es un hombre que razona rápidamente y bien. Por eso, apenas hubo lanzado la orden de arresto, hizo buscar a Sensky con la policía del Estado y, dejándolo en libertad provisoria, lo conminó a presentarse sin falta a la audiencia que había de tener lugar tres días más tarde.

"Sensky—narraba el juez a los periodistas—se confesó culpable, reconoció los hechos que están calificados en nuestro Estado, como no lo ignoráis, como de Derecho Penal "mayor". Y confesó también que no era la primera vez

que golpeaba a su mujer. "En este pueblo—confesó—, cuando los compañeros regresan del trabajo, dicen: "Entremos a hacer un pequeño round de box con nuestra mujer." ¿Y no iba yo a hacer lo mismo que ellos." En otras palabras: el tal Sensky me pareció un bruto, pero de ninguna manera un malvado.

"¿Qué podía hacer con él? Le pregunté por qué molía a palos a su mujer con tanto entusiasmo. No supo darme ninguna razón valedera, salvo que su mujer y su chico "lo merecían" de tanto en tanto. Me pregunté entonces: "¿Voy a aplicarle a este hombre la multa de mil dólares que prescribe la ley?" No terminaría de pagarla en los días de su vida. Es decir, que la pena corporal significaría para él dos largos años de prisión, que exige también la ley a falta de pago. "Pero—me pregunté en mi fuero interno—¿qué harían durante esos dos años su mujer, su chico de siete años y todavía un "peque" de un año, que vivían todos del trabajo del hombre?"

"¿Y si intentase hacerle desistir de su confesión?"—pensaba—. En ese caso, podría ponerlo en libertad bajo caución, mientras el asunto llegaba a la Corte del distrito. De esta manera me habría desembarazado de esta "tabarra", que ya me estaba molestando bastante. Pero yo sabía que Sensky no tenía siquiera con qué pagar cien maravedís de caución, y el resultado de mi maniobra habría tenido para él más bien la consecuencia enojosa de verse encerrado hasta la próxima sesión del jurado, que no comenzaba hasta abril. Y en este tiempo de invierno tan rudo conviene siempre que haya un hombre en la casa"...

—¿De modo que usted sostiene que su mujer y su hijo merecen, de tanto en tanto, una buena paliza?...

—Como veis, mi embarazo era tal, que me puse a repetir las preguntas para darme tiempo a reflexionar.

—Naturalmente—respondió este bruto, incapaz de encontrar la menor mentira para salir del atolladero.

—También tú la mereces—grité entonces, furioso más que nada por no tener a mano un texto que, a la vez que hubiese castigado al aserrador, hubiese aplacado mis escrúpulos humanitarios.

"Y sin pensar más, salté sobre él y le apliqué un puñetazo magistral. No muy fuerte, sin embargo, pues no quería desmayarlo, sino solamente hacerle sentir el gusto de su propia medicina. A ese primer golpe hice seguir dos más, tan enérgicos como el primero, y Sensky, que no hizo el menor gesto para defenderse, cayó desvanecido a tierra. Cuando volvió en sí (no tardó más que dos o tres minutos para reponerse el muy cochino...), le pregunté si no tenía vergüenza de hacer lo mismo con su mujer y con su chiquito inocente. Me prometió que no lo haría más, y estoy seguro de que cumplirá su promesa, os lo aseguro.

"Después de lo cual, di por terminado el asunto y puse en libertad a Sensky. El aserrador me pareció muy contento de haber escapado del castigo a tan bajo precio... No muy bajo, es cierto, porque al salir todavía se frotaba las mandíbulas. Me dió las gracias, y como yo tenía que acudir inmediatamente a una reunión del Consejo de Enseñanza, hice subir a toda la familia a mi automóvil (Isabel y su pequeño habían asistido a la sesión en calidad de partes) y los llevé a todos a su casa."

A una pregunta de los periodistas presentes, el juez respondió: "No creo yo que la señora Sensky esté tan maltratada por su marido. Es una hermosa mujer, grande y de brazos musculosos. Y si ella permite que su bruto de aserrador le pegue, sin hacer nada para impedirlo, debe ser porque le gusta. A mi juicio, ella merece la paliza si no se defiende. Pero en lo que se refiere a su acción de castigar al pequeño, eso no lo admitiré jamás. Por eso estoy muy contento de haber resuelto este fallo en el mejor interés de todos."

(New York Times.)

## MONY HERMELO



la gran recitadora argentina, que efectuará próximamente una serie de audiencias en la Residencia de Estudiantes.





Francisco G. Pastor, atravesando el difícil paso de Alsa (Cordillera Cantábrica).

## El deporte y la tragedia

Por LAPIRE

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Avezados al deporte desde nuestra niñez, no podemos menos de sonreírnos cuando algún ilustre de tertulia, que en todos los temas no es más que un mozo de comparsa, trate de salvar a los que practican el deporte, ya que, según él, es "reventarse"; pero cuando hemos sentido verdadera indignación es cuando hemos oído comentar la muerte de un querido amigo, que la fatalidad le llevó a perder la vida, una vida joven llena de simpatías y afectos.

Era el fenecido amigo nuestro un enamorado del deporte de la nieve, discípulo ya adelantado que durante tres años se perfeccionó en el manejo de los "skis". Llegó a la hora de la confianza y de la intrepidez, la hora de más peligro dentro del deporte, porque es en la que se tiene más confianza en sí mismo, y en la que se lanza uno en aventuras que le pueden dar glorias; pero que siempre la tragedia sigue los pasos de aquella ilusión clara llena de valentía que pone el deportista en su carrera.

Y es que el deporte sin este sello fatal no tendría ninguna emoción y estaría al alcance de todos los temperamentos. Los grandes ases del deporte, para conservar su popularidad, tienen que jugarse la vida tantas veces como segundos tiene la prueba en la que concurren.

Pero si la experiencia tiene este peligro, tan eminente en el deporte, el que ha pasado de neófito, el que está en el término medio y aspira a ser héroe y a llegar a ser popular, tiene un mayor peligro.

Y así estaba colocado nuestro buen amigo. Como un héroe, dispuesto a escribir en su carrera una nueva hazaña, salió de su casa el domingo día 24 de febrero, y allá en Soto, un pueblecito de Campoó, situado a las faldas de los puertos Saja y Palomera, llegó con sus amigos en un día que auguraba la tragedia, día tranquilo. Una brisa suave que fué arreciando, pero que no impidió a los esquiadores llegar al límite de la jornada, Venta del Sordo, situada en el alto de Tajahierro, en cuya venta tiene su refugio la Sociedad alpinista de este nombre.

Todos jóvenes, llenos de vida, disfrutaron del deporte y aquella brisa, que en principio nadie dió importancia, era la

tragedia para uno de ellos, esa tragedia que persigue al que expone y otras veces acecha al cobarde. Es en sí la fatalidad que está allí donde menos uno la espera.

El refugio, aquel albergue de los alpinistas montañeses, donde quedaron esperando la calma de los elementos, que ponían dificultades al regreso, los que no aspiraban a ninguna hazaña, mientras otros, en cien metros solamente, se jugaban la vida con la fuerte cellisca reinante, son ese elemento tan peligroso para el hombre de la nieve, tantas veces como se la juega aquel as que va en pos de la popularidad.

Zalduondo, el deportista que encontró primero la tragedia y después la muerte en una de sus aventuras deportivas, era uno de los muchos, y no el más inexperto, que desafiando a los elementos luchó por salvarlos, puesta su ilusión en la hazaña, que no admite ruegos ni consejos de nadie.

Es el deporte así, y en él la fatalidad juega un papel muy importante.

Las fotos que acompañan nuestra información son otras tantas interrogaciones que se abren al paso de estos deportistas en un momento en que huyen de la fatalidad.

El esquiador que atraviesa uno de los parajes más difíciles



y aparenta a la vista del lector una tranquilidad enorme, pero, en cambio, un resbalón podía dar con él en el precipicio, al borde del cual está, y que no es otra cosa que una laguna en

## NIÑOS DE ESPAÑA



María del Carmen González Simooni

plena cumbre. La foto también nos muestra las maravillas del paisaje. Esto pudiéramos llamarlo los peligros del turismo.

En otra presentamos al intrépido motorista, que no repara que la fatalidad le salga al paso y se ciñe en la curva peligrosa ansiando el triunfo, sin detenerse a pensar las consecuencias trágicas que de ello pudieran derivarse. Casi estamos seguros que éste, sentado en el café tiene menos riesgos. Pero éste no se podría sentar en él para ser admirado mientras cuenta las incidencias de aquella prueba donde consiguió triunfar.

Presentamos también a un héroe del ciclismo español en unos momentos angustiosos de su vida deportiva. ¿Cuántas veces no se habrá tenido que jugar la vida un Vicente Trueba?

Ahí le tenemos en medio de la tragedia lanzarse al abismo, sin mirar tampoco las consecuencias. Así es el deporte y sus héroes.



Vicente Trueba, en la cima del Puerto Alisas; se le ve reflejado en su rostro una estúpida indisposición, que le privó de un triunfo seguro.



## TEJADOS

Por FERNANDO ALLUE

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Tejados. Un mar de tejados y patinillos. Casas vistas desde arriba, sorprendiendo sus interiores, con las gentes por las galerías sombrías; tendiendo ropa y lavando las mujeres, durmiendo al sol los viejos, correteando los chicos. Algo—en escorzo de sueño—como lo que Vélez de Guevara descubriera con su diablillo cojuelo.

Y hay, visto desde aquí arriba, una sugerencia de avión. ¿Quién no se siente pájaro y se estremece al viento de la altura? ¿Quién no tiene una vaga sensación de vértigo y tiembla a la emoción de la caída sobre las tejas y los patios de vecindad?

Pero no hay tal cosa; todo ello es pura fantasía. Estamos en Madrid y sobre los puntos más típicos. Esas casas son de la calle de Segovia, vistas desde el Viaducto. Y tienen—¡cómo no!—el terciopelo suave de la evocación sainetesca, del mejor Madrid ochocentista.

Y, ahora sí, una elegía al Viaducto, en estas horas, es lo exacto y lo propicio. El Viaducto—navío sobre un mar nocturno picoteado de estrellas urbanas, fuselaje colosal de un avión gigante—muere, está muriendo. Ha caído ya, sobre el duro pavimento, el estruendo de sus vigas metálicas al grito—aquí, anacrónico—de la renovación.

El viejo Mesonero pone esta nota—que repasamos con emoción—en su "Antiguo Madrid": "En 31 de enero de 1872 tuvo el autor la satisfacción de ser invitado como iniciador del pensamiento a la solemne inauguración del magnífico Viaducto de hierro que se ha construido en el sitio mismo en que él le propuso en 1846."

Han pasado sesenta y tres años sobre el armatoste de hierro. Y durante esos años han podido contemplarse, bajo un perfil quebrado y anguloso de torrecillas, esquinas y espadañas, esas casas y esos patios de vecindad, esas islas de tejas rojizas y de interiores de galerías donde el buen pueblo de Madrid vivía su vida y su historia. (Y más allá esos campos, abiertos y ondulados, que se extienden, bellísimos, a Poniente, y que hicieron sonreír de gozo a Lope:

*"Campos de Madrid dichosos...,  
muros de sus verdes cuadros;  
hermosa alfombra de flores  
donde tejiendo y pintando  
está la Naturaleza  
más ha de cinco mil años.")*

¡Rizados tejados, plátanos copudos de la calle de Segovia, hacia el sueño del río y de la sierra! ¡Qué bien contemplasteis aquel afán de vuelo de los suicidas! Porque, en efecto, los desesperados fueron un tiempo a quitarse la vida allí. El mar de la ciudad—de noche un negro mar de estrellas rojas, de día un océano luminoso de tejados y de arboledas—les atraía abajo (como a Ulises las sirenas) con su seducción de vientos y distancias.

(A algún suicida le nacieron alas y sintió, en sus segundos inefables, todas las emociones instantáneas del ángel o del pájaro.)



# C A R N A V A L



## EN BUSCA DE UNA ESTRELLA

Al alcalde de Madrid, D. Rafael Salazar Alonso, y a los Sres. D. Wenceslao Fernández Flórez, Miguel Ligerro, Edgard Neville, José Pizarro, Rafael Martínez Gandía y Florián Rey estuvo confiada el viernes último la difícil misión de elegir la señorita más linda de las que se presentaron al concurso de belleza que organizó nuestro colega "La Voz". Difícil misión, porque no se trataba únicamente de elegir aquella candidata cuya belleza se ajustara mejor a los cánones modernos, sino que era necesario tener en cuenta otras condiciones exigidas para ser una perfecta "star" de "cine": fotogenia, buena dicción, natural despejo para representar una escena cualquiera, distinción, elegancia, etcétera.

¿Es necesario agregar que esta clase de certámenes levantan siempre una nube de resquemores, de intrigas, de resentimientos entre las candidatas pospuestas? Porque ¿qué mujer hay que no se crea con derecho a llevarse el preciado galardón que estaba en juego? Y mucho más cuando no se trataba de un título de "miss" puramente honorífico. Como es sabido, el

concurso de "La Voz" tenía, además de un premio en metálico considerable, algo que tenía la posibilidad de traducirse en un valor pecuniario mucho más considerable: la posibilidad de convertirse en una "estrella" del "cine" español. Ser "estrella" nacional supone tener libre el acceso de Hollywood, Meca de toda mujer que ha encaminado sus aspiraciones hacia la pantalla.

Nadie más interesada que la cinematografía nacional en hacer de una mujer hasta ayer desconocida una artista de la pantalla. Y fué una de las empresas españolas, la CIFESA, la que colaboró con el mencionado periódico de la tarde para descubrir entre nuestras jóvenes a la futura "estrella".

El mismo sábado se hizo en los Estudios que la CIFESA tiene montados en Aranjuez el ensayo fotográfico de Isabelita Pradas, que así se llama la señorita que resultó triunfante en el concurso de belleza. Bajo la dirección de D. Florián Rey, el hábil "metteur" de la CIFESA, la señorita Pradas ensayó algunas escenas de un "sketch" con Miguel Ligerro, y dos de las aspirantes al título que obtuvieron en la

sala del Barceló mayor número de votos: Eva Arión y María Luisa Garzón.

Asistieron al ensayo, especialmente invitados por la productora española, los representantes de todos los periódicos y revistas madrileños, a quienes se mostraron las modernas y completísimas instalaciones que acaban de ser inauguradas en Aranjuez, a poca distancia del pueblo.

¿Se habrá logrado hallar, al fin, la "estrella" que busca la cinematografía española? Confiemos en ello. La favorecida en el concurso es una niña casi, de rasgos finos, bien definidos, de natural desenvoltura y de gran vocación para las tablas. Su extremada juventud no le ha permitido desde luego dar de sí todo lo que es capaz, y no ha salido aún de alguno que otro papel sin importancia en la compañía de la Xirgu. Pero en los Estudios de Aranjuez, mientras se rodaban las escenas del "sketch", que pronto ha de conocer el público madrileño, la veíamos con todos sus sentidos puestos en las indicaciones de D. Florián Rey, su voluntad concentrada y firme en un solo propósito: triunfar.



# Representantes administrativos de CIUDAD en provincias

**LIBRERIA BARBA**  
Vergara, 9.—SAN SEBASTIAN

**ALFONSO P. ORTEGA**  
VIGO

**LIBRERIA LINO PEREZ**  
LA CORUÑA

**LIBRERIA MANUELA MARINAS**  
LA CORUÑA

**G. MOLINA GOMEZ**  
Ballesteros, 4.—VALENCIA

**ANTONIO HERMIDA**  
EL FERROL

**ROGELIO BELMONTE**  
General Esparteros, 9.—ALBACETE

**JOSE MANTECA ORTIZ**  
SEVILLA

**JUSTO LLACER**  
ALCOY (ALICANTE)

**MATILDE CALZADA**  
CADIZ

**ALFONSO RAMIREZ**  
ZAMORA

**JOSE PABLOS GALAN**  
SALAMANCA

**UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES**  
BARCELONA

**JOSE RODRIGUEZ SANCHEZ**  
MURCIA

**JOSE BELMONTE**  
CARTAGENA

**JUANA TORRES DE LA CAL**  
VALLADOLID

**VIUDA E HIJOS DE MIGUEL GENER**  
JEREZ DE LA FRONTERA

**FRANCISCO MARTINEZ VIERA**  
SANTA CRUZ DE TENERIFE

**IGNACIO ALCARAZ**  
TETUAN

**BOIX HERMANOS**  
MELILLA (MALAGA)

**ENRIQUE GUERRA MARTOS**  
CORDOBA

**SOCORRO GUEIMUNDE**  
SANTIAGO DE COMPOSTELA

**ELEUTERIO TABERA**  
LA LINEA (CADIZ)

**ELEUTERIO TABERA**  
GIBRALTAR

**LIBRERIA AMOR**  
VEGADEO (LUGO)

**LIBRERIA AMOR**  
RIBADEO (LUGO)

**JESUS DUARTE**  
OVIEDO

**FRANCISCO MONJE MORENO**  
JAEN

**EDUARDO ONTANON**  
BURGOS

**JULIAN MERINO**  
Atarazanas, 7.—SANTANDER

**VIUDA DE JUSTO TOSCANO**  
HUELVA

**VIUDA DE LISARDO CASTRO**  
ORENSE

**SENNEN PEREZ**  
AVILA

**JULIAN PAREJA**  
TOLEDO

**JUAN A. IGLESIAS**  
ARES (LA CORUÑA)

**BOIGUES Y SILES**  
VILLA ALHUCEMAS (MARRUECOS)

**RAIMUNDO ARIAS**  
CADIZ

**EGEA HERMANOS**  
VILLA ALHUCEMAS (MARRUECOS)

**DOROTEO SALAS**  
CADIZ

**LIBRERIA MIRANDA**  
OROTAVA (TENERIFE)

**JOSE DIAZ GADEZ**  
PALMA DEL CONDADO (HUELVA)

**H. DE JULIAN VERDERA**  
IBIZA (BALEARES)

**MARGARITA CIFRE**  
PALMA DE MALLORCA

**IGNACIO RODRIGUEZ SOLA**  
PAMPLONA

**RICARDO DURAN LOPEZ**  
CACERES

**JESUS M. GARCIA**  
CARAVACA (MURCIA)

**RICARDO VALVERDE**  
PASAJES (GUIPUZCOA)

**BAUDILIO RUIZ**  
SORIA

**TERESA IRALA DE SIMON**  
BILBAO

**LUIS MARTIN**  
GUADALAJARA

**JOSE BLANCO**  
MEDINA DEL CAMPO

**VIUDA DE LUIS ARENZANA**  
IRUN (GUIPUZCOA)

**JUAN LOPEZ ASENSIO**  
LORCA (MURCIA)

**JUAN FERNANDEZ**  
FUERO REAL (CADIZ)

**SALVADOR DE DIEGO URGELLES**  
REUS (TARRAGONA)

**ANTONIO QUESADA**  
EL ESCORIAL

**LIBRERIA CARRERA ESPINEL**  
RONDA (MALAGA)

**AGUSTIN SAN EZEQUIEL TRINCHET**  
CIUDAD RODRIGO

**FRANCISCO VALERO**  
VALLADOLID

**DANIEL BELTRA**  
NOVELDA (ALICANTE)

**ANTONIO PEREZ**  
ELDA (ALICANTE)

**MARIO ANGULO**  
MIRANDA DE EBRO (BURGOS)

**VICENTE BERENGUER**  
MONOVAR (ALICANTE)

**LIBRERIA REBATE**  
NAVALMORAL DE LA MATA

Ayuntamiento de Madrid

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50. Madrid.